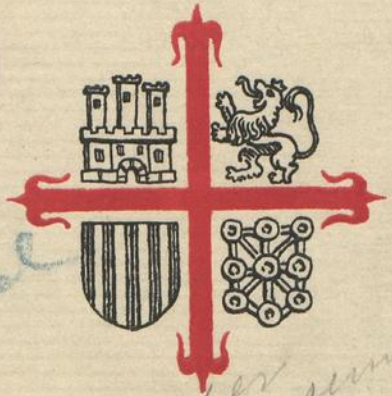
R 12999

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS



BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID 1 ENERO 1935

Biblioteca Nacional de España

EL MARQUES DE LOZOYA:

POLITICA Y TEOLOGIA

ROBERTO LEVILLIER:

LA LEYENDA NEGRA

M. HERRERO-GARCIA:

COLEGIOS UNIVERSITARIOS

EUGENIO D'ORS:

EPOS DEL DESTINO

HUBERTO PEREZ DE LA OSSA:

TEATRO

PEÑALOSA Y CACERES:

ARTE

JOSE CADIZ:

MUSICA

MANUEL BALLESTEROS GAIBROIS:

HISPANOAMERICANISMO

Biblioteca Nacional de España

REVISTA DE ESTVDIOS HISPANICOS

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID 1 ENERO 1935

Biblioteca Nacional de España

Escribirán en ESTUDIOS HISPANICOS

Blanca de los Ríos.
Esteban Terradas.
Miguel Artigas.
Julio Palacios.
José María Gil Robles.
Eugenio d'Ors.
Tomás García-Diego.
P. Félix García.
Angel González Palencia.
Antonio Bermúdez Cañete.
Manuel Bermejillo.
Fernando Enríquez de Salamanca.
Carlos Pereyra.
P. Justo Pérez de Urbel.
Enrique Sánchez Reyes.
Joaquín de Entrambasaguas.
P. Bruno Ibeas.
Huberto Pérez de la Ossa.
Pedro Muguruza.
Roberto Levillier.
Manuel Ballesteros Gaibrois.
P. Julián Zarco Cuevas.
Jesús Pabón.
José Ibáñez Martín.
Eduardo Torroja.
Teófilo Ortega.
José M.ª de Alarcón.

COLABORADORES DEL EXTRANJERO

Lengua francesa:

Achille A. Mestre.
Sèbastien J. Bijon.

Lengua inglesa:

Alexandre A. Parker.
Herbert Gregory Thomas.

Lengua alemana:

Ludwig Pfandl.
Adalbert Hämel.
Edmund Schramm.

Director:
El Marqués de Lozoya

Secretario:
M. Herrero - García.

Biblioteca Nacional de España

Ahondar en el alma de España, no con el exclusivismo egoísta de quien sólo concibe el amor a su patria como un muro de odio y de recelos que le aparte de las patrias ajenas, sino más bien con un fervor católico que ve sobre todo en el esfuerzo español a través de la Historia—desde que España es—un anhelo supremo, en tensión trágica mantenido siempre, para extender la cultura cristiana por la faz de la tierra. Este es el propósito del grupo de estudiosos que ha constituído la Sociedad de Estudios Hispánicos, cuyo portavoz es esta revista.

Porque creemos que la tradición es la vida misma de los pueblos que, como seres vivos, son siempre los mismos en su evolución constante, queremos conocer mejor nuestro pasado para hacernos capaces de orientar nuestro porvenir, de manera que los sucesos de nuestra Historia no sean, en lo humanamente posible, algo fatal e irreformable como los fenómenos sísmicos, sino que vayan dirigidos por la inteligencia, que trace sus cauces y despeje sus caminos. No venimos a hacer política, sino a explorar en el pensamiento tradicional y en las realidades de nuestra España, para enseñanza de los políticos.

Aspiramos a formar en el movimiento cultural, cada vez más vasto y más intenso, que se cobija bajo el patriarcado de Menéndez y Pelayo. Así nuestro amor a la Patria estará siempre subordinado al amor supremo a la verdad, que hace libres a los hombres. Nuestro concepto de España es el de Menéndez y Pelayo, el de Milá y Fontanals, el de Antonio Sardinha, el mismo que mantuvo Luis de Camoens y que estaba en la entraña de todo el pensamiento hispánico en su momento triunfal; una unidad de esencia que se enriquece con expresiones diversas. Nuestro afán está en ser un reflejo del inmenso mundo hispánico, cuya cultura es como un diamante del cual el sol arranca todos los matices del iris.

En esta hora no hay trabajo sin lucha. Nuestro enemigo es la Revolución, cuyo pensamiento es siempre antagónico a España, por lo que España representa. Sabemos que en esta empresa van ya otros adelante, y al dirigirles nuestro primer saludo les rogamos que nos miren como a un nuevo soldado que llega a sus mismas filas. Lejos de nosotros la más remota idea de competencia, que, por noble que fuese, sería siempre una traición al ideal común. El campo es inmenso y los obreros pocos todavía. Cada uno cultive su parcela y deje que cada cual vaya roturando y arrancando malezas de la suya. Todos, al cabo, serviremos en paz al Señor de la mies.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Política y Teología

Allá en los últimos años del siglo XIX flotaban en el ambiente intelectual de Europa unas cuantas ideas que habían sedimentado en la opinión culta o semiculta, aun cuando fuesen todavía muy pocos los que se atreviesen a llevar a la práctica sus poco confortables consecuencias. Y así se daba el caso frecuentísimo de un estado íntimo de conciencia que estaba en completo desacuerdo con la actuación exterior de la misma persona. Por ejemplo, en un país monárquico podía darse el caso de que dos ciudadanos que tocasen en una conversación confidencial el problema de las formas de gobierno, conviniesen en que en la República está la suprema perfección política, sin que esta confesión les estorbase para ostentar cargos palatinos o para figurar en los Consejos de la Corona. Si el cambio de ideas versaba sobre la cuestión social, podía darse el caso de que los interlocutores, aun cuando fuesen grandes terratenientes, consejeros de poderosas Empresas industriales, afiliados o directivos de partidos burgueses, admitiesen, de acuerdo, que la sociedad se rige exclusivamente por leyes económicas y que camina a una actuación de igualdad perfecta entre los hombres en la participación de la riqueza; lo más fácil, en suma, de asimilar de la obra de Marx, casi nunca leída directamente. De aquí la fuerza enorme de éstas y de otras semejantes ideas que tenían el poder de inflamar los entusiasmos de un grupo, el de los asaltantes, y de desmoralizar al más

Biblioteca Nacional de España

fuerte y numeroso sector de los defensores. La sociedad cristiana, maravillosa obra de arte construída a lo largo de los siglos por los grandes factores que labran la Historia, se encontraba así indefensa, porque mal podían defenderla quienes estaban convencidos de la injusticia intrínseca de su misma causa; quienes concedían a los contrarios la ventaja formidable que supone la seguridad del triunfo en el futuro para cimentar sobre él una sociedad mejor. En los períodos más críticos de lucha, el ciego instinto de conservación imprimía a la defensa un vigor momentáneo. Y acontecía el que unos gobernantes fusilasen a los hombres que no habían hecho otra cosa que sacar las últimas consecuencias de los mismos principios que ellos guardaban en el fondo de sus conciencias y que en la intimidad se jactaban de profesar.

No es esta, por fortuna, la actitud de los partidos jóvenes y de los hombres, sea cualquiera su edad, que no tienen el corazón demasiado viejo, en el momento actual. La nueva generación de intelectuales y de políticos quiere conquistar su derecho a la sinceridad y no intenta defender sino ideas de que esté llena su mente y que hagan vibrar las fibras más íntimas de su corazón. No hay, para los que así piensan, principios intrínsecamente malos que deban ser defendidos por razones de oportunismo, pero es preciso investigar el fondo de bondad y de verdad, de arraigo en la humana naturaleza que tienen, sin duda, aquellas ideas que presidieron el desenvolvimiento y la grandeza de las ciudades y de los pueblos. Esta posición es diametralmente opuesta, no sólo al materialismo histórico difundido por Carlos Marx y por sus discípulos, sino al positivismo político propugnado por Carlos Maurras. No porque un principio informe la vida entera de un pueblo a lo largo de su carrera en la Historia, será bueno en sí. Maurras, por ejemplo, cuando defiende a la Iglesia Católica en Francia en cuanto ha sido uno de los grandes factores creadores de la nacionalidad francesa, da a entender que en Turquía él hubiese apoyado con idéntico celo al islamismo. Y, sin embargo, solamente en el Catolicismo está la verdad esencial, y

Biblioteca Nacional de España

el haber motivado la formación y la grandeza de Francia no es sino un accidente histórico puramente anecdótico.

En estos días hemos presenciado en España la derrota de uno de los principios fundamentales —acaso aquél en que estriba todo su fundamento filosófico— propugnados por Marx y difundidos y explicados por sus compañeros y por sus discípulos: el del materialismo histórico, cuyo éxito se debe a que venía a recoger un estado de opinión latente, de modo turbio y confuso, en muchas inteligencias. La Historia no es, según este sistema, sino la expresión de la lucha por la vida; aun aquellos fenómenos que tienen un aspecto más opuesto, como la difusión de una doctrina religiosa o el nacimiento de un sistema científico, toman su arraigo en un movimiento de orden económico, de donde nace su fuerza, y que les da, al cabo, su carácter fundamental. Dormían estas ideas en el fondo de muchos cerebros conservadores, porque se avenían bien con el fundamento y las aspiraciones de la sociedad ochocentista. Y he aquí que en España, en octubre de 1934, se desarrolla un fenómeno que no es sino un intento de sacar consecuencias prácticas del sistema marxista: la revolución de Asturias. La historia de esos pocos e intensos días en que adquieren realidad tangible los principios marxistas proporciona al observador sorpresas harto significativas. Se dió el caso de que muchos de los revolucionarios, desde luego los dirigentes, disfrutaban de una posición económica privilegiada que difícilmente podría mejorarse, aun en el caso del triunfo de la revuelta. Y no se trata aquí de excepciones motivadas por un romanticismo revolucionario

Sucedió en las montañas de Palencia que los mineros, con jornales muy elevados y con todos los beneficios de una legislación social avanzada, figuraban entre los revolucionarios, en tanto que defendieron el orden social existente los labradores del tipo corriente en las mesetas de Castilla, cuyas características son: trabajo abrumador, rendimiento escasísimo y tenor de vida miserable. Y es que al adoptar partido por uno u otro campo nadie atendió a las condiciones económicas en que se

Biblioteca Nacional de España

desenvolvía su vida, sino, de un modo acaso inconsciente, a su posición ante el problema religioso. La revolución se apodera de una ciudad importante, Oviedo, y de varios núcleos urbanos de alguna consideración; en todos ellos residían fuertes capitalistas, personajes de elevada situación social. Pudo temerse que ellos fuesen las primeras víctimas de un movimiento engendrado por la doctrina de la lucha de clases, pero afortunadamente no sufrieron, en general, grandes molestias y en algún caso fueron tratados con respeto. En cambio, apenas se salvó un sacerdote de cuantos cayeron en poder de los rebeldes; fué con los sacerdotes, proletarios como ellos y aún más que ellos, pues ninguno disfrutaba de un haber diario que llegase al de un minero, con quien se mostraron más crueles. Esta saña se manifestó muy particularmente con un carmelita descalzo —miembro de una orden exclusivamente contemplativa y apartada de toda actividad social o política— y con los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que habían consagrado su vida a educar a sus hijos, y aun en niños seminaristas, nacidos seguramente en hogares muy pobres. En esta revolución, que quería ser de tipo social, el enemigo no era tanto el capitalista como el cura, y era la iglesia el edificio que primeramente se incendiaba.

¿Cómo se explica el furor anticristiano del marxismo práctico, comprobado en todas partes y en todo tiempo? Si la doctrina del materialismo histórico fuese profesada sinceramente, el fenómeno religioso debiera quedar al margen de toda actuación práctica. Se nos dirá que los curas son enemigos del marxismo, pero también lo son otros elementos contra los cuales no se advierte odio tan constante en las organizaciones marxistas. Otro dato aún. La señal de la revuelta fué la intervención —perfectamente legal— de Acción Popular en el gobierno. ¿Es que Acción Popular tiene, en el orden social, un programa más conservador que otro partido cualquiera, el radical, por ejemplo? De ninguna manera; pero en su programa figura una franca profesión de catolicismo. Fué la masonería el alma del movimiento, en que tan turbia participación

Biblioteca Nacional de España

tuvieron elementos burgueses. Muchos de los hijos de la Gran Bestia, cualquiera que fuese su posición social, tomaron en él parte activísima o, a lo menos, lo miraron con simpatía.

A nuestro juicio vió el problema con toda claridad don José Antonio Primo de Rivera en una afortunada intervención parlamentaria. El Marqués de Estella hizo notar, por encima de toda preocupación de orden material, la existencia de un misticismo revolucionario. Solamente por un ideal que está sobre el afán cotidiano llegan los hombres al sacrificio de la vida tan fácil y alegremente como lo hacían, con valor indiscutible, los mineros de Asturias. Pensar que nadie se deje matar por una simple mejora de las condiciones económicas de su trabajo es una idea absurda, de que ya sacó partido el humorismo de Chesterton. Y de aquí la terrible debilidad de estos gobiernos burgueses y laicos, a los cuales, por castigo de Dios, está entregada en muchos pueblos la defensa de la sociedad. Contra un fervor de carácter religioso —antirreligioso, satánico, esto es igual para nuestra tesis— no pueden oponer nada, absolutamente nada; a un ideal no pueden contraponer otro ideal. La derrota ha de ser, al cabo, definitiva.

Pensaban nuestros padres y nuestros hermanos mayores que a la economía corresponde el gobierno del mundo, que la economía preside las contiendas entre los hombres, y nosotros nos encontramos con que es la Teología quien los une o los separa. Y es imposible llegar a esta conclusión sin rendir un homenaje a nuestro Donoso Cortés, el cual paseaba por Europa su señoril atuendo en los mismos días en que Carlos Marx formaba oscuramente su cenáculo de iniciados que habían de incendiar el mundo. La posición de estos dos hombres es absolutamente antitética. Donde afirma el caballero español, niega el judío alemán. Marx notaba en toda la Historia las consecuencias de una serie de fenómenos económicos. Donoso veía en el fondo de toda cuestión política una cuestión teológica. En 1847 el alemán, en su obra *Miseria de la Filosofía*, escrita en contestación a Prudhon, sostenía que el molino movido a brazo significaba un estado económico cuyo ex-

Biblioteca Nacional de España

ponente político era el feudalismo, en tanto que la gran fábrica de harinas de vapor supone necesariamente una Sociedad capitalista con todas sus consecuencias. Muy pocos años más tarde, el 30 de enero de 1850, Donoso, que no conocía, sin duda, la obra de Marx, entonces muy poco difundida, pronuncia en las Cortes un discurso admirable, en el cual defiende con maravillosa elocuencia la tesis opuesta: La posición teológica de un pueblo se refleja necesariamente en su actividad política. Este pensamiento se repite continuamente en la obra del Marqués de Valdegamas, que es hombre de pocas ideas, que aparecen y reaparecen a lo largo de su obra sin otro cambio que el de su magnífico ropaje. En la *Carta al Director de «El Heraldo»*, de 15 de abril de 1852, Donoso expone de modo insuperable la influencia del catolicismo en el gobierno de los pueblos. Dadle la forma que queráis —dice— y lo renovará todo. Bajo el Catolicismo Dios distribuye sus mandamientos, que son el pan de vida, entre gobernantes y gobernados, y las dos partes quedan ligadas por el mandamiento divino. El súbdito contrae la obligación de obedecer; el soberano la de gobernar bien. Cuando los súbditos faltan, Dios permite las tiranías; cuando el soberano falta, Dios permite las revoluciones. Este es el juego de la Historia. Cuando los mandamientos son observados por una y otra parte sobreviene un cierto orden social, una cierta manera de ser, un cierto bienestar, al mismo tiempo individual y común, que llama «Estado de libertad», porque en él reina la Justicia, y la Justicia nos hace libres.

Nos encontramos, pues, ante una rectificación del concepto materialista de la Historia y de la Política. No principios económicos, sino principios morales, rigen la marcha de los pueblos y estos principios necesitan una base teológica. Si imaginamos una sociedad en la cual el reparto de la riqueza estuviese hecho en porciones iguales, con matemática precisión y del todo invariables, de manera que cada una de ellas bastase para satisfacer las necesidades de cada ciudadano; en esta sociedad imaginaria, a la cual suponemos despreocupada por completo de lo económico, no se habría resuelto el problema

Biblioteca Nacional de España

político y habría luchas, y bandos y partidos y acaso un estado de injusticia que produjese una constante inquietud. En los siglos en que España conservaba la unidad religiosa, había en ella ricos y pobres; hombres que vivían con extremos de lujo que hoy nos parecen absurdos, y otros que carecían de todo. La desigualdad económica y social era infinitamente más honda que hoy. Y, sin embargo, no había bandos políticos, porque ricos y pobres convivían en las mismas ideas fundamentales. Los partidos políticos se inician en la segunda mitad del siglo XVIII y adquieren sus características principales en las Cortes de Cádiz, al romperse la unidad religiosa. Es entonces cuando quedan frente a frente las dos Españas, en las cuales, sin que se registre apenas alguna excepción, los que adoptan una determinada posición en el orden religioso han de seguir en el político la que viene a ser su obligada secuela. No se puede, en cambio, decir que ejerzan la misma influencia sobre las opiniones políticas la condición social o económica de los ciudadanos. En todo el siglo XIX se da frecuentemente el caso de que personas que pertenecen a partidos avanzados figuren en las clases más elevadas de la sociedad, en tanto que el absolutismo recluta principalmente sus fuerzas en la clase media y en el pueblo más humilde.

Bien está que los que han consagrado su actividad al arte de regir a los pueblos procuren conocer la ciencia económica y las realidades materiales del país. Bien están, en los políticos, los más constantes esfuerzos por mejorar las condiciones sociales y el tenor de vida de sus ciudadanos, pero no dando la primordial importancia a lo que no es sino accidental y contingente. Son los grandes ideales, es la Justicia, es la Moral los que hacen felices a los pueblos y los que, al cabo, proporcionan su bienestar económico. En las sociedades, como en los individuos, a quien no busca sino los bienes materiales, aun esos le serán quitados; al que busca la Justicia, los bienes materiales se le darán por añadidura. Es al querer fijar estas normas de Moral y de Justicia cuando nos encontramos forzosamente con la Teología. No es posible basarlas en la utilidad del instan-

Biblioteca Nacional de España

te ni en el momentáneo consentimiento de los hombres, pues a tanto equivaldría el construir sobre arena la fortaleza del Estado. Es preciso que busquemos sus fundamentos en principios eternos, que sólo en Dios pueden tener su origen. Este era el caso, verdaderamente ejemplar, de los grandes teólogos españoles de los siglos aúreos, cuando, obligados a abordar problemas políticos de dificilísimo acceso, armados solamente de la *Summa* y de la *Biblia,* encontraban soluciones que no han podido ser nunca rebatidas y que desafían las mudanzas de las sociedades y el embate de los siglos. En pleno absolutismo renacentista, cuando la persona del Rey era objeto de una verdadera adoración, cuando su poder no reconocía límites, Domingo Soto, Gregorio de Valencia, Francisco Suárez, sostenían que la autoridad, cuyo origen está en Dios, no ha sido depositada directamente en el Príncipe, sino mediante la comunidad que preside. Francisco de Vitoria escribía aún más atrevidamente: «Como por derecho natural y divino hay alguna potestad para gobernar la república, y quitado el derecho común, positivo y humano, no hay mayor razón para que aquella potestad esté en uno y no en otro, es menester que la misma comunidad se baste a sí misma y tenga potestad de gobernarse». Y el Padre Mariana ponía coto al despotismo de los gobernantes con palabras tan crudas que merecieron que su libro se quemase en París (no en España) por mano del verdugo. Don Francisco de Quevedo establecía, con terribles y atrevidísimas razones, la responsabilidad de los reyes, y un humilde fraile franciscano, Fray Juan de Santa María —en la obra *Tratado de república y política cristiana,* de 1615, citada por Balmes— acude a las Divinas Escrituras para buscar argumentos contra el despotismo. Pasan los siglos y estas razones, que se dieron con absoluta independencia del momento y de la conveniencia de sus autores, no envejecen nunca. En tanto, los eruditos de la corte de Inglaterra adulaban bajamente a Jacobo I, que escribía tratados para sostener que la potestad de los reyes venía inmediatamente de Dios, y decía a su Parlamento «que Dios le había hecho señor absoluto y que todos

Biblioteca Nacional de España

los privilegios de que disfrutan los cuerpos colegisladores eran puras concesiones emanadas de la bondad de los reyes». Con razón contrasta Balmes la actitud, fundada en normas eternas, de los teólogos católicos con la versatilidad de los cenáculos enciclopedistas que presumían de gobernarse según las normas de la razón y que fueron defensores fanáticos del poder absoluto de los reyes cuando así les convino, y demagógicos destructores de monarquías seculares cuando cuadraba a la consecución de sus fines.

No es posible encontrar ejemplo más noble de las ventajas de una política basada en normas eternas que en las *Relecciones teológicas* del Padre Francisco de Vitoria. El problema que había de abordar el dominico desde su cátedra de Salamanca estaba lleno de espinas. Era su mismo pueblo, por mandato e iniciativa de sus propios reyes, los que habían emprendido la conquista de las Indias, que comenzaba a reportar a España inmensos beneficios materiales. Nadie. en la conciencia media de la época, suponía que aquellas hordas de indios pudiesen tener derechos. Y el dominico, olvidado del todo de la conveniencia de su patria o de sus reyes, va examinando fríamente, una a una, a la luz de los principios de la ciencia divina, los títulos que pudiera haber para la conquista, y con absoluta libertad los declara aceptables o falsos. Pasaron aquellos reyes y aquel sistema; derrumbóse el Imperio español en las Indias, pero las afirmaciones del Padre Vitoria permanecen firmes y a ellas acuden los estudiosos de nuestro tiempo para determinar la justicia o la injusticia de las relaciones entre los pueblos.

La Revolución tuvo un origen teológico que ha determinado, en su elegante estilo, Eugenio Montes, en una trayectoria que va con toda lógica desde Lutero a Hitler, pasando por Rousseau y por Carlos Marx. La contrarrevolución tiene que fundamentarse también en la Teología, o será simplemente el espasmo agónico de una sociedad burguesa que se aferra con un gesto desesperado al usufructo de los goces de la vida.

EL MARQUÉS DE LOZOYA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Orígenes, desarrollo y decadencia de la leyenda negra

España es víctima, desde siglos, del error judicial más penoso que la Historia haya conocido. Vilipendiada sin piedad, por uno de sus propios hijos en el siglo XVI, y denigrada sistemáticamente después, se ha visto envuelta en un tejido de calumnias que acabaron por dar a generaciones de españoles, dolidos de tales agravios, repugnancia por la gesta sobrehumana que los había provocado. Diríase que había llegado a presentarse a sus propios ojos con caracteres verosímiles. «Mejor no pensar más en ella», dijeron, «ni evocarla, ni hablar más». Y hartos del eterno estribillo se apartaron con desconsuelo del tema vergonzoso. A la gran obra se le echó tierra, como se guarda silencio en las familias sobre lo que pudo deslustrar su buen nombre. Y, sin embargo, no existe en la historia del mundo un período de acción creadora más fecundo y prodigioso, ni otra etapa de extensión civilizadora de ultramar de la que pueda estar más orgullosa nación alguna.

El contraste entre la luminosidad de la obra española del siglo XVI y los tonos lúgubres de los comentarios que la acogieron, abruma. Y no me refiero únicamente a los descubrimientos científicos y a las conquistas territoriales de esa época, sino a las previsiones creadoras puestas en movimiento con inteligencia constructiva por juristas, teólogos, reyes, oidores,

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

gobernadores, eclesiásticos, virreyes, navegantes, geógrafos, capitanes, para estructurar los nuevos territorios, aprovecharlos útilmente, dotarlos de una civilización, apartar al indio de sacrificios cruentos, en ciertos sitios del canibalismo, evangelizarlo y elevarlo en la escala humana. Tal era el plan español.

La conquista fué a la vez una obra guerrera y una obra social, orientada por materialismo político e idealismo moral, y sobre todo por el propósito de transformar la vida bárbara del nuevo continente en una vida provista de todo lo que habían inventado las viejas naciones europeas para la evolución superior del hombre. Barbarie no es aquí un mote; es un estado. Eran notables en algunos puntos, como México y Perú, el grado de inteligencia y las capacidades artísticas, industriales y aún científicas de que dieron prueba los indios, y el choque era inevitable; fué la resistencia contra la sujeción extranjera, la voluntad contrapuesta de razas igualmente altivas y bravías. Con tales adversarios, llevando uno ventajas por el conocimiento del ambiente, y su número infinitas veces mayor, y el otro mejores armas y más táctica para guerrear, fué heroica la contienda. Heroísmo es superlativo de «valor». En la disputa épica por la ocupación del territorio, desplegándolo por igual agresores y agredidos, ya no supo a diferencia. Tan común era entre ellos, que no se distingue hoy en el acto mismo. Ha de ir a descubrirse en la perseverancia del esfuerzo, en la capacidad de sufrir, en la abnegación del sacrificio, y en el pensamiento a veces distante y elevado que inspiró la acción.

La leyenda negra no se ha limitado a denigrar exagerando, alterando o inventando. Es su maldad mayor, por ignorancia, haber omitido en su evocación de la obra española los conceptos y gestos humanitarios que la dignifican. Los enemigos de la leyenda: cuantos han pugnado por demostrar sus perversidades y falacias, hemos conseguido en gran parte alcanzar el objetivo perseguido. Falta ahora, con el concurso de la buena voluntad de todos, y sobre la base de un plan de conjunto, apartarse de la leyenda negra, desmantelada y agonizante, y edificar la gesta de América, conservándola siempre dentro de

Biblioteca Nacional de España

la historia universal, que la explica, y sobre la cual tuvo muy pronto trascendental influencia.

Cuando se conozca mejor la obra civilizadora de España en el Nuevo Mundo, y se comparen sus métodos y actos con los de otros Estados en igualdad de situación, se verá que sus arquitectos inventaron hasta el estilo de su fábrica grandiosa, pues carecían de ejemplos o modelos en que inspirarse. La ocupación de dos continentes en cuyas tierras cabía Europa como un ducado en una escarcela, era, por sus dimensiones y las peculiares modalidades de los indígenas, un fenómeno sin precedente. Detengámonos en dicha circunstancia, que no ha recibido de los juristas, teólogos y filósofos que criticaron la conquista, suficiente consideración, y repitamos: *sin precedente*, porque explica el origen de muchos errores. Tampoco era premeditada. El choque de la nave de Colón con las Antillas y su contacto más tarde con la costa de Paria al buscar el paso marítimo hacia el continente asiático, fueron efectos del azar. Nos encontramos ante un hecho que se dilata de extraordinaria manera en el tiempo y en el espacio, y que no debe desvincularse de la historia general. Al separarlo del pasado común descuidaron los comentaristas de la odisea recordar lo que había sido hasta la época norma usual en las guerras y particularmente en las invasiones, y contemplaron la ocupación armada de Indias por los españoles como un fenómeno en sí, alarmante y *excepcional*. Las proporciones de dicha conquista y las medidas de la obra civilizadora, emprendidas en prodigiosa escala, eso era lo nuevo e inédito; pero la conquista, como tal, debía por fuerza obedecer a los hábitos, principios y propósitos universales, hasta que de la experiencia se alcanzaran métodos administrativos y normas éticas pertinentes.

Al arar el Nuevo Mundo, anduvo el español bajo el vértigo del infinito, sin un guía que le orientara. En las tácticas que adoptó para sobrevivir con un puñado de hombres a los ataques de masas de naturales, cuyas lenguas y costumbres le eran desconocidas; en la exploración de una naturaleza hostil, imponente y en algunas latitudes mortífera, en la que aparecían

Biblioteca Nacional de España

insectos venenosos, vegetales asesinos y enfermedades contra las cuales no sabía defenderse; luego, más tarde, para establecer en esos espacios inmensos las instituciones adaptadas al medio; para asegurar en esta obra una participación a la Iglesia y a las Ordenes religiosas; para orientar las corrientes del comercio y cultivr el espíritu de la juventud, hubo de crear, crear constantemente, con sólo la intuición por guía en sus incertidumbres de precursor.

La única empresa que hubiera podido servir a España de modelo, o de precedente, era la de Portugal; pero los conceptos de las dos Coronas eran divergentes, inconciliables.

Portugal, como lo probó desde la Edad Media con su bien organizado comercio marítimo, concibió sus empresas principalmente en mérito a los intereses económicos que ofrecieran. Dotado de una buena flota que le había enriquecido en el tráfico con los pueblos del Norte europeo, comenzó en los siglos XV y XVI a navegar hacia lo desconocido, estableciendo depósitos en aquellas costas en que sus navíos pudieran llevar sus productos, o los de otras plazas industriales, y traficar con los nativos. No pretendió ligarse económicamente, colonizar, penetrar y reproducirse en vastos territorios, sino llevar sus frutos y traer de vuelta especies, oro y piedras preciosas. Las riquezas de la mina y su comercio floreciente le suministraban medios de establecerse en profundidad. No lo quiso, prefiriendo esparcir sus fuerzas a lo lejos, como antes lo hicieron Génova y Venecia, guiadas por una política económica de realizaciones inmediatas. Así fué Vasco de Gama a Calicut en 1498 y Alburquerque en 1500; Alvarez Cabral al Brasil, luego a Mozambique, en el mismo año; d'Almeira a Ceylán; Alburquerque a Ormuz, y otros soldados a Madagascar, en 1507; en 1510, a Sumatra y Goa; en 1511, a Malaca, las Molucas, Nueva Guinea; en 1513, a Aden; en 1517, a Macao; en 1518, a Corea; en 1520, a Abisinia... El Imperio era el más extenso del mundo y a la vez el más costanero. Fué el Brasil quizá la única excepción.

La concepción española bajo los Reyes Católicos, Carlos V

Biblioteca Nacional de España

y Felipe II fué diametralmente opuesta. Desde la llegada de Colón a América en 1492, hasta la explotación de las minas de oro en México y de plata en el Perú, cuyo rendimiento no comienza a traducirse en forma apreciable hasta mediados del siglo XVI, España sólo tuvo durante esos sesenta años ingresos insignificantes, comparados con los grandes gastos que le impusieron los envíos de las carabelas de Colón, Boadilla, Ovando, Pedrarias Dávila, Magallanes y otros muchos. A pesar del fiasco del segundo viaje de Colón, y las desdichas que seguían unas tras otras, y aun cuando las islas lejanas no fueran «las Indias» fabulosas que anunció Colón, España había de proseguir su cruzada. Más tarde, cuando Cortés, Pizarro, Federmann, Benalcázar, Giménez de Quesada, Peranzúrez, Valdivia, Irala, Aguirre, Núñez de Prado, volvieron la espalda al mar para penetrar en los grandes territorios desconocidos y fundar villas, España nombra virreyes, gobernadores, jueces, que ella remunera; manda a su costa construir iglesias, universidades, colegios, y sostiene misioneros de todas las Ordenes; remite trigo y centeno, caña dulce y frutas, legumbres y plantas, árboles y flores, el olivo y la vid, y transforma las costumbres de los indígenas introduciendo la vaca, el caballo, el asno, la oveja, el cerdo, el hierro, la rueda... España sigue alentando los descubrimientos como base de una reproducción íntegra, a lo lejos, de su propia imagen extendida en profundidad y duración. Y el primogénito, el primer virreinato, es un fiel reflejo de esa concepción materna, lleva su nombre, se llama: Nueva-España, y veremos más tarde aparecer Nueva Toledo, Nueva Extremadura, Nueva Granada, Nueva Castilla.

La forma que tomó la conquista, apoyada en las de Cortés y Pizarro, sobre imperios organizados, hizo comprender a los reyes que las nuevas sociedades sabrían vivir por su trabajo sobre el suelo conquistado; pero que a ellos quedaría el soportar una parte del peso. Aun cuando esperaran riquezas, no hicieron de estas una condición *sine-qua-non*. Al contrario. La superioridad de España en el siglo XVI sobre todas las naciones colonizadoras que la precedieron o sucedieron, radica en

Biblioteca Nacional de España

sus preocupaciones culturales, en el desprendimiento de su legislación, en su idea cristiana de hacer convivir al blanco con el indígena y el mestizo, en la altura idealista de sus principios civilizadores, y en la ética de reyes que supeditaron, desde Isabel hasta Felipe III, los intereses de sus quintos reales a los dictados de su conciencia.

Con Las Casas nace la leyenda negra que borra o disimula esas bellas concepciones. No hubiesen creído los europeos tan cándidamente en sus fábulas, si lo que hubiera sido prodigioso realizar antes de Colón, no llegase a parecer pálido después de las hazañas del genovés, de Balboa, de Cortés, de Pizarro y de Giménez de Quesada. Se carecía en Europa de información segura. ¿Por qué, pues, no prestar crédito a tragedias pavorosas, ya que satisfacían el gusto por lo maravilloso y servían los rencores de algunos países, particularmente Inglaterra, Francia y Flandes contra la España de Carlos V?

La *Destrucción de las Indias*, publicada en 1552, pero leída en 1542 en la Junta de Indias que resolvió las Nuevas Leyes, produjo en el Perú una revuelta sangrienta que directa e indirectamente duró cerca de diez años. En esa época, Las Casas conocía las Antillas, Cumaná, en la costa de Venezuela, el Darien, Guatemala y Nicaragua, y había pasado algunos meses en México, en 1539, antes de embarcarse para España. Nunca había pisado los países al Sur de la costa norteña de la América meridional. Apenas se afirmaba la civilización, gracias al establecimiento de las capitales americanas, del virreinato de Nueva España y la novedad de varias Audiencias en el Norte.

¿Tenía Las Casas derecho, frente a esas obras constructivas, de hablar de destrucción? No se le ha ocurrido a ningún historiador dar el título de *Destrucción de Europa* a la crónica de las espantosas guerras de religión y luchas sociales que precisamente en el siglo XVI ensangrentaron los campos y mancharon de crímenes las ciudades del viejo mundo, desde Hungría hasta Inglaterra, desde Suecia, pasando por Alemania, hasta Francia y Suiza. El título de la obra engañó, como engaña al lector desprevenido. Las Casas sólo conocía parte ínfima de

Biblioteca Nacional de España

las Indias y no tuvo el natural escrúpulo de documentarse. Sobre la trama de algunos hechos esenciales bordó fantasías. Desde las primeras páginas asoma su delirio: «Dios hizo a las gentes que poblaban las Islas y Tierra Firme sin maldad ni falsedad. Obedecían a sus señores y a los cristianos, que aprendieron a servir. Eran humildes, pacientes, pacíficos, tranquilos, sin rencor, sin odio ni deseo de venganza...» Generalización absurda. Por algunos naturales de Haití, de Cuba y de las Lucayas, de esa complexión, existían miles de otros en Guadalupe, Cumaná, Castilla del Oro, Darien, Veragua, Santa Marta y Panamá: belicosos, robustos, astutos, hostiles y crueles. Devolvían golpe por golpe, sin jamás olvidar; mataron a casi la totalidad de los compañeros de Nicuesa, a gran número de soldados de Ojeda, de Balboa, de Pedrarias Dávila, de Alfinger, de Federmann y de Jiménez de Quesada. Mataron también, sin razón y por espíritu de venganza, a los religiosos de Cumaná. Me limito a los naturales de las Islas y de Tierra Firme, y compruebo que unos y otros supieron hacer pagar a los españoles los sufrimientos que éstos les pudieron infligir.

Las muertes que recibieron y los tormentos que padecieron antes de perder la vida, son para Las Casas justos y providenciales castigos de Dios. Pero esta interpretación unilateral de la Voluntad Suprema ofrece reparos y merece complemento. Si tal tesis se aceptara, ¿por qué no considerar que los indios muertos por los castellanos lo fueron también por la voluntad de Dios y en castigo de pecados anteriores?

Describe Las Casas crueldades dantescas que ningún cronista, religioso, gobernador, capitán, testigo o documento revelara jamás, ni antes, ni después de él, descuidando citar las fuentes de donde extrajera tanta lindura; fuentes de su inventiva que le permitían mostrarse tan pródigo en el relato de hechos mórbidos, destinados a fascinar la imaginación del lector.

Así atribuye 5.000.000 de muertes a la conquista de Venezuela. En diez años más de 5.000.000 de hombres habrían muerto en México, y la conquista entre 1518 y 1530 habría costado 4.000.000 de vidas. Su descripción de la conquista del

Biblioteca Nacional de España

Perú termina con el aserto de que en diez años destruyeron los castellanos 4.000.000 de naturales.

Son a simple vista tan insensatas estas cifras que los traductores de *La Destrucción de las Indias* y los lectores del siglo XVI y siguientes, hasta nuestros días, debieron poner, por alguna razón, toda su buena voluntad en aceptarlas.

Cronistas y religiosos del siglo XVI, que habían vivido en las diferentes provincias de las Indias, y tomado conocimiento de los hechos los dejaron objetivamente consignados, y ellos han descalificado *La Destrucción de las Indias*. Pero esas obras y los documentos de los archivos aparecieron siglos después, y mientras tanto traducciones flamencas, inglesas, alemanas y francesas aparecieron por el mundo como actos de represalias de países enemigos, simultáneas con cada guerra contra España, esparciendo la visión lúgubre de continentes devastados; el cromo cursi de paraísos transformados en infiernos y una imagen idealizada y falsa del indio, que había de transformarse en el siglo XVII en la leyenda ñoña «del buen salvaje», pestilencia insufrible de cierta filosofía histórica y de novelas lloronas del XVIII.

Las Casas fué cruel hacia la conquista y hacia España; desfiguró la perspectiva al alterar la cifras y prestó al tratamiento de los indios un carácter de dureza excepcional que falsea el momento histórico, al evocarlo sin recordar la afligente situación de que sufría la plebe europea en manos de los señores europeos en la misma época.

No es tanto piedad por los naturales lo que se siente en sus hipérboles incandescentes, como odio contra los conquistadores. La cuestión del indio era una cuestión personal entre él y ellos. Su gran delito, sobre el cual no insistiremos nunca bastante, es el de haber presentado a los indios de América como parias únicos en el mundo y a los españoles como exclusivos destructores. La leyenda ha atravesado los siglos, empantanando la verdad. Ningún elemento de la conquista deja de ser adulterado por su obsesión. En la exposición de principios pinta al indio como un cordero que vivía entre otros corderos en un paraíso

Biblioteca Nacional de España

celestial, sin trabajo ni obligaciones. Apóyase en este cuento de hadas para sostener que los Reyes no tenían derecho de imponerle una situación distinta. En su *Historia Apologética* construye un elogio desbordante de los naturales; en su *Historia de Indias* refiere y desnaturaliza hechos, ya de por sí sangrientos, de la conquista; en *La Destrucción de las Indias* ataca a los conquistadores y los estigmatiza como tigres culpables de haber aniquilado en algunos años nada menos que 15.000.000 de almas: exactamente la población de Francia (12.000.000) y la de Inglaterra (3.000.000) a principios del siglo XVI.

Y esta era la autoridad en que descansaban teólogos y juristas para conocer los hechos en que habrían de apoyar sus principios.

El mal estaba hecho, y me atrevo a afirmar que en la historia de la Historia no existe un caso semejante de opinión colectiva descarriada desde su origen, transmitida a través de los siglos, hasta reflejarse, desfigurada, en el sentir público de nuestros días.

A las acusaciones que Las Casas formula contra los españoles, y a su apología insensata de los indígenas, se une la exageradísima idealización de los incas por Garcilaso.

Unido por la sangre a la raza de su madre, como Valera, de quien tanto se vale, glorifica Garcilaso a sus abuelos sin limitar sus loas. Se necesitaron siglos, la excavación de tumbas en el Perú y la aparición de crónicas anteriores a los *Comentarios*, para separar el grano de la paja y rectificar debidamente.

* * *

No he terminado aún con los orígenes y la evolución de la leyenda negra. Otras causas mediaron para que en los reinos europeos se viera con tanta prevención la obra española en Indias y se discutiera la legitimidad de sus títulos.

La exclusión de ir a América bajo pena de excomunión aplicada por el Papa para toda persona que no fuera sujeto de los reyes de España, fué otra de las causas. El gesto parecerá egoís-

Biblioteca Nacional de España

ta, y sin embargo era razonado. Si ofrecía Europa el desconsolador espectáculo de ininterrumpidas guerras, ¿qué solidaridad en la tarea de civilizar un nuevo mundo podía esperar Alejandro VI de naciones enemistadas? Por haber concedido a Portugal derechos análogos a los de España suscitáronsele de inmediato pleitos de líneas divisorias. ¡Cuántas discordias no estallaran en Indias entre las jurisdicciones de los reyes de Francia, de Inglaterra, de Holanda, príncipes alemanes y repúblicas de Génova, Venecia, etc., de no precaverse el Pontífice con el acto sabio de reconcentrar en las manos exclusivas del más fuerte la doble obligación de cumplir su mandato evangelizador y defender los derechos que en la concesión le acordara. Establecimientos contiguos en tierras vírgenes de naciones con intereses encontrados, sólo hubiesen trasladado bajo la Cruz del Sur sus odios antiguos de razas, y las nacientes disidencias religiosas que habían de ir agravándose en el curso del siglo XVI en Europa. ¿Qué ganarían los aztecas y los mayas, los aruacos y los caribes, los chibchas y los incas, los araucanos y los guaraníes con esa multiplicidad de amos? Basta el ejemplo de Inglaterra en los *settlements* de los futuros Estados Unidos antes del *Mayflower*, y el de los alemanes en Venezuela, para afirmar que hubiesen sufrido todas las vicisitudes que provienen del dominio de extranjeros en tierra conquistada, más servir de carne de cañón en las guerras de unos contra otros. No hubiesen dejado de reproducirse en las heterogéneas colonias establecidas en el Nuevo Mundo las matanzas de católicos del tiempo de Enrique VIII de Inglaterra, las matanzas de protestantes en época de María Tudor, las matanzas de Nimes, de Montaubán, de Tolosa, bajo los reinados de Enrique II y Francisco II, y la fiesta de sangre que ofreció Carlos IX a los parisienses la noche de San Bartolomé. A estas riñas se añadirían las inquinas de nacionalidades distintas. Así es tolerable imaginar a los jíbaros de los confines de Quito fabricando sus cabezas reducidas con despojos de luteranos flamencos vencidos en guerra por ortodoxos polacos de Bogotá, o chiriguanaes del Sur de Charcas, prohijando las querellas de Paulo IV y comiéndose, en nombre de los Estados

Biblioteca Nacional de España

pontificios, a los chanes de Carlos V... ¡Edificante Babilonia fuera para los indígenas la visión de los antagonismos religiosos y políticos europeos trasladados a América, desde México hasta Patagonia! Si pareciera pesimista el augurio, basta volver los ojos a la Historia de Europa. Ella nos dirá que siglos de guerras de conquista habían encendido focos de discordia que no admitían discusión de legitimidad de títulos o alegaciones de derechos. Originados por choques de codicias, sólo se detenían con la extenuación de los combatientes para renovarse más tarde hasta la marcha asoladora del más potente en el solar del vencido. Esa verdad no reconforta, pero pone las cosas en su sitio. Contemplando mapas relativos a los primeros quince siglos de la Era cristiana, abrumado queda el espíritu ante la frecuencia de las mudanzas, los triunfos y desastres de las nacionalidades, el contenido sangriento de las fluctuaciones de fronteras.

Evocan esas cartas, sin vehemencia, pero con elocuente e irrefutable precisión, saqueos, matanzas y desposeimientos que sublevaron poblaciones, extinguieron razas, desplazaron dinastías, crearon nuevos límites y ocuparon mil quinientos años de la vida europea en una forma catastrófica, probablemente análoga a la que anotarán en el año 3000 los historiadores del segundo período de quince siglos de nuestra Era. Y si fuéramos a indagar en los tres o seis mil años anteriores, en las tierras de chinos e indostánicos, judíos y fenicios, egipcios y caldeos, celtas y lapones, habríamos de conjugar los mismos verbos: *invadir, saquear, someter, desmembrar, destruir, fundar...*

Aceptemos, pues, la conclusión de que esas superposiciones de imperios penosamente formados y dolorosamente deshechos, constituyen los anales de nuestra insensata y heroica humanidad.

Lo que no encontraríamos en la historia de cada una de esas naciones, en suma, en la casa de los destructores y fundadores de imperios, sería el análisis de los títulos que unos y otros tuvieron para lanzarse a guerras de expansión. Les llevaba un instinto: *la codicia*; esgrimían un argumento: *la fuerza*. Fué preciso que España se adueñase de las Indias para que reyes ex-

Biblioteca Nacional de España

cluídos, juristas y teólogos se pusieran a discutir la validez del título que *ella* ostentaba. Esa es la singular paradoja: no hubo en las demás naciones riñas acerca de si tenían o no derecho a extenderse en el espacio, y la razón era obvia. En el caso de España, existiendo una Bula dando derechos sobre una tierra antes desconocida, ya había materia para examen, retórica y controversia. Y probablemente estimuló a los países extranjeros en su animosidad el hecho de que *ella* exhibiera un documento y pretendiera con él atribuir a su conquista: predestinación divina, legitimidad jurídica y loable carácter religioso.

Por otra parte, no fué menester que esos rivales encomendasen la refutación de los títulos jurídicos y la depreciación de la obra creadora de España en América a sus propios teólogos e historiadores: bastóles traducir al francés, al flamenco, al alemán, al inglés, *La Destrucción de las Indias* del padre Las Casas, y más tarde *Los Comentarios Reales* de Garcilaso. Hasta las leyes del Consejo de Indias, tan avanzadas en sus sentimientos humanitarios, y las ordenanzas dictadas en Indias por virreyes y gobernadores, atribuyéronse a escrúpulos de conciencia de los Reyes por los anteriores delitos cometidos, siendo así que el concepto de la libertad de los indios fué el mismo bajo la Reina Isabel como bajo don Fernando, doña Juana, Carlos V y Felipe II, y se hizo más generoso en la época del místico Felipe III. Sin embargo, consiguieron los ataques puestos en juego presentar a España como un país *excepcionalmente* despótico y ambicioso, *excepcionalmene* cruel y desconsiderado.

Y el veneno de la leyenda sigue transmitiéndose por vías indirectas, imperceptibles en su contagio, fortaleciéndose ante la opinión con los siglos.

* * *

Claro está que la obra de España en América no se realizó sin grandes desmanes. Pero, ¿dónde, en qué tiempos y con qué razas se cumplió una obra de semejantes dimensiones, sin arbitrariedades ni durezas? Natural era que tratándose de una ex-

Biblioteca Nacional de España

tensión territorial capaz de contener varias Europas, se sirvieran sus cronistas de los episodios más trágicos para colorear sus historias... En Europa ocupa cada país un área bastante pequeña en comparación del espacio comprendido entre México y el Estrecho de Magallanes. Sin embargo, nos ofrece su siglo XVI una serie pavorosa de crímenes colectivos o individuales, y cuadros trágicos en que aldeanos, obreros y vasallos sufren inhumanas demasías de parte de las clases privilegiadas: se cortaban manos, pies o narices por cualquier delito, aplicando antes a los reos torturas. Las poblaciones que se defendían demasiado bien eran acuchilladas sin que hugonotes o católicos perdonaran ni a los niños... Pero estos salvajismos se distribuían entre un número de países tan considerable, que su proporción en cada historia nacional acaba por parecer nimia. En la inmensa América todos los desmanes eran imputables al español. Le era fácil, pues, a Las Casas sumarlos, o mejor dicho, multiplicarlos al tronar contra ese gran pecador, a su juicio excepcional.

La mayor parte de los historiadores y filósofos olvidaron al escribir sobre la conquista, que ella se realizó entre 1492 y 1600, y descuidaron tomar en cuenta las costumbres entonces reinantes en Europa. La crueldad procedía de la Edad Media y aún perduraba incrustada en el siglo. Los Cortés, los Pizarro, los Benalcázar, los Almagro y los Quesada, los Alfinger y los Federmann, traían a América las costumbres guerreras de los lansquenetes alemanes, de los confederados suizos, de los condottieris italianos y franceses. ¿Por qué, pues, extrañarse que salieran de esa escuela, duros como sus maestros?

La conquista de América no fué un fenómeno especial, aterrador, único... Más clementes y justos fueran los juicios sobre ella, si para medir la calidad ética de los acontecimientos y la estatura de los personajes históricos del Nuevo Mundo se hubiesen comparado con los contemporáneos de Europa. Dentro del gran panorama universal encuentra cada historia el lugar que le corresponde; considerado aisladamente, se le falsea.

* * *

Biblioteca Nacional de España

Se ha cometido, por otra parte, al escribir la historia de la acción de España en América un error de concepto, y es el siguiente: la conquista exige un análisis por épocas, para ser correctamente juzgada, pues varió su carácter según los períodos históricos en que se desenvolviera. Estos serían delimitados por hechos de trascendencia y no por la cronología del calendario: I. El descubrimiento de las islas y de las costas, de Tierra Firme y de los ríos, que comienza con Cristóbal Colón en 1492 y termina con el descubrimiento del Estrecho de Magallanes en 1520. II. Las conquistas territoriales y el establecimiento de las capitales americanas desde 1520 hasta las *Nuevas Leyes* dictadas por Carlos V para los indígenas en 1542. III. La organización de los poderes, el nacimiento de ideologías creadoras y la fundación de pueblos complementarios, desde 1542 hasta la consolidación de la conquista y la muerte de Felipe II en 1598.

Los descubrimientos y las exploraciones del primer período se alcanzaron con efímeros desembarcos desprovistos de intención de fundar y sin más finalidad que informarse de las posibilidades de riqueza. Luego, retornaban las expediciones después de trazar sus cartas y con la intención de volver si la tierra hubiese gustado. Haití, Cuba, la Isla de las Perlas, Cabagua, Coro, la Antigua, el Darien, Veragua, fueron el punto de contacto de los primeros choques entre españoles e indios.

Fué catastrófica en esa época la acción española en sus relaciones con los naturales. Colón, Juan de la Cosa, Ojeda, Balboa, Díaz de Solís, Magallanes, y sus capitanes y tenientes, perseguían o dejaban perseguir a los indios, unos para apoderarse de los secretos de la tierra, otros para arrancarles perlas, oro o plata. Disculpa no tienen, y no habría atenuante que introducir en la condena si no hubiesen sido la crueldad y la codicia rasgos de la época, y si España misma, por sentencias de sus jueces, no hubiese sido la primera en castigar los crímenes.

Si el primer período se distingue por su espíritu de ensayo, y su carácter transitorio, inseguro, domina en el segundo todo lo que constituye arraigo social y permanencia.

Abre sus alas la conquista en la deslumbrante jornada de

Biblioteca Nacional de España

Cortés, imitada después por hombres del arrojo de Pizarro, Almagro, Federmann, Jiménez de Quesada, Belalcázar e Irala, en su marcha hacia el corazón de tierras de misterio. Las conquistas de México y Perú, como las fundaciones de Buenos Aires, La Asunción, La Plata, Quito, Bogotá, Santiago de Chile y tantas otras ciudades no se alcanzaron sin que blancos e indígenas pereciesen en la lucha; pero los españoles no eran ya las bandas desordenadas de Ojeda, de Nicuesa, de Juan de la Cosa, de Enciso y de Balboa; gobernaban en México y el Perú virreyes, y en Santo Domingo, México, Panamá y Lima funcionaban audiencias.

Fué entonces el oro una maravillosa y transitoria ilusión. Dió Moctezuma pruebas a Cortés que el mineral existía en masa; ofrecieron los naturales de Honduras y Guatemala testimonios análogos a Pedro de Alvarado. De Atahualpa recibió Pizarro en un rescate de las mil y una noches, vasos, fuentes, lingotes y objetos de oro y plata. Detuvo Almagro en su jornada a Chile un fuerte envío de tejos de oro de los araucanos a los incas. Recogió Jiménez de Quesada entre los chibchas millares de esmeraldas. Pero no tardaron en descubrir estos codiciosos que los adornos llevados por los naturales, las piezas entregadas y los tejos almacenados, eran fruto del trabajo de generaciones de indios para decorar los templos y los palacios de sus reyes o rendir homenaje a sus dioses. Ni el oro ni la plata se conseguían sin penosa labor. En suma, juzgaron (excepción hecha de Almagro, felizmente sustituído por el civilizador Valdivia) que lo propio era establecerse, sembrar, arar y construir, hubiese oro o no. En esa segunda época, en que el *conquistador* se desdobla en *poblador*, transfórmase en vecino feudatario y respeta la población de su encomienda, mientras ofrece el doctrinero al indio la paz y la elevación del Evangelio.

La tercera etapa es como el vuelo de un enjambre de abejas en cada una de las provincias y una irradiación de la conquista por todos los rumbos, coincidiendo con la actividad duradera de los virreyes, gobernadores, de las Ordenes religiosas y de la organización eclesiástica. Al final del primer período

Biblioteca Nacional de España

(1492-1520) existía media docena de ciudades; al terminarse el segundo (1520-1542) una treintena, y al concluirse el tercero (1542-1598) más de doscientas, para las cuales había costeado España nueve audiencias, iglesias, conventos, colegios, hospitales, imprentas y universidades. De entre tantos hechos notables, destácase uno muy significativo: antes de 1600, *cuatro* universidades en pleno funcionamiento: Lima, México, Santo Domingo, Bogotá, y dos por fundarse: una en Córdoba y otra en La Plata.

En ese período fué norma de las autoridades de los virreinatos de México y Lima concebir la creación de pueblos con finalidades estratégicas, económicas o civilizadoras a la vista y sabiendo que la mina no existía. Os daré pruebas de estas previsiones elevadas y fecundas en la tercera conferencia al hablaros de las ideologías a las cuales deben su nacimiento casi todas las ciudades argentinas del siglo XVI. Apenas asoma la palabra «oro» en los papeles de esa región y cuando aparece es a título de vaga esperanza o de desencanto. Con todo fué fecunda la ilusión.

A las leyendas del Eldorado, del Paitite y de la Tierra de los Césares, deben las etapas de la conquista su rápida sucesión. En ningún caso convirtióse el mito áureo en realidad; pero gracias al encantamiento inicial que le daba vida, progresó la corriente civilizadora y se fundaron y conservaron pueblos, donde hubiese, como donde no hubiese oro. La mina fué un imán; en el hecho, una excepción. Y los conquistadores que habían partido en busca del metal, se resignaban, cultivaban el maíz y la papa del país, sembraban frutas y legumbres, plantaban olivos, la vid y el roble de España. Fundaban hogar, formaban núcleos sociales definitivos que mantenían con su trabajo y el del indio, asociado en todo a su propia vida, por la religión, el trabajo y el amor. Por simpatía y atracción de sexos iban juntándose las dos sangre en una, como en los montes nuevos se enlazaban las flores del aire a las ramas de la encina castellana. Antes de morir los conquistadores primitivos ya era la

Biblioteca Nacional de España

ciudad una patria para los mesticillos católicos nacidos de la cruza hispanoamericana.

Los escritores que hayan tildado a la conquista de bárbara y a los conquistadores de codiciosos y criminales, no han penetrado con suficientes conocimientos en el análisis de los hechos ni diferenciado épocas y lugares para dictaminar con justeza. Han preferido atenerse a las tiradas declamatorias y a las generalizaciones dramáticas y convencionales de Las Casas y sus secuaces, extendiendo a toda la conquista y a toda América, lo que sólo podía imputarse a un grupo concreto de hombres en determinada región y en cierto momento histórico.

La leyenda, según la cual la conquista tuvo por finalidad exclusiva el oro y fué sostenida por la avidez de asesinos sin cultura a expensas de toda visión creadora, es una versión simplista, e inspira más lástima que indignación. Basta dejar a un lado las crónicas e inspirarse en antecedentes documentales cuidadosamente apreciados, relativos a cada región en la misma época, para recibir la enseñanza que fluye de visiones panorámicas. Aparecen entonces en toda su puerilidad las superficiales generalizaciones engendradas por la malignidad, y los infundios propalados por la ignorancia.

* * *

Señores: Con la extensión prudente que pueda darse en una conferencia a las parte de un todo, por interesantes que sean, os he hablado de los orígenes y de ciertos infundios de la leyenda negra. Muy lejos estoy de haber agotado el tema, limitándome a señalar ciertos aspectos escondidos bajo el cúmulo de causas y de hechos que en el correr de los siglos habían contribuído a formarla. Voy ahora a exponer brevemente lo que ha traído su decadencia.

En las ciudades que se renuevan, existen a veces barrios viejos con casas feas, pobres, casi inhabitables, situadas a cierta distancia de las que el progreso edificó en sitios más sanos o estratégicos. Y la nueva ciudad mata al Pueblo Viejo, no por-

Biblioteca Nacional de España

que sea viejo, sino porque fué mal concebido, situado y construído, y lo mata sin necesidad de volcar las casas una por una: basta el abandono para que éstas se derrumben. En la historia de la obra civilizadora de España en América, ha ocurrido análogo proceso. Sin un plan preconcebido, aisladamente, y en el Nuevo Mundo como en el Viejo, han ido construyendo los historiadores, en obras de recolección documental y en reconstrucciones personales nuevos aspectos de la Historia verídica, digamos nuevos pabellones, y se esboza en ella la Urbe Nueva que dejará desierta y abandonada la triste casucha de la leyenda negra.

Desde Las Casas había ido creciendo considerablemente. Herrera utiliza en 1600 las obras de ese autor, rechazando la *Destrucción de las Indias*, por maligna, pero acudiendo a la Historia de las Indias que se encontraba en manuscrito. Fué así grande el material desechable que pasó del uno al otro, y de éste al público.

En el siglo XVIII aparece la influencia de generalizadores hostiles. Voltaire pone de moda una elegante fusión de la historia y la filosofía, y el Perú es víctima de sus imitadores. El alemán Pauw, el inglés Robertson, los franceses Raynal, Mably y Genty, el italiano Carli, imaginan en sus historias noveladas, unos, que los indios americanos eran el colmo de la perfección, y otros, que eran razas degeneradas. El español es siempre el de Las Casas: el Luzbel destructor. Y para que nada falte, contribuyen Marmontel, Bernardino de Saint-Pierre y Rousseau con lágrimas literarias, a enternecer al público sobre la suerte de angelicales indígenas despojados de un Eden.

Todavía no se ha estudiado lo que debe el romanticismo a esa doble leyenda de las novelas históricas del XVIII, basadas en una mezcla despreciable de ignorancia, de mala voluntad, de falsos antecedentes y de sensiblería.

Prescott mismo se resiente en pleno siglo XIX de la epidemia filantrópica del siglo anterior, y sin sentido de relatividad, aplica una moral puritana, rígida, estrecha, parcial y teórica, a sucesos humanos ocurridos en el siglo XVI.

Así como un río se ensancha con las aguas turbias de ria-

Biblioteca Nacional de España

chos, cunde la leyenda negra hasta tomar proporciones fabulosas, en la hora de la Independencia. Quedan rencores de esas luchas, en que sociedades crecidas y fuertes pretendieron, contra la voluntad de la madre patria, dirigir sus propios destinos. Y las primeras versiones de los historiadores de la América española no fueron, no podían ser favorables a España y a su obra.

Comienza la decadencia de la leyenda negra desde el día en que España y las repúblicas americanas se reconcilian, o sea a mediados de 1850, a veinticinco, treinta o cuarenta años de distancia de la Independencia. Y unas y otras van a lo primordial y sensato. Buscan antecedentes, los extraen de sus archivos y los publican en grandes colecciones. En España aparecen las series de inéditos de Navarrete, Quintana, Salvá, Sáinz de Baranda, Rayon, Pacheco y Torres de Mendoza, continuadas por Jiménez de la Espada, por la Academia de la Historia de Madrid, bajo la dirección de Bonilla San Martín y Altolaguirre, y por la Nueva Biblioteca de Autores Españoles por mediación de Serrano y Sanz. Tal es la obra monumental de rectificaciones objetivas y documentales realizadas entre 1840 y 1900 al propio tiempo en que historiógrafos franceses e ingleses publican traducciones de crónicas primitivas antes desconocidas. Aparece luego la obra de Juderías contra la leyenda Negra.

En América sostenía Mitre, desde 1865, que era un error reconstituir la historia de la vida colonial exclusivamente con antiguas crónicas. Recomendaba se buscara la verdad en documentos coetáneos de los siglos transcurridos. El historiador Barros Arana forma nutridas colecciones relativas a Chile. Las obras documentales de Orozco, Icazbalceta, Paso y Troncoso sobre México, y de Mendiburu, Lavalle y Lorente sobre el Perú, precedieron a las de Medina sobre Chile, quien en cambio extiende su investigación a toda América. De ahí que guida por una concepción tan justa como generosa, se ocupe este eminente chileno de temas de interés continental, como son la historia documentada de la Imprenta y de la Inqui-

Biblioteca Nacional de España

sición, a las que suceden las biografías de Solís, de Balboa, de Magallanes, de Valdivia, todas ellas rectificadas de acuerdo con documentos originales inéditos. En la Argentina, Trelles, espíritu ponderado, Quesada, nervioso y ágil, Lamas y Zinny, seguidos por Angelis, lanzan, entre 1855 y 1890, obras que tratan principalmente del período colonial, o editan documentos inéditos del siglo XVI. A ellos sigue el francés Groussac, establecido en la Argentina. Al igual de Ternaux-Compans, publica ediciones comentadas de los primeros cronistas, y en Sevilla, donde investiga por largos años, forma una gran colección de documentos relativos al Río de la Plata. En Inglaterra publica la Hawkluyt Society, bajo la dirección de Markham, traducciones de crónicas antiguas.

Por todas partes: ya sea en el Uruguay como en Venezuela y en Bolivia, en Colombia como en Centroamérica, en el Ecuador y el Paraguay, en cuyo último país investigaba Garay, editan los archivos nacionales, provinciales y municipales, catálogos de sus manuscritos, colecciones de acuerdos, cartas, cédulas de los poderes del virreinato. En conflictos internacionales de límites se aducen interesantes documentos testimoniales. Sociedades, academias de historia, bibliotecas y archivos se apresuran a publicar viejas crónicas inéditas, documentos y boletines. Todo esto nos lleva también hasta el año 1900 aproximadamente.

En nuestro tiempo se ha intensificado considerablemente la doble labor de proseguir la recolección de documentos y de publicar lo descubireto en series monumentales. Me es grato deciros que ese movimiento procede principalmente de América, apoyado a la vez en los archivos de ese continente y en los de España. Resalta, en primer término, la importante colección de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, que publica documentos del siglo XVIII, numerosas monografías de interés que envía desde el Archivo de Indias, en Sevilla, D. Jorge Torres Revello, y reproducciones en facsímil de obras clásicas de historia, publicadas por ella

Biblioteca Nacional de España

bajo la dirección de los Sres. Ravignani y Molinari. Sigue a estas colecciones, en el tiempo, la del Congreso Argentino, que inicié y tengo el honor de dirigir. Ha editado desde 1918, unos treinta y cinco volúmenes de documentos relativos a la historia de los países del virreinato del Perú, y particularmente la Argentina en el siglo XVI. La Universidad de Tucumán ha publicado excelentes volúmenes de documentos y de trabajos históricos bajo la dirección de su rector, D. Juan B. Terán, y de D. Ricardo Jaimes Freyre. La Universidad de Córdoba y Monseñor Cabrera consagran sendos estudios al pasado hispánico. La Universidad de La Plata, por iniciativa de D. Ricardo Levene, ha dado un gran impulso a publicaciones de ensayos relativos a la historia colonial, entre los cuales los más importantes son los suyos propios. Es digna de mencionar entre ellas por su erudición y seriedad, la última obra del Profesor Rómulo Carbia: «La Crónica oficial de las Indias Occidentales».

D. Rafael Altamira, que ha dedicado generosamente gran parte de su vida a la defensa de la obra de España en América y a la enseñanza de su historia en esta Universidad; D. Antonio Ballesteros, que le sigue tan acertadamente; D. Carlos Pereyra, que es el campeón mexicano de la reivindicación de España; D. Américo Castro, que inicia en el Centro de Estudios Históricos, de acuerdo con su eminente presidente D. Ramón Menéndez Pidal, nuevas colecciones de inéditos; el señor Ots Capdaqui, el Padre Constantino Bayle, D. Eloy Bullón, el Sr. Merino, y otros que renuncio a citar, representan el momento contemporáneo español, como encarnan el movimiento argentino los historiadores ya citados, los Sres. Enrique Ruiz Quiñagú, Enrique de Gandía, Carlos Correa Luna y algunos otros.

En el Ecuador, es inmensa la labor del Sr. Jijón y Caamaño. En el Perú, siguen publicando colecciones documentales y otras obras los Sres. Urteaga, Romero Angulo y Porras Barrenechea, y ha reeditado el Sr. San Esteban el *Diccionario Histórico* de Mendiburu, precedido de un estudio, importante y no-

Biblioteca Nacional de España

table como todo lo suyo, del ilustre historiador, aquí bien conocido, D. José de la Riva Agüero. Y desde México, hasta Chile y el Uruguay, en toda la extensión del continente, se buscan y publican documentos, resaltando en España por su calidad, las publicaciones de la Academia de la Historia en manos del general Altolaguirre y las del Instituto Hispano-Cubano y Centro de Estudios de Historia de América de Sevilla, dirigidas por el Sr. Oto Capdaqui. Otro apoyo es digno de señalarse: en los últimos años, varias Universidades norteamericanas, entre ellas las de Ohío, Illinois y California, así como las instituciones, tan altruístas, de Carnegie y Rockefeller, han enviado y envían jóvenes graduados a España, para que residan e investiguen determinados problemas históricos. Forman así grandes colecciones de copias documentales de inéditos en los archivos de Sevilla y de Madrid, que han de servir de base a nuevos estudios en los Estados Unidos.

Y no olvido a los Beltrán de Heredia, Yanguas, Getino, Leturia, Brown-Scott, Fernández y Medina, Fernández Prida, Barcia, Riaza y otros, que. consagrándose, en la benemérita Asociación Francisco de Vitoria, al estudio de aspectos jurídicos de la conquista, contribuyen ellos también a reconstituir la historia de ese período, bajo una faz que la honra.

La obra de los exploradores y de los antropólogos, esos arrojados conquistadores modernos, es una gran fuente de información para el estudio del pasado. Unos examinan y describen su aspecto físico, su flora, su fauna, sus hombres y sus monumentos; otros siguen las huellas de los misioneros especializados en el estudio de las lenguas indígenas y se dedican particularmente a determinar la distribución geográfica de los naturales, así como a indagar sus creencias y supersticiones, su folklore y sus dialectos, sus artes e industrias. Estas investigaciones han servido, indirectamente, para esclarecer mil puntos oscuros de la conquista. Y los frutos de estas exploraciones científicas son visibles no solamente en las bibliotecas, sino también en los grandes museos de América, de Londres, de Madrid y de Berlín. En el Trocadero, de París, el entusiasmo

Biblioteca Nacional de España

de un sabio como Paul Rivet ha evocado un nuevo mundo de artes e industrias indígenas, basadas en investigaciones arqueológicas.

Con el auxilio de materiales y obras de primer orden como éstas, y con colecciones documentales generalizadas, se llegará, por fin, a edificar una nueva historia de América en siglo XVI.

* * *

Debo confesar que llevo en la mente, desde hace años, mi plan de una Urbe Nueva, la idea de una *Historia de la obra colonizadora de España en América en el siglo XVI*; pero comprendí, al profundizar el estudio de la conquista y la organización de mi país en ese *solo* siglo, que no era posible para un hombre, ni en toda una vida, reconstituir tan prodigioso panorama de actividades. Para la región argentina, una de entre tantas, me fué necesario remontar a papeles de los virreyes del Perú, de las audiencias de Charcas y de Lima, de la Iglesia y de las misiones religiosas Una vez encontrados en los archivos los antecedentes, los utilicé después de haberlos publicado, y en ese entronque de una historia regional con la de Chile, Bolivia y Perú, descubrí las diversas influencias de esos virreyes y de esas audiencias en la fundación de las ciudades y en acontecimientos cuyo origen antes se ignoraba. Y esto ocupó veinte años de un trabajo que no ha concluído. La obra es larga, porque la conquista fué una e indivisible en el espacio, y es menester reconstituir la historia de los virreinatos, no por partes, sino conservando la hilación del conjunto.

La Naturaleza, hostil a la acción española por su inmensidad, puso obstáculos, desde el principio, al historiador para la apreciación global de los acontecimientos. Salvo Oviedo y Herrera, que tuvieron en sus manos los archivos del Consejo de Indias y disfrutaron de acólitos para ayudarles, no intentaron después otros relatores la colosal tarea de abarcar la obra, la pintura de la conquista en millares de leguas y en climas diversos, desde México hasta Magallanes.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Como quiera que fué necesario, por razón de las distancias, partir el continente en varios virreinatos, subdividirlos a su vez en gobernaciones y éstas en provincias, consagráronse los cronistas primitivos a referir las particularidades del descubrimiento o de las fundaciones de una u otra región, sin escudriñar en el campo de las influencias vecinas.

Citaron los episodios desconociendo sus vinculaciones con mandatos directos o repercusiones oblicuas procedentes de otras tierras, y perdieron de vista los principios generales de gobierno, aplicados en la extensión del virreinato. La parcelación jurisdiccional, impuesta por la inmensidad del territorio, había provocado la parcelación de la Historia, quebrando en mil pedazos su unidad.

Las repúblicas americanas, libres e independientes, herederas de antiguas audiencias y gobernaciones españolas, volvieron la espalda al pasado, al encerrarse en sus nuevos límites, y cuando evocaron su vida inicial de pueblo, consideraron únicamente los hechos concretos de *su* territorio, que era sólo el fragmento de un todo, despedazado. Olvidaron que durante la conquista, y después bajo el virreinato, habían pertenecido a un todo coherente; omitieron buscar las causas de los hechos donde vivió la Audiencia o el virrey, y al fragmentar así su historia apartaron los hechos de sus causas y consecuencias. La conquista de América, dejando Nueva España aparte, debe estudiarse como una sola corriente humana que llega a Cuba y pasa luego a Tierra Firme, a Venezuela, a Panamá y a Colombia, y al Perú; y de allí, en dos rutas inmensas, alcanza por un lado a Chile y por el otro al Río de la Plata, atravesando Bolivia y la Argentina, para reunirse al pequeño grupo de fundadores venidos por el Atlántico, que se inicia en Buenos Aires y se transplanta después al Paraguay.

Y mi obra nació de ese concepto, sin el cual no hubiera pasado, en la evocación del siglo XVI, más allá del punto alcanzado en 1913: *la conquista de América fué una. Debe reconstituirse en su integridad. Para no borrar su unidad originaria, borraré las fronteras de los pueblos que actualmente la*

Biblioteca Nacional de España

fragmentan. Basta el enunciado para advertir que, con ese nuevo principio, modificaba la perspectiva de la conquista, induciendo a considerarla desde los lugares y tiempos en que las *ideas* de las autoridades centrales actuaban como estaciones transmisoras sobre los *actos* de los capitanes, actos antes ambiguos, por haber estado siglos desligados de su origen.

Su aplicación ha sido felizmente fecunda, y digo felizmente, porque los hallazgos pudieron ser menos cuantiosos y decisivos de lo que fueron. Lo que sabía en 1913 de los orígenes de nuestras provincias norteñas era inseguro y confuso. Gracias a las riquísimas fuentes de Charcas y Perú, se poseen ahora concluyentes pruebas de cuáles fueron los propósitos de los mandatarios al enviar jornadas de exploración al Tucumán o al expedir capitanes para fundar ciudades en determinados puntos de la provincia. Se sabe por ellos que las ciudades argentinas fueron fruto de maduradas ideologías, puestas en práctica por razones económicas, estratégicas y políticas. Por ello vemos también restituída la unión que una vez existió entre la obra positiva, perdurable hoy, de los fundadores, la dirección espiritual de las autoridades centrales y el concurso, antes vagamente conocido, de humildes soldados y capitanes.

Y esta conclusión llevaba lógicamente a esta otra: si la conquista y la organización política y moral es *una*, debe escribirse su historia sobre la base de *un* plan y simultáneamente, por un grupo de hombres movidos del mismo impulso justiciero de oponer, a las falsedades de la leyenda negra, una historia monumental que evoque, honesta y sabiamente, la obra civilizadora de España en América en el siglo XVI. La palabra *cooperación* estaba, pues, en ciernes. Era muy natural que, por razones de objetividad científica y de eficacia probatoria, le añadiera: *internacional*. Estuve varios años temando con ese plan, sin que las circunstancias facilitaran su realización.

Y seguía leyendo, en francés, en inglés, en español, en italiano, trabajos de interés, aislados, otros aparecidos a veces en revistas, reunidos luego por autores que los distribuían en librerías y bibliotecas; esfuerzos que no recibían su justa apre-

Biblioteca Nacional de España

ciación por falta de ambiente, de resonancia y de circulación. ¡Cuánta más trascendencia tendrían estas obras, pensaba yo, si vinieran a intercalarse, elegidas por su valor, en un conjunto histórico bien meditado!

Por fin se presentó, en septiembre último, una coyuntura favorable. Como delegado de mi país a la Asamblea de la Sociedad de Naciones, y participante en los trabajos de la VI Comisión Política y de Cooperación Intelectual, propuse que por una colaboración obtenida de hombres de ciencia: historiadores, geógrafos, juristas, arqueólogos, etnógrafos, etc., y de acuerdo con un plan de conjunto preestablecido, se diese al mundo una fuente calificada de conocimientos, provocando la redacción y la publicación de una colección de obras sobre las culturas indígenas americanas precolombinas. Recordé también que, gracias a las investigaciones hechas y a los descubrimientos alcanzados desde hace veinticinco años en los archivos, existía posibilidad de rectificar la falsa idea corriente del papel de España en América. Cabía una obra de esa naturaleza dentro del espíritu de la Sociedad de Naciones, que se esfuerza en facilitar la comprensión entre pueblos y en disipar viejos errores y rencores como medios de afianzar la paz. Fraternal y pacífica resultaría esa coherente evocación del pasado, gracias al acercamiento de hombres de ciencia de toda nacionalidad, en torno a una obra de elevado interés general, razonablemente limitada en el tiempo.

General debía ser el interés en escribirla, como más tarde en leerla. No me referí, pues, al hablar de América, únicamente a la América española; soy un convencido de que la calidad de la obra de España resaltará portentosamente cuando se comparen sus leyes, sus procedimientos y su sistema de organización a los demás usados en las colonizaciones de otros Estados. Y pedí se tuvieran en cuenta las navegaciones, descubrimientos y conquistas de escandinavos, normandos, portugueses, franceses e ingleses. Todo ello antes o durante el siglo XVI.

Sabéis ya por los comentarios de vuestra prensa, siempre bien informada, que la Asamblea aceptó, en principio la idea y

Biblioteca Nacional de España

resolvió someterla a la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, para que, después de obtener su anuencia, constituyese el Instituto de Cooperación Intelectual un Comité de americanistas encargado de formular el plan científico y financiero del trabajo. El mes pasado se reunió dicha Comisión, presidida por el eminente humanista Sir Gilbert Murray y con la asistencia de M. Herriot, en representación de Francia; el señor Castillejo, de España, y otros intelectuales de nota de diversos Estados europeos. No sólo aprobaron por unanimidad la idea, sino que hicieron resaltar el interés que ofrece su realización para el Instituto de Cooperación Intelectual y la Sociedad de Naciones. «Es precisamente» —dijo una persona interesada—, «el tipo de obra que se presta a colaboración internacional. Interesa a muchos americanistas y aún más a los americanos, con lo que asociará, tanto dentro de la Sociedad de Naciones como fuera, un sinnúmero de buenas voluntades». Nombrado, como ya está, el Comité, se procederá en breve a formular el plan a someter en septiembre a la Asamblea.

No creo aventurado avanzar que esta reconstitución objetiva, en la que se presentará al mismo tiempo la colonización de México, del Perú, de la Argentina, de Chile, del Brasil, de Cuba y de todo lo que se llama América española, con las del Canadá y Estados Unidos, será para España una reivindicación definitiva.

Es posible que la colección ascienda a doscientos o trescientos volúmenes y envuelva veinte años de trabajo; pero se habrá conseguido reunir, en un conjunto homogéneo, esfuerzos que antes perdían parte de su eficacia por aparecer sin un patrocinio que de por sí garantizara: a los autores, circulación, y a la obra, prestigio. Y esa reivindicación no la firmará *un* hombre, que pueda tacharse de parcial; no la firmarán únicamente españoles, que puedan tildarse de apasionados por su propia historia; la abonarán escandinavos, polacos, alemanes, franceses, italianos, ingleses, norte y sudamericanos, etc. Todos los que

Biblioteca Nacional de España

hoy se interesan por este período extraordinario de la historia de la Humanidad.

La comparación entre los pueblos civilizados, los distingos entre períodos, artes, industrias, religiones, costumbres y saber de las regiones civilizadas, permitirá descubrir las ideologías, apreciar las capacidades, percibir las bajezas, condenar los criminales, reconocer las previsiones; en suma, *discriminar*, reconstruir la vida y alcanzar, por medio de justeza en los antecedentes, justicia en las apreciaciones.

No basta oponerse a la noción convencional de la parte épica de la conquista, y demostrar que todos los conquistadores no tuvieron alma de tigres o garras de avaros. Hará falta insistir en el carácter social de la obra, explicando el mecanismo de Estado pacientemente construído, la humanidad de las leyes y ordenanzas para los indígenas, la extensión inteligente de las conquistas, la acción de las Ordenes religiosas y de la Iglesia, la semejanza de las prácticas comerciales con las que regían en los demás Estados, la cultura perseguida por los doctrineros, los colegios y las universidades, y, por fin, las previsiones creadoras destinadas a unir las partes de un todo en un espíritu de progreso que abisma cuando se piensa en el lugar y en la época.

Y vislumbro el día de justicia en que la Humanidad, admirada ante la Verdad, que la leyenda negra disimuló, proclame su entusiasmo y su gratitud por la gesta civilizadora de España, madre de veinte repúblicas.

ROBERTO LEVILLIER

NOTA.—Esta conferencia del Sr. Levillier pertenece al ciclo de cinco que dictó en el mes de enero, tituladas «Aspectos de la obra civilizadora de España en América», que serán publicadas, próximamente, por la Editorial Araluce, de Barcelona.

Biblioteca Nacional de España

Los Colegios Universitarios

La institución de los Colegios Universitarios es una de las grandes creaciones medievales, que desafían victoriosas la crisis renacentista y entran con vitalidad fecunda en la edad moderna.

La Universidad, gremio de maestros y discípulos para el cultivo de las letras, sintió la necesidad de crear los Colegios. La razón primordial radicaba en la misma naturaleza de la institución universitaria. Aristóteles, sin pensar en el problema universitario, considerando exclusivamente la juventud desde un punto de vista genético, había descrito así este período de la vida humana:

«La juventud tiene el carácter distintivo de estar llena de deseos y de sentirse capaz de hacer todo lo que llega a desear. Entre los deseos y las pasiones corporales, son principalmente las pasiones del amor las que a los jóvenes consiguen arrastrar. Inconstantes en sus anhelos y rápidos en hastiarse, desean con extremado ardor y se cansan con no menos rapidez. Sus caprichos son muy intensos, pero sin firmeza ni duración, como la sed y el hambre de los enfermos. Son coléricos, de vehemencia exagerada para arrebatarse, y siempre dispuestos a seguir el impulso que les domina. Como apenas disponen de su corazón que les ciega, su ambición no les permite tolerar menosprecio alguno, encolerizándose ante

Biblioteca Nacional de España

la más pequeña idea de una injusticia que se les hace. Estiman las distinciones, pero mucho más aún la victoria. Prefieren el triunfo y los honores al dinero; porque no atribuyen valor alguno a la riqueza, ya que no han pasado aún por la experiencia de la necesidad. Su carácter no es desconfiado, sino, por el contrario, lo tienen franco, porque todavía no han tenido tiempo de haber sido frecuentemente engañados. Se entregan fácilmente a la esperanza, porque la juventud, lo mismo que los borrachos, es por naturaleza ardiente y no ha sufrido aún repetidos descalabros. Viven de la esperanza sobre todo, porque la esperanza tiene el porvenir como único objeto, lo mismo que la memoria vive del pasado que se fué para no volver. Esto hace que a la juventud se la pueda engañar con poco trabajo, porque tiene la esperanza, no menos fácil. Tiene asimismo más valentía porque tiene gran inclinación a la cólera y a la esperanza, haciendo la una que nada se tema y dándole seguridad plena la otra... Los jóvenes son igualmente propensos a la timidez, porque no tienen como bello y honrado más que la ley en que se ha basado su exclusiva educación. Son magnánimos, porque la vida no les ha empequeñecido aún e ignoran las penurias de la necesidad. Creerse dignos de cosas grandes es de almas elevadas; y esta buena opinión de sí mismos no pertenece más que a un corazón lleno de esperanza. Cuando tienen que obrar, prefieren mucho más lo bello que lo útil; viven más por el instinto y la costumbre que por cálculo, ya que el cálculo no piensa más que en lo útil y la virtud sólo mira a lo honrado y lo bueno. Desea esta edad, más que otra alguna, hacerse amigos y camaradas, porque goza con la vida en común y porque no aprecia nada por el interés y se atiene sólo a sus amistades. Los jóvenes exageran siempre sus faltas y las cometen con más violencia que nadie, porque hacen todo con exceso... Creen saberlo todo y presumen acerca de todo, lo que es causa de todos los excesos a que se dejan llevar. Cuando se confiesan culpables de graves faltas es más bien por insolencia que por perversidad. Son inclinados a la piedad porque creen que no hay en el

Biblioteca Nacional de España

mundo más que personas honradas y que los hombres son mejores que lo que son en realidad, midiendo a los demás por su propia inocencia y suponiendo siempre que las desgracias de que son testigos no son merecidas. Aman la alegría y la diversión por consecuencia, ya que la broma no es más que una insolencia de buen tono. Tal es el carácter de la juventud.»

Estos son los sujetos de que se nutre la Universidad. El retrato no se dirá que está trazado «a posteriori», en vista de los resultados. No; son los resultados los que se derivan naturalmente de una colectividad social compuesta en su mayoría de jóvenes. Los desórdenes de la grey estudiantil no son de una época dada, ni deben su origen a unas circunstancias políticas determinadas; son fenómenos naturales que la historia de todas las épocas confirma ampliamente.

La Universidad tenía, pues, que buscarse la triaca a un virus que ella llevaba congénito en su misma naturaleza. Necesitaba de una levadura que librase de corrupción a toda la masa; más aún, que la entonase, la estabilizase y fuera su exponente y su signo de valorización. De aquí nacieron los Colegios Universitarios.

¿Qué es un Colegio? Desgraciadamente, hasta la idea de la institución se ha desfigurado para nuestras generaciones. Un Colegio, tal como la antigua Universidad española lo concibió, no es una institución escolar, sino más bien postescolar; no es una residencia para los que estudian o cursan la carrera, sino para los que han acabado de cursar la Facultad y les queda carrera por andar; no es mera conglomeración, sino una comunidad; no se nutre de estudiantes, sino de graduados; los colegiales no son capacidades a prueba, sino vocaciones intelectuales reconocidas; el Colegio no es un elemento accidental de la Universidad, sino principal colaborador de las tareas específicas de la cátedra, plantel de catedráticos, reserva de valores morales para la cultura y para el Estado.

Todas estas notas características dan al Colegio la fisonomía auténtica de selección. Del abigarrado mundo estudian-

Biblioteca Nacional de España

til, el Colegio es el tamiz que escoge las verdaderas aptitudes, los valores reales, y reserva para la Universidad la flor de la juventud. Pero esta selección no se hace prematuramente, a las puertas de la Universidad, porque las vocaciones y las aptitudes ni se fabrican, ni se impiden; se comprueban. Estas puertas están abiertas a todo el mundo; la salida, en cambio, para unos queda patente y expedita, para otros está vigilada por los Colegios, que, como capitanes de Minerva, alzan banderín de enganche, y prometen honra y provecho a los que se alisten en su grey. De este modo, la masa inepta y vulgar sale de la Universidad, la flor y nata de la juventud se queda en la Universidad, parte para la misma Universidad, parte para salir a los puestos de confianza del Estado.

¿Cómo se llegó a esta concepción y por qué caminos nacieron los Colegios? Vamos a interrogar al fundador del Colegio Viejo de Salamanca, el primero que se estableció en España, el patrón y medida de los demás. La vida de D. Diego de Anaya nos va a revelar la gestación de la idea del Colegio Universitario, que con el tiempo iba a salir de su iniciativa.

Don Diego de Anaya y Maldonado, noble por ambos apellidos de familias salmantinas, vivió desde su niñez la vida de su ciudad, en la que el Estudio era la víscera que daba impulso e imponía ritmo. El joven Anaya pudo apreciar, encarnados en la turbamulta escolar, aquellos caracteres con que Aristóteles describía a la juventud. ¡Cuántas veces debió presenciar los desórdenes, las inmoralidades, la versatilidad, el torpe lucro de una muchachería inorgánica e irresponsable! Si el pincel de Juan del Encina pudo recoger en el mercado de Salamanca los rasgos estudiantiles que, a nuestro juicio, más cuadran a rateros y maleantes que a discípulos de Minerva, asimismo pudo el futuro estadista Anaya comprender la necesidad de poner peso en aquel movedizo gremio, seriedad en aquel regocijado ambiente, autoridad en los que estaban llamados a ejercerla.

Estas primeras impresiones fueron luego esclareciéndose

Biblioteca Nacional de España

al pasar Anaya por nuevas etapas de su vida. El palacio real le llamó a su séquito como ayo y maestro del príncipe que había de ser Enrique III. El Estado, absorbido casi por la institución real, no había en adelante de prescindir de Anaya. Va de embajador del rey al Concilio de Costanza, en donde se había de elegir al Papa Martín V; se le encarga después nueva Embajada en Francia, y al organizarse el Consejo de Castilla él ocupa la intacta presidencia. Su paso por todos estos altos cargos despertaba en su espíritu la lejana imagen de un molde o norma de estadistas y gobernantes. Cada necesidad de un hombre, cada conflicto de la administración pública, vigorizaba en su ánimo el proyecto de constituir en el seno de su Universidad un sereno remanso de formación y preparación de hombres de gobierno. La normal del patriciado moderno, la turquesa de la clase directiva, tenía que estar en la Universidad; pero no podía ser la Universidad misma. Allí entran todos, deben entrar todos los que se consideren llamados, a nadie se le puede negar apriorísticamente el derecho a la cultura, ni el acceso a las profesiones para que se cree facultado. No existía entonces una Segunda Enseñanza organizada. Era la propia Universidad la que organizaba sus Escuelas Menores, sus estudios de Gramática, causa de que su grey se nutriera de gente menuda, tanto más inquieta e irresponsable cuanto más joven. Prevalecía además el justo criterio de que la cultura es educación más que instrucción, formación del hombre más que preparación del técnico; la Universidad era el «alma máter» de una segunda naturaleza, de una nueva generación humana. El hombre educado: he ahí el producto específico de la Universidad. ¿Y quién puede negar este derecho a ningún hombre? Pero al mismo tiempo, semejante derecho necesitaba un contrapeso, un criterio de selección restrictiva que satisficiera a los intereses de la Universidad, como órgano de la ciencia, y al Estado, como instrumento de justicia y de gobierno. De aquí la idea del Colegio, cada día más clara en la mente de Anaya.

Junto a los cargos del Estado, la Iglesia confería al ilustre

Biblioteca Nacional de España

salmantino los sagrados oficios pastorales. La mitra de Salamanca, puesta sobre su cabeza, agudizó en la conciencia del obispo el problema que le tenía planteado su preocupación de hombre de Estado. Las pingües rentas del Obispado de Cuenca y del Arzobispado de Sevilla que sucesivamente vino a disfrutar Anaya, le pusieron en condiciones de realizar su sueño dorado. Con sus bienes instituiría en la Universidad un retén de hombres escogidos, de espíritus nacidos para las obras del espíritu; sería una mansión de paz, donde libres de cuidados, abastecidos decorosamente de todo lo necesario, los estudiantes graduados hallarían, durante un plazo de ocho años, todos los medios de orden intelectual, moral y económico para entregarse a la especialización de sus estudios y prepararse concienzudamente a los puestos de la Universidad, del Estado y de la Iglesia.

Clarividenciada la idea de la institución, en orden a sus finalidades, hacía falta poner manos a la obra constitucional del Colegio. Las Constituciones habrían de ser la concreción del ideal previsto en el fragor de las dificultades y del proyecto formado en la mente con determinación de superarlas. Estas Constituciones, como obra llamada a vivir mucho tiempo, no habían de nacer en un día; era el tiempo mismo el que las había de ir edificando, conforme siempre a las líneas básicas trazadas por el egregio fundador. Porque, eso sí, Constituciones básicas tenían que existir antes que edificio material de Colegio. La construcción espiritual primitiva lleva las fechas 1405 y 1407; el solar para levantar el edificio del Colegio no se compró hasta 1413.

En dichas Constituciones se perseguirían dos objetivos fundamentales: uno, establecer los medios positivos para la finalidad de la obra; otro, salir de antemano al paso de las influencias que pudieran tergiversar o impedir el fin apetecido.

Nada como el estudio de las Constituciones colegiales para apreciar el acierto con que Anaya dió en el blanco de su ideal, y al mismo tiempo percibir el valor funcional del Co-

Biblioteca Nacional de España

legio. Expondremos por orden la parte positiva y la parte preventiva de esta preciosa legislación.

La comunidad colegial la componen quince individuos exclusivamente. He aquí asentado el principio de selección claro y evidente. Quince estudiantes elegidos por el fundador y que en adelante van a seleccionar ellos mismos a sus compañeros, a medida que ocurran vacantes en la corporación, con verdadero espíritu de cuerpo. No es lo bueno meramente, lo pasable, lo tolerable, lo que el Colegio quiere recoger en su seno; es lo mejor, lo más valioso de toda la población escolar. La diferencia entre Colegio así entendido y residencia de estudiantes salta a la vista. Criterio selectivo a rajatabla.

Ningún colegial puede ser admitido menor de diez y ocho años de edad. No se cultivan vocaciones, ni se previsoran aptitudes, se confirman vocaciones probadas, se acaudalan capacidades reconocidas, se premian conductas mantenidas. La edad escolar de las primeras letras solía terminar a los diez años de edad. A las Escuelas menores, o de Gramática, de la Universidad, se solía ingresar a los diez años. Un estudiante normal podía llevar ocho años de Universidad, tiempo bastante para acreditarse, al solicitar una plaza de Colegial. Pero de ordinario, el ingreso en el Colegio se verificaba mucho más tarde, cuando los candidatos llevaban reñidas muchas batallas escolásticas y ganadas muchas palmas académicas. La edad, insustituible condición de madurez de juicio y de seguridad de sí mismo, era requisito que garantizaba el acierto en la elección de colegiales.

Carencia de rentas con que poder sustentarse: aquí está otra de las claves de esta institución universitaria. ¿Qué fines persiguió Anaya al establecer esta condición para sus colegiales? Sin duda pasó por su pensamiento aquella apreciación de nuestro Mella: Para saber lo poco que Dios estima el dinero, no hay más que ver en qué manos lo pone. Sin ofensa de nadie sea dicho: si no el talento, que Dios da sin acepción de personas, el esfuerzo de la voluntad, la tenacidad en el trabajo, el desembarazo para entregarse al estudio, son ordinariamente

Biblioteca Nacional de España

prendas del pobre. De aquí que sea de entre las clases modestas de donde saca el campo científico sus mejores cultivadores.

Anaya debía saber muy bien lo que es posible esperar del pueblo una vez bien seleccionado. Para el pueblo creó su Colegio. Todo el que tuviera una renta superior a veinte florines de Aragón (equivalente a doscientos ducados andando el tiempo), libres y puestos en Salamanca, fuesen de patrimonio familiar o de beneficios eclesiásticos, propios o de sus padres, estaba excluído de ser colegial. Al Colegio no se entraba sino siendo pobre, y del Colegio no se salía sino para las cátedras, las auditorías, los obispados y los virreinatos. ¡Qué obra más democrática ha existido en el mundo! Pero democracia, poder del pueblo, no mediante sufragio universal ni de ninguna clase, sino mediante selección racional y consciente, mediante *formación* moral e intelectual, equivalente a *transformación*. Transformando al pueblo no hay miedo de poner el poder en sus manos. Tal vez pensaría el preclaro Anaya que sólo el pueblo es transformable, y por eso al pueblo exclusivamente abrió las puertas de su Colegio.

Juntamente con la pobreza incluyen las Constituciones colegiales la limpieza de sangre, o sea, la pureza de raza exenta de consanguinidad con moros y judíos. El ideal nacional alimenta esta cláusula constitucional de Anaya. Si sus colegiales estaban destinados a ejercer las primeras magistraturas del Estado y a desempeñar los puestos de confianza de la Iglesia, la nacionalidad de los candidatos era incuestionable. Pocos lustros después Isabel la Católica iba a tomar una resolución de gobierno, que tras rabiosas críticas había de ser imitada, al cabo de cuatro siglos, por Estados de la Europa culta y moderna. ¿Qué iba a hacer Anaya sino empezar la expulsión semítica por su fundación? Aquella casa la destinaba él a ser la Escuela Normal de los españoles de primera clase. ¿Cómo admitir allí a quienes ostentaban la insolidaridad religiosa y política con la nación hispana? No era cuestión de raza. España estaba en vísperas de ir a mezclar su sangre con las razas indígenas de un nuevo mundo.

Biblioteca Nacional de España

La raza era el signo material e índice revelador de una incompatibilidad de ideales y de destinos entre semitas y españoles.

La exclusión de moros y judíos podemos parearla con otra cláusula constitucional en que Anaya se revela dueño del verdadero concepto de España. Variedad de regiones, complejidad de intereses, unidad de ideales dentro de la hegemonía de Castilla. Sus quince colegiales manda que sean naturales de España, entre castellanos y pertenecientes a los demás reinos de la nación. Cada uno de estos reinos tendrá derecho a una plaza de colegial, entendiéndose por reinos distintos de Castilla las cuatro provincias vasco-navarras, de un lado, y Valencia, Aragón, Cataluña y Baleares, por otro. Anaya llamaba a la convivencia y daba acceso al Colegio a todos los españoles: pero reconocía en la familia nacional primogenituras. Ya veremos, en el decurso de este estudio cómo las otras regiones respondían al unísono en la fundación de sus Colegios. ¡Qué lejos estaba la España de los Trastamaras de la unidad política, y cómo la suplía con creces la unidad religiosa!

Tenemos ya los colegiales; vamos a ver ahora cómo viven en Colegio. El régimen interno a que voluntariamente se sometían estos hombres revela desde luego la llamada interior de su temperamento y de sus inclinaciones a la profesión de las letras. La vida de Colegio calca la de los cenobios, reducidos los ejercicios religiosos a las prácticas de todo fiel cristiano. Por lo demás, el colegial representa un tipo de fraile laico y el Colegio tiene todos los caracteres de convento de estudios. Se guarda una perfecta vida de comunidad; capilla y comedor en común, aposentos privados, patentes a cualquier hora a la inspección del rector; hábito uniforme constante, salidas de casa acompañados de compañero o criado, abstención de asistir a bodas, misas nuevas y fiestas por el estilo; permanencia en el Colegio durante ocho meses del año como mínimo.

Esta comunidad, tan diminuta como se quiera, tenía un gobierno propio, una independencia absoluta. No era autónoma, la ley se la daba el fundador; pero una vez que los colegiales juraban esta ley, quedaban exclusivamente sometidos a su im-

Biblioteca Nacional de España

perio. Ni la Universidad ni el Estado tenían injerencia en el gobierno de la institución. La comunidad elegía un rector y tres consiliarios por mayoría de votos, y a este Consejo de cuatro personas compete en absoluto la administración económica, la disciplina moral, la dirección intelectual y la representación social del Colegio. El mandato de estos cargos dura solamente un año. Cumplido éste, hay que elegir otro rector, sin que sea lícita una nueva reelección hasta pasados dos años de su rectorado, y respecto de los consiliarios, hasta pasado un año de su ejercicio. Se advierte que la mente de Anaya era que menudeasen las ocasiones de que todos alternaran en los puestos de mando y de responsabilidad. Destinaba a sus colegiales a mandar y a administrar en grande; el Colegio debía también despertar en ellos las dotes de hombres de gobierno.

Pocos mandos tan absolutos, tan rodeados de prestigio como el rectorado de un Colegio. El rector se asemeja al comandante de un barco de guerra. A él le juran obediencia inmediatamente los mismos que lo han elegido, y a su autoridad única someten sus querellas, renunciando a toda cualquier jurisdicción en casos de juicio entre colegiales. La vida de comunidad es perfecta. Todas estas compuertas aislan al colegial de la vida mundana y lo consagran a los ejercicios académicos. Diariamente, después de comer, antes de abandonar el comedor, tienen «conclusiones» escolásticas, en las que el colegial más nuevo está obligado a argumentar. El Colegio es palestra de adiestramiento, gimnasia mental, que dispone sus atletas para la liza universitaria. Todos en aquel diminuto mundo tienen una misma aspiración, que las Constituciones les imponen: todo graduado debe trabajar para ser promovido a otro grado académico, pena de expulsión. No es lícito dormirse sobre los laureles. La marcha es realmente forzada. Hay que tener la vista fija constantemente en un ideal de perfección, o, por lo menos, de adelantamiento. Las cátedras de la Universidad son la meta de todos estos afanes. Pensemos, aunque adelantando los hechos, que ya no es uno, sino veinte Colegios los que existen en la Universidad; que todos preparan esmeradamente a sus hombres, que

Biblioteca Nacional de España

todos hacen punto de honra copar mayor número de cátedras. ¿Tendría la Universidad dónde escoger, llegado el caso? ¿Valdría la improvisación, la osadía, la suerte y demás factores que hoy juegan en las oposiciones?

La Universidad tenía su reserva en los Colegios, y los colegiales formaban un estado mayor de la clase estudiantil, a la que imponían su ritmo grave y decoroso. Antes de entrar en la oposición a cátedras, la reflexión marcaba el camino del éxito. Nada de aventurar la victoria y comprometer el prestigio del Colegio por miras ni intereses personales. Los Estatutos de 1509 ordenan que si dos colegiales quieren oponerse a una misma cátedra vacante, su primer paso sea comunicar su propósito con el rector de su Colegio, el cual debe reunir a la comunidad, y puesto en claro cuántos y quiénes son los opositores, dos de ellos, los más nuevos o de menos grados, elijan seis colegiales no opositores, y éstos, previo juramento de imparcialidad, voten por el opositor que supongan con más probabilidades de ganar la cátedra. El opositor elegido y el que les siga en antigüedad o grados vuelvan a nombrar seis árbitros, y por el mismo sistema de exclusión venga a quedar un solo opositor del Colegio.

Todo este empeño en ganar cátedras que las Constituciones reglamentan escrupulosamente, contrasta con la prohibición expresa de que ningún colegial sea rector de la Universidad. Aquí brilla la preventiva mirada del fundador. El día que la Universidad cayese en manos de un Colegio éste perdería inmediatamente su estímulo de trabajo. La aspiración de ganar puestos no debe nunca extinguirse al soplo muelle de una victoria sobre el mando supremo del organismo universitario. La nobleza de la lucha entre Colegios diversos no debe empañarse por la turbia parcialidad del juez de campo. Los colegiales deben ser todos peones sobre el tablero. La Universidad que debe moverlos, debe conservar sus mandos libres e independientes.

Otra medida preventiva que había que adoptar era la precaución contra los intereses mezquinos de la recomendación. No estaba de más escribir en las Constituciones tajantemente que quedaban prohibidas las recomendaciones para adjudicar las pla-

Biblioteca Nacional de España

zas de colegial. Pero, colocándose en el terreno de lo humano, esta prohibición había que cercarla de medidas protectoras que asegurasen su efectividad. A este pensamiento obedecen las prescripciones constitucionales de incapacidad electiva de las personas en cuyo favor se hubiera recibido alguna recomendación, e incompatibilidad de dos personas parientes hasta cuarto grado en el Colegio. Quedaban obviados los intereses de carne y sangre, que tantas veces adulteran y ladean la rectitud de las elecciones.

Vamos a la prevención suprema, la que da su máxima garantía a toda la máquina del Colegio: ningún individuo puede ser reelegido después de los ocho años de colegiatura. Una posición de tal comodidad como la de colegial, pudiera convertir la institución en un asilo de espíritus bienhallados con la tranquilidad, inapetentes de cargos, llenos de responsabilidad y embotados para las actividades renovadoras de los estudios. Esto había que evitarlo a todo trance. El individuo que durante ocho años no puede, o no sabe, o no quiere valerse de los inmejorables medios que se ponen en sus manos para conquistar un puesto en la sociedad, debe dejar su plaza irremisiblemente. Esta disposición, por sí sola, revela toda la economía del Colegio en la mente e intención de su fundador. Organismo vivo, instrumento de cada día, para cada necesidad, a que la cultura deba responder. Si una errada elección de persona inepta pudo hacerse, el plazo de las colegiaturas no es vitalicio, y el error tiene la vida muy corta. A los ocho años, el que era colegial no es nada, ya que no ha sabido ser catedrático, magistrado, obispo, ministro o virrey.

Esto fué el Colegio de San Bartolomé, de Salamanca, llamado por todo el mundo el Colegio Viejo, como cepa de donde procedieron todos los demás. Su influencia social, política y académica fué tan extraordinaria que el lenguaje vulgar acuñó una frase para expresar el hecho: «El mundo está lleno de bartolomicos». Mirando por encima, descubrimos veintisiete arzobispos, siete de ellos cardenales; siete virreyes, de Aragón, de Nápoles, de México y del Perú, entre ellos el célebre La Gasca;

Biblioteca Nacional de España

siete presidentes de Castilla, primera magistratura de la nación, después de la real, el fundador de la Universidad de Oviedo uno de ellos.

Aquella corriente de juventud alocada y rebelde a la ponderación que describía Aristóteles arrastraba pepitas de oro. La acción del Colegio ha sido la de salvar estos preciosos elementos, aislándolos de la arena huidiza e inservible y sometiéndolos a la prueba del crisol.

Así respondió el Colegio a los fines de su institución, y así influyó la Universidad, a través del Colegio, en el gobierno del mundo, cuya metrópoli era España. Todavía tuvo otra influencia mayor: la creación de otros Colegios con análogo radio de acción universitaria y social. Sucesivamente los iremos estudiando.

M. HERRERO-GARCÍA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Los Trabajos y los Días

Biblioteca Nacional de España

Tribunas

Teatro

Libros

Arte

Conciertos

Biblioteca Nacional de España

Tribunas

Miguel Artigas, en la Academia Española

Llega, cargado de méritos, Miguel Artigas, director de la Biblioteca Nacional, autor de la *Vida de Góngora*, a ocupar el sillón del marqués de Villaurrutia en la Academia Española. El pensamiento de su bello discurso de recepción, sobre el *purismo del idioma*, se desarrolla así:

Desde que en los albores del Renacimiento van adquiriendo los escritores conciencia de su arte, sienten el deseo de perfeccionar el instrumento de que se valen, y se esfuerzan en pulirlo y preservarlo de toda imperfección y desaliño.

Apenas andadas las primeras jornadas en la historia de las letras, se escuchan las voces de alarma, los avisos y los alertas. De dos peligros tiene que librarse el escritor castellano durante la Edad Media: el latinismo y el vulgarismo. El primero le atrae irresistible, ni cree que pudiera entonces parecer peligro el anhelo y afán de acercarse lo más posible a la lengua de los doctos.

En España fué el latín lo suficientemente cultivado y su literatura bastante conocida para que los escritores romancistas sintiesen una emulación nostálgica al comparar la riqueza y perfección de la lengua latina con la castellana naciente y renaciente y el deseo de aproximarse todo lo más posible al modelo.

La imitación latina es y será desde entonces el anhelo y la

Biblioteca Nacional de España

tortura de los escritores españoles más cultos. Y este anhelo y esta tortura han de durar hasta bien entrado el siglo XVII.

Este afán de imitar y adorar el modelo engendra otro peligro: el de la excesiva latinización del romance. Siempre ante los ojos el modelo, siempre en la voluntad el ansia de acercarse lo más posible a él, el escritor del siglo XV procura en todo momento enriquecer el idioma con los despojos del latín.

Le es fácil relativamente apropiarse las formas y castellaniza, muchas veces con acierto, nombres y adjetivos y hasta verbos latinos; pero le es más difícil calcar la sintaxis, que, torturada, dislocada a la fuerza, tiende a recobrar su forma normal en cuanto la presión forzada se descuida.

Las traducciones, sobre todo, son el campo más fértil y feraz de los latinismos, y en ningún escritor castellano llegó la violencia y el forzamiento del castellano a tal grado de latinización como en el traslado que hizo de los libros de la *Eneida* D. Enrique de Aragón.

Juan de Mena salpicó sus poemas de palabras y giros latinos o latinizados; la inspiración poética hace, sin embargo, tolerables en él, y hasta gratos, estos artísticos atrevimientos que vinieron a enriquecer considerablemente el vocabulario castellano. Un estudio atento y crítico del lenguaje de Juan de Mena nos pone ante los ojos muchedumbre de palabras y giros que, olvidados y oscurecidos durante algún tiempo, vuelven a aparecer y hacen las delicias de los cultos en el siglo XVII.

Los comentadores sabios del poeta, el Pinciano y el Brocense, dieron ya autoridad y franquía a algunas de estas novedades, que se fueron transmitiendo de unos a otros los poetas castellanos.

La lentitud y parsimonia con que fué arraigando el humanismo durante los siglos XIV y XV en nuestra España prestó una indudable ventaja a la perfección de la lengua.

En castellano se traduce y se castellaniza el tesoro del mundo clásico. Una lucida serie de latinistas toma sobre sí la tarea de aliviar la ignorancia de los más, traduciendo en lengua vulgar gran número de libros latinos.

Biblioteca Nacional de España

El siglo XVI contempla ya la victoria decisiva del castellano, pues sólo iba quedando a los adoradores del latín un último reducto, una última trinchera: la prosa sabia y doctrinal —filosofía, teología y jurisprudencia teórica—, que durante mucho tiempo ha de considerarse impropio y poco digno escribirla en castellano.

Fortuna y providencia grande que cuando los españoles iban a llevar a un nuevo continente su idioma, pudieran presentarlo trabajado y bien establecido por reglas seguras, necesarias o muy útiles para la enseñanza y el aprendizaje.

Y entre todos los poetas castellanos de la primera mitad del siglo XVI, a ninguno le debe más nuestro castellano que al dulce Garcilaso.

Garcilaso es el fruto más delicado y fino de nuestro renacimiento. La erudición clásica late en el fondo de su poesía. Horacio y Virgilio le prestan la riqueza de las metáforas, que hace suyas y las asimila con tanta discreción que ni la imitación ofende, ni la naturalidad padece en el tránsito. La lengua de Garcilaso tiene el sabor de la fruta madura, no hay en ella acritudes, no hay rudezas, fluye mansa y suave, ocultas y apagadas por el resplandor de un arte exquisito las imitaciones y reminiscencias.

Herrera, el gran poeta, en sus *Comentos* a Garcilaso, trata deliberadamente de establecer teóricamente los principios de una lengua poética, distinta de la usual y corriente, es decir, un castellano que se parezca al latín de Virgilio o de Horacio.

Esta dirección humanística y culta alcanza, como es sabido, su plenitud y más visible desarrollo en Góngora.

Góngora, para la vulgar y vieja apreciación, es un excelente poeta que, ambicioso de más gloria, deja su estilo tradicional y claro para crear otro intrincado y oscuro.

Pero, como muy sutilmente ha demostrado Dámaso Alonso, en el Góngora de las obras más claras está, más que en potencia, en genialidad y en la manera de hacer, el autor de las más oscuras, hasta el punto de que entre las dos épocas en que tradicionalmente se divide su obra no puede fijarse un límite definido.

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

Buchanan, Rodríguez Marín, Wilson y Herrero García han publicado listas de palabras puestas en la picota por los puristas con evidente delectación y con afán de caricatura social en muchos casos; porque hay que observar que el cultismo llegó a ser una preocupación algo más que literaria, una moda que, aceptada con entusiasmo, contagia las letras españolas, no sin protesta y censura de muchos poetas, que por otra parte ponen sobre su cabeza al autor del *Polifemo*; y es que, como dice Herrero García, «los historiadores de la literatura han procedido con demasiada ligereza al colocar a Góngora al frente del movimiento culterano»; el fenómeno, natural, es históricamente anterior, y después su nombre glorioso cubre las mercancías más varias y averiadas.

Dura y perdura durante el siglo XVIII aquel afán de burla y de caricatura, eco y reflejo de los días y de las pasiones que despertó el estilo de Góngora.

A los pocos años (1726) publica el primer volumen del llamado Diccionario de Autoridades, el esfuerzo más importante que se ha hecho para la fijación y estudio del idioma.

Sin salir del siglo XVIII, los nombres y escritos de Mayans, Capmany, Huerta, Iriarte, Forner, Vargas, Ponce, Moratín, Meléndez y otros que escribieron, discutieron y disputaron con más o menos acierto y templanza sobre la materia, nos descubren la constante y sostenida atención ante los problemas del buen uso y empleo del castellano.

Sin esta tendencia conservadora cada generación vendría a ser extraña a la anterior, y extraños nos parecerían los grandes escritores de las pasadas centurias.

El castellano, gracias a esta tendencia conservadora y a la fijeza fonética y sintáctica ya fuerte en épocas remotas, ha podido resistir todos los embates y todas las pruebas; ha salido indemne, uno y solo, del mayor peligro: de la disgregación de un gran imperio, de la creación de veinte naciones apartadas del núcleo central. Contra todas las predicciones de discretos y sabios varones, cada día va siendo más uniforme, más fuerte, y ya puede asegurarse que indisoluble, el empleo de la lengua castellana en todas partes.

Biblioteca Nacional de España

El Dr. Enríquez de Salamanca, en la Federación de Estudiantes Católicos de Medicina

El Dr. Enríquez de Salamanca disertó, en la Asociación de Estudiantes Católicos de Medicina, sobre un tema de gran trascendencia:

La orientación de la cultura.

La palabra *cultura*, que etimológicamente equivale a *cultivo*, tiene dos acepciones: la de ejercicio por el cual desarrollamos en nosotros mismos nuestras facultades, o la de ejercicio por el que proporcionamos a otro sér vivo medios para desarrollarse. En este segundo sentido, el problema de la cultura interesa a los que tenemos la misión de enseñar y su resolución requiere un plan preconcebido. En el primer sentido interesa a los estudiantes, que necesitan tener una *orientación* para dirigirse a sí mismos y alcanzar su pleno desarrollo, y necesitan tener un *ideal* de cultura.

La cultura humana tiende a lo que los antiguos llamaron *kalocagathúa*, es decir, ornamento con toda clase de buenas cualidades; el kalocagathos lo definían como *corporis et animi dotibus ornatus*, como un sujeto adornado de bellas cualidades del cuerpo y el espíritu.

Sin duda que la cultura, en cuanto es obra humana, sufre las influencias del tiempo y del espacio, lleva en sí el fermento de la falibilidad, y bien claro está el ejemplo actual de Alemania. Pero no está por eso justificado el escéptico pesimismo de Jaspers (Die Idee der Universität); porque, al través de los tiempos de la historia y al través de la extensión de las naciones, persiste algo que es consustancial al hombre, que obedece

Biblioteca Nacional de España

a la ley natural y no puede perecer. El conocimiento humano, además, está enriquecido y asesorado por las enseñanzas de Aquel que vino al mundo para que tuviésemos vida y *vida cada vez más abundante*, y esto es lo que persigue la cultura.

Por eso los estudiantes pueden confiadamente abrazarse con el ideal de cultura, que les capacite para desarrollar *ellos mismos* sus buenas cualidades, haciéndose así autónomos, libres, sin más sujeción que al ideal aceptado y, en consideración a él, a los medios para realizarlo.

Es necesario un ideal: no bastan las solicitaciones heterogéneas y cambiantes de los sentidos, que nos arrastran como el viento a la hoja seca; un ideal que oriente las anárquicas tendencias, precisamente en una edad caracterizada por la *inestabilidad mental*, como dice Mendousse (*L'âme de l'adolescent*), en «esa edad caótica y confusa llena de contradicciones y vacilaciones» (Barnés, *La educación de la adolescencia*). Un hombre que actúa *sin principios* establecidos, *sin uniformidad*, no tiene carácter (Buchner). El carácter, dice Barnés, es *unificación* de actividad, puesta al servicio de *ideales*.

Define el ideal como *idea* que reune a otras ideas, que ilumina y reviste los afectos, que suscita, orienta y refuerza tendencias, que rechaza o modera y subyuga pasiones, haciéndonos dueños de ellas y convirtiéndonos en *activos* en vez de ser *pasivos* siervos de ellas (*passió*).

Clasifica los ideales como vinculados a las *tendencias superiores* (en el sentido de P. Janet): el ideal de saber, el de amar, el de poder.

Pero dentro de cada clase hay verdaderos y falsos ideales.

El falso ideal de saber apetece el relumbrón, la *vanagloria* o apetece la superación de los demás, la *soberbia* (*supervia*). El verdadero es el *filosófico*, el que procura conocer las cosas por sus causas, conocer la universalidad de las cosas, pero con un conocimiento unificador; es el ideal esencial a la Universidad.

El falso ideal de amar satisface la tendencia humana unipersonal, que no considera el amor unipersonal como lo que es:

Biblioteca Nacional de España

un mero trámite para un amor más extenso y más puro: el amor familiar, y aun éste impregnado del amor a la nación, y éste del amor a la humanidad. El verdadero ideal de amar tiende a la Belleza absoluta, para alabarla; a la Bondad suprema, para asimilarse a ella, y ve la belleza y la bondad que las criaturas reflejan y por eso las ama.

El falso ideal del poder tiende al dinero y al mando. El verdadero, al *dominio de sí mismo*, de sus movimientos corporales, de sus tendencias psíquicas.

Al ideal perfecto se llega por etapas. No todos son igualmente aptos, en cada momento de su vida, para perseguir un mismo ideal. Cada cual debe elegir un ideal en armonía con sus condiciones momentáneas, aunque sin renunciar a otro más alto. Por eso describe la *gradación* del ideal.

El primer escalón es el del dominio del cuerpo: el *ideal deportivo*, que en jóvenes de escasa moralidad es capaz de apartarles del vicio y someterles a renuncias y a esfuerzos que de otro modo no ejecutarían.

El segundo escalón es el del *amor patrio*, muy a propósito para entusiasmar a los jóvenes e inducirlos a practicar una serie de virtudes morales y desarrollar sus tendencias sociales.

El tercero es el de la *ciencia*, el ideal universitario que a tantos jóvenes aparta de malas preocupaciones y que tanto afina la mente.

El cuarto es el del dominio del espíritu, el de la *virtud* y cortesía, que hace de nosotros *caballeros*.

El quinto y más perfecto es el del amor a Dios; éste abarca todos los otros, porque la caridad, como dice San Pablo, es el vínculo de la perfección; es el que realiza aquel *uno necesario* que el Maestro decía a Marta, y, si la vida es unidad, éste es el ideal que mejor desarrolla nuestra vida, el que da uniformidad y continuidad, el que hace que tengamos *vida cada vez más abundante* y más *ornada de bellas cualidades*.

D. R.

Biblioteca Nacional de España

El Teatro

«—¡La honra de las mujeres de mi Raza!... ¡Los hijos que es mi obligación traer al mundo!...»—, clama en el escenario del Español la voz desgarrada de Yerma. Las erres de estas voces solemnes se duplican con toda la grandeza de un festival patriótico. Y, en la sala medio vacía, un público harto extraño al dorado fastuoso, a las arañas de cristal y al almohadillado de raso de nuestro teatro oficial, aplaude.

Es auditorio de izquierda, pues han venido a ser bandera política unas blasfemias sin motivación en la trama de la obra y una danza intolerable en todas las estéticas. Es un concurso de gente de ideas «avanzadas» éste que viene al Español a escuchar los dolores *raciales* de una pobre mujer histérica a fuerza de tradicionalismo, que no otra cosa es la heroína del drama de Federico García Lorca.

Pese a todas las brutalidades de lenguaje, que un director teatral con suficiente autoridad hubiera podido suprimir sencillamente sin que padeciera en lo más mínimo la integridad del pensamiento del autor, *Yerma* es el drama más empapado de sentido español tradicionalista que hemos presenciado en mucho tiempo. Y conste que no excluímos al *Cisneros*, de Pemán, el eco de cuyos aplausos aún resuena en nuestros oídos.

Una cosa no es de esta o de la otra manera por un rótulo, un color o un sello pegado a su envoltura, sino por su textura interna, que la determina y la inclina a su destino a pesar de todas las contingencias exteriores.

Todos los elementos de que esta obra del poeta granadino nace, vienen del acervo tradicional más castizo, y si el drama se malogra estéticamente, es por la infidelidad del autor a las emociones que provocaron su creación, amalgamándolas con aluvión impuro de prejuicios literarios.

Biblioteca Nacional de España

Para conseguir una obra definitiva le falta a Federico García Lorca disciplina interior, dominar ese sentido anárquico que le hace perderse en lo arbitrario y estrellar un temperamento excepcional por los despeñaderos de lo absurdo. Gusto, Medida, Norma, no suponen pérdida de libertad, sino cauce que duplica la intensidad de la corriente y hace alcanzar al nivel de las aguas salto de Eternidad.

Si el autor de *Yerma* hubiese reflexionado despacio después de la embriaguez dionisíaca de la creación, se hubiese dado cuenta de muchas cosas que estorban el logro de su drama, construído de una manera soberbiamente escueta; con aciertos espectaculares, como el cuadro de las lavanderas y las escenas mudas de las dos hermanas; siempre magníficamente decorado y movido.

Precisamente uno de los escollos en que tropieza *Yerma* es esta desnudez de construcción, que, al sostenerse en tres actos, llega a la monotonía y obliga al autor a deformar a la heroína hasta puntos inconcebibles, que le restan intensidad humana y dejan los extremos de su tragedia convertidos en frases literarias, sin eficacia de emoción en el público.

También debiera comprender Lorca que un atrevimiento de lenguaje no es una novedad de idea, ni cabe una blasfemia en un ambiente tan denso de ideas tradicionales. García Lorca hace aparecer en escena a una vieja pagana, que dialoga con la heroína. Pero la paganidad no es ateísmo. Y esa vieja, que pudo ser muy castiza y representar la fuerza de la naturaleza libre de toda traba, lo humano entregado sólo a sus instintos —que tampoco dejan de sentir lo divino a su manera—; esa vieja, repetimos, hablando como habla, sólo nos sugería en la imaginación el trasunto de otra vieja ateneísta, anticlerical a lo siglo XIX, cuyo nombre no recordamos porque no tiene ninguna importancia literaria.

Todas esas alharacas externas que tanto han ofendido y alarmado y cuya gravedad reconocemos, no nos hacen perder el op-

Biblioteca Nacional de España

timismo que en el fondo del alma nos despierta esta representación de *Yerma*. Ya es algo que un poeta de calidad se sienta obsesionado por la Honra, por la Raza, por la perpetuidad de la familia, sentimientos fundamentales en el alma sana de nuestro pueblo. Aunque salgan deformados por el grito excesivo de una mujer estéril y loca, siempre es un reconocimiento a una realidad perdurable. Y no está mal que se los recuerden, sea como sea, a ese auditorio de izquierda que asiste a la sala del Español, un poco triste con sus orados y sus sedas.

Entre nosotros es frecuente esto, que a primera vista parece contrasentido y que, en el fondo, no es más que la continuidad racial que hace brotar los mismos problemas a través de las diversas generaciones y de los accidentes pegadizos que vuelcan sobre ellas las influencias de los tiempos.

¿Cuándo dejó de sentir el problema religioso nuestra literatura?

«Es necesario que haya herejes». La lucha mantiene erguido. En la victoria es cuando se filtran las ideas del enemigo blandamente. Y hasta en el canto encendido de un vate de la tradición pueden mezclarse elementos de extranjería.

¿Por qué nos sugiere esta idea el *Cisneros*, de José María Pemán?

Acaso porque el héroe y el poeta nos ofrecían, antes de conocer la producción, una seguridad completa.

Cisneros es, acaso, el héroe más representativo de la Raza. Pemán, el poeta más enamorado de nuestra tradición, hasta el punto de que acaso sea su mejor obra poética esa magnífica *Elegía a la tradicción española*, en que su verbo, vibrante y cálido, encuentra toda la dignidad de onda precisa en una elocuencia soberana.

Y, sin embargo, al ir a afrontar en un esfuerzo digno de toda loa, la que debió ser obra definitiva, hito poético para marcar un siglo, no puede sustraerse al ambiente literario extranjerizado que baña al teatro romántico, y, sin pararse a ahondar en bus-

Biblioteca Nacional de España

ca del alma pura del pueblo, construye el marco en que ha de moverse la figura del insigne Cardenal con elementos deleznables.

El drama de *Cisneros* pedía un coro en que hablase intensamente el alma española, comentando y reflejando a la magna figura, y no lo tiene. Y eso no puede salvarse con todas las galas de la retórica más refinada, ni con toda la gracia de las musas juntas.

A Pemán le ha dotado Dios con dones ilustres, que le obligan y le fuerzan. Le ha dado una facilidad maravillosa, con la que esculpe expresiones marmóneas. Pero este gentilhombre poeta conceptúa la poesía como una gala más que añadir a sus gracias de perfecto caballero, y, orillando el dolor de los tormentos creadores, construye sonriendo.

Así, sonriente, vuela entre la pompa de sus haldas y su toca, flor de cortesanía de todos los lugares, esa Lucila que no retrocede ante el adulterio que horroriza a Yerma, hija de pastores, y Guillermo de Iprés, recortado de una tapicería flamenca, se esfuma. Ni siquiera el Donado encuentra el verdadero acento calderoniano ante sus deshonra. Todos esos personajes desdibujan los contornos de los cuadros. Y Cisneros pasa más bien como en una estampa que como en un drama verdadero ante nuestros ojos.

Mala moda ha sido esta de llamar estampas a los cuadros dramáticos, recurso de que hemos abusado todos. Hay que volver atrás e ir al drama: al drama hondo y racial en que se ventilen los problemas eternos, porque no se puede *jugar con esas cosas*. Estamos en una hora demasiado crítica para el arte y para la vida.

Tan en el ambiente está la idea, que hasta ese viejo demonio escarmentado, que es D. Jacinto Benavente, lo recomienda a la juventud, desde el escenario de Eslava, en una lección llena de gracia.

Eterno jugador con las ideas, maestro de burlas y de paradojas, D. Jacinto vuelve otra vez por los amores perdurables del amor y la familia, como en los tiempos de *Lo cursi*, en una comedia ligera y amable.

Biblioteca Nacional de España

Ha cambiado el ambiente; ya no se estilan como suprema elegancia los crisantemos y las ramas de durazno, ni las telas de tonos perlinos que encantaban a las elegantes de 1900. No están de moda la moderación, el espleen, el cansancio y el desencanto de aquel mundo caduco que huía de lo cursi, a trueque de sacrificar sus sentimientos; pero, en medio de la actividad, del aire libre y del derroche inútil de energía que desarrolla la vida actual, no se enmascara menos el corazón.

Esta pobre víscera, desacreditada por el abuso indiscreto de los románticos, no acaba de revalorizarse. Intentó disfrazarse de «sensibilidad», sin gran éxito, en los tiempos de la anteguerra, y hoy se esconde tras de una multitud de palabras y de conceptos en que suenan mucho las voces de «sangre», «impulso», «atracciones». Claro es que no ha cambiado de lugar el órgano ni su simbolismo está vacío, y por eso se oyen con gusto las palabras de Benavente.

La pintura de un círculo comunistoide, de señoritos leídos a medias y con ideas sin digerir es perfecta. El autor ha visto y ha reflejado exactamente la superficie; mas ni siquiera intenta penetrarla, y es lástima.

La figura de mujer que esboza, encarnada de un modo insuperable por Pepita Díaz de Artigas, merecía un estudio más profundo. Tenía la ocasión y tenía una actriz como ninguna para darle realidad escénica. Pero el retrato se ha quedado en esbozo, y si la obra no desmerece de la prosapia benaventina, no alcanza el valor documental que para el estudio de nuestros días tienen las grandes obras de D. Jacinto.

Para los jóvenes es, sin embargo, aleccionador como un espejo este retrato escénico; pueden mirarse en él a través de los ojos de la generación que les ha precedido y ver exactamente el efecto que producen en los que no participan de su vida.

No obstante, las pinceladas más certeras de *No juguéis con esas cosas* se hallan en la pintura de un viejo político demócrata, padre de la heroína, en las figuras de su mujer y de su secretario, tipos excelentes, de los buenos entre los mejores del autor. Están vistos más de cerca y más completamente.

Biblioteca Nacional de España

En la juventud actual, el deporte y el cine han impreso una huella profunda, que no ha cambiado, naturalmente, su alma, ¡cómo había de cambiar!, pero que ha transformado por entero su manera de manifestarse al exterior y de reaccionar ante muchos acontecimientos. En lugar de aquel libro, un poco retórico, de Montherlan, *Los once ante la puerta dorada*, debiera hacerse un estudio profundo de «los once» ante la piedad, ante la política, ante la vida, en suma.

No todo en este modo nuevo de ser de la juventud, tan distinto del de hace treinta años, es digno de censura; hay muchas cosas admirables; pero tampoco todo puede aplaudirse.

¿Cómo no reprocharle, por ejemplo, esa inclinación a una sensiblería sentimental, heredada del cine y de las novelitas rosas —¡que leen los campeones del deporte, lo mismo que las esquiadoras rubio-platino!—, que les permite soportar obras como *La Papirusa*, estrenada en el Victoria por Irene López Heredia y Asquerino, después de un éxito prolongado en Barcelona?

Ni en la peor comedia de Camprodón, el de la *Flor de un día*, hay más blandenguerías sensibleras, ni puede darse, en teatro alguno, mayor falta de originalidad.

Los Sres. Moreno y Torrado se han limitado a reunir los elementos más viejos, las situaciones vistas mil veces, los tópicos de Georges Ohnet y de Marlitt, adobándolos con almíbares sentimentales y atrevimientos de bar americano, observados de puertas afuera.

Era lamentable ver a una mujer tan elegante como Irene López Heredia, maravillosa de línea y movimiento, vestida por las mismas hadas, luchar en el escenario por dar vida a una figura absurda. Su gracia femenina y sus trajes deliciosos es lo único que nos pudo consolar un poco de haber ido al teatro, porque el contemplar a Asquerino haciendo una verdadera creación de su papel, tan resobado y tan necio, daba más bien rabia.

HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

Biblioteca Nacional de España

Libros

Tríptico

Una misma corriente de amor a España, o un mismo sentimiento de protesta contra la anti-España pseudo intelectual, ha producido tres libros diversos. Autores, Maeztu, Tomás de la Cerda y García de Castro. En tiempos de más castizo lenguaje se solía rotular así esta clase de producciones: *Apología en contra de...* Y esta es la nota definitiva de los libros que componen este tríptico; son apologías agresivas; el ataque es su fuerte, porque su defensa es un cuerpo a cuerpo con los enemigos de España.

Don Ramiro de Maeztu ha visto en todas sus dimensiones el imperio hispano. Lo ha visto y lo ha amado. Maeztu siente hondamente la grandeza moral de España, y en el mismo grado que la siente comprende quiénes han sido y son los enemigos de esa grandeza. Escudriñando en la historia, ha ido agrupando dos categorías de factores antitéticos, reñidos a muerte. Al primer grupo lo cataloga con el dictado, que él ha creado, «Hispanidad». Al segundo grupo le llama «Anti-España». Los factores de la hispanidad son de naturaleza espiritual, de valor universal, de trascendencia religiosa, de fuerza coesiva y creadora. Los elementos de la Anti-España son de sentido materialista, de valor particularista, de alas recortadas para todo vuelo ultraterreno y de virtud corrosiva, disgregante y destructora. La expresión histórica de los factores de la hispanidad fué el Imperio hispano-americano, el derecho de gentes de Vitoria y Suárez, la teología tridentina de Laínez, la catequesis de Javier, la milicia mística de Teresa de Jesús. La España huérfana de América, olvidada de sus sabios, avengonzada de su santos, entregada a toda la cáfila de estadistas que arrancan de Godoy, es fiel

Biblioteca Nacional de España

exponente de lo que pueden y de lo que valen los factores con verdad llamados la Anti-España.

Maeztu pasa de vuelo sobre un mundo de ideas, desflora infinidad de asuntos, sugiere, más que trata, multitud de temas, y va poniendo calor de misionero y destellos de gran escritor en los intersticios de su amplia construcción. El libro *Defensa de la Hispanidad* es un brillante edificio de exposición nacional, en el que cada elemento, por lo bello y bien colocado, hace exclamar al espectador: ¡Qué lástima que no sea definitivo! Es decir, Maeztu sabe dibujar, dar el proyecto de una serie larguísima de trabajos, que debían estar previamente construídos antes de llegar a esa síntesis que su libro representa. No está de más, nunca, un plano tan hábilmente trazado de la gran apología que, como fruto maduro, tiene que desprenderse de una extensísima exploración documental.

Tomás de la Cerda es un novel autor. Su juventud corre, bulliciosa, por todas las páginas de su libro. Le duele España a este muchacho, y sin construir, sin agrupar argumentos, sin organizar una tesis, expresa magníficamente que le duele España, con un mero recorrido de su Historia. Esta Historia, bajo la pluma de Tomás de la Cerda, es un mapa de relieve que levanta fuertemente los picachos castigados por el rayo de la tempestad y del infortunio. ¡Y son tantos los infortunios que han descargado sobre España!

Al final del libro, como es natural, es donde el autor insiste con aflicción morosa en el pensamiento director del libro. Es, precisamente, en los dos últimos siglos cuando España sufre más de frente las negaciones sañudas de dentro y de fuera. En esta parte de la obra encontramos juicios acertadísimos y miradas certeras sobre instituciones, sucesos y personas.

Leemos, y asentimos, que Pompeyo Gener cuenta cosas desagradables de nuestra historia; habla de siglos de robo y exterminio, como único medio con que podían subvenir a sus necesidades el altar y el trono; que Moret nos recuerda las estupendas parrillas de la Inquisición; que Azcárate es escéptico en cuanto al valor de nuestra ciencia; que Mallada cree que los es-

Biblioteca Nacional de España

pañoles somos inferiores en relación a los demás europeos; que Morote rompe en estruendos contra nuestro espíritu regresivo y nuestra alma intolerable; que Ganivet fué uno de los primeros en hacer un análisis del alma española en los momentos en que las gentes parecían jadeantes, cansadas; en el *Idearium* español resalta nuestros rasgos, nos hace ver lo original de nuestras condiciones, esos algos que pasan inadvertidos a nuestro espíritu y hacen que nunca nos falte unidad y coherencia en la vida, y que son valores positivos de una civilización. Mas, para Ganivet, escribir es exaltar el individualismo del artista, entregarse con fe ciega a los atisbos personales. Escribe a saltos, buscando adivinaciones, y siempre en un tono lírico. A veces, las expresiones geniales que logra hacen olvidar que sus libros están llenos de ideas de aquí y de allá, de este o del otro autor; que, en unas ocasiones, habla Monstequieu y en otras Menéndez y Pelayo, que son Buckle o Tarde los padres de la idea. Y, en todo ello, queda algo vario y contradictorio que, en resumen, no sabemos lo que quiere decir.

Vemos desfilar a Costa, espíritu sincero, que habla con palabras que cortan, amante de la línea recta, declamando contra los llamamientos retóricos al pasado que hacían hombres que no solucionaban el presente; invitando a España urgentemente a salir al encuentro de la realidad, a hacerla frente cara a cara, a comprender que somos pobres y que hay que cultivar, y que para calificar las tierras ibéricas emplea la palabra áspera de sequedad. Nuestros campos tienen igual aspecto triste y desolado que los labriegos que lo habitan. Somos incontinentes en política. Hemos instaurado como forma de régimen la oligarquía y el caciquismo. Nuestro espíritu está dormido; nada nos dice el mundo exterior, porque somos incultos. Piensa que es preciso la europeización de España para su reconstrucción, también para que haya solidaridad. «Escuela y despensa» constituye su apotegma fundamental.

Nos encontramos con Unamuno; sale al paso de los medio creyentes y de los medio escépticos, que flotan entre la religión y la filosofía, entre la obediencia y la independencia, que tie-

Biblioteca Nacional de España

nen fe en las ideas modernas y no quieren romper con las antiguas. Su obra formula de nuevo el tema de la necesidad religiosa, de la unidad cristiana en la vida, en un ambiente moderno y liberal.

Oímos que Pío Baroja y Blasco Ibáñez mueven personajes de gran vitalidad, que viven un anarquismo latente. Baroja se acerca a ellos con simpatía, pues percibe un estado constante de inquietud y rebeldía en que siempre triunfa el egoísmo. A veces les da pinceladas de héroes, porque se sobreponen al ambiente mefítico y de asfixia de las instituciones sociales. Blasco Ibáñez, que acecha el provecho de las circunstancias, los observa con cierta frialdad, como gente que pertenece a una más de las clases sociales.

Sale en la cáfila de negadores Giner de los Ríos, de cuya obra educativa se afirma que prescinde de lo fundamental, de cimientos morales, fijos e inmutables, o, lo que es peor, los relega a un puesto secundario. Este disloque en la espina de la educación conduce a los espíritus a la incomprensión de nuestros valores pasados y a los que en la actualidad nos rodean. Por último, para conocer el influjo de la Institución Libre de Enseñanza no puede olvidarse su estrategia, el espíritu cuco heredado del krausismo, que les ha enseñado a «saber colocarse», una de las claves de su expansión.

El libro de Tomás de la Cerda es, en definitiva, vía sacra o camino de dolor, por el que el espíritu español ha ido caminando durante siglos, en medio de negaciones y de renegados, sayones insistentes de su pasión.

El libro de D. Rafael García y García de Castro se titula *Los intelectuales y la Iglesia*. El método de este trabajo es la «localización» de los hombres que durante los últimos lustros han pasado en España por contrarios a la Iglesia. Afirmaciones, discursos y libros de Castelar, Valera, Galdós, Núñez de Arce, Costa, Gumersindo de Azcárate, Angel Ganivet, Unamuno, Ortega y Gasset, Fernando de los Ríos, Américo Castro, Marañón, Salaverría, Azorín, Pío Baroja, Jiménez de Asúa, D'Ors y Maeztu, autorizan al autor a clasificarlos doctrinalmente, salvando a

Biblioteca Nacional de España

unos, como a D'Ors y a Maeztu, de injustificada sospecha de heterodoxia, y esclareciendo la nebulosa herética en que errabundean los otros. Libro orientador, luminoso, llamado a ilustrar a la juventud en la estimación de personas que, más o menos, pesan en la cultura patria. Libro que enseña, una vez más, la gran verdad de que no hay nada menos original que la heterodoxia española, nada con menos éxito.

El Debate ha dicho muy bien, tratando de este libro, que en otras partes el racionalismo, el criticismo, la historia de los dogmas, la ciencia de las religiones comparadas, a vueltas de muchos apasionamientos y descarríos, han producido páginas admirables en manos de los heterodoxos; en España no han contribuído con un solo elemento de valor al estudio de las ideas religiosas. Siempre las mismas vulgaridades, mil veces repetidas y mil veces refutadas. Ni originalidad, ni profundidad, ni sinceridad; ecos de modernismos ultrapirenaicos o de nebulosidades germánicas; una biblioteca nutrida, una literatura brillante, donde es difícil hallar un pensamiento hondo en materia religiosa, imposible, una crítica ponderada y digna del catolicismo.

D. R.

Arte

Grabado en Arte Moderno

La Agrupación Española de Artistas Grabadores ha expuesto, en la sala de estampas recientemente arreglada en el Palacio de la Biblioteca Nacional, medio centenar de obras de diversos artistas españoles. Estas obras no son más que una parte de la colección que ha recorrido en triunfo varias capitales centroeuropeas: Viena, Graz, Munich... El resto de las obras, según se anuncia en el catálogo de la Exposición, serán exhibidas en el mismo salón el próximo mes de febrero.

Biblioteca Nacional de España

La Exposición es, o, mejor, ha sido, en su excursión por Europa, un magnífico esfuerzo patriótico de dar a conocer lo que aquí se hace en grabado. Puede echar esto, como auguraba Juan de la Encina, las bases de un grabado nacional de nuestro tiempo; pero, por hoy, no es mucho más, sin que con esto queramos decir que carezca la Exposición de obras excelentes, tales como cinco magníficas xilografías de Nogueira; y los aguafuertes de Bráñez, admirable de composición; Estrany, de gran fuerza; Ríu, flojo de dibujo, pero bonito como estampa; Vázquez Díaz, con mucho movimiento, y Vila Arrufat, cuya «Cena» es una de las obras más expresivas de la exhibición.

Esculturas en «Los Amigos del Arte».

El escultor Macías, que en la Nacional de este año obtuvo una tercera medalla con su «pequeña madre», expone hasta una docena de sus obras en el salón de «Los Amigos del Arte», entre las que destacan las figuras laterales de un mausoleo, una cabeza (núm. 3 del catálogo), la obra premiada y un retrato de Gil Fillol. La manera como están esculpidas las figuras del mausoleo que dejamos citadas, es espléndida en promesas, ya que se ve en ellas al escultor que se ha puesto a trabajar sin prejuicios ni trucos ante la realidad.

Cecilio Pla en Bellas Artes.

En el salón del Círculo de Bellas Artes se ha expuesto, como homenaje póstumo al artista que fué maestro de tantos que hoy lo son, una muestra de la obra pictórica de Cecilio Pla.

Quizá más fructífero que visitar esta Exposición para conocer la obra del artista, lo sería repasar los números de *Blanco y Negro* de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX; aquellos ejemplares de la revista, cuya portada —el tílburi ti-

Biblioteca Nacional de España

rado por una mariposa y un cínife— ha podido quedar como signo y emblema de toda una época. Porque Cecilio Pla es uno de los más característicos artistas de esa época, en la que el apunte, el esbozo, la «impresión», lo eran todo; en la que los pintores aspiraban —o se limitaban, quizá— a captar el valor del momento, la fugaz aureola de unas gasas o el reflejo del sol en el raso de una sombrilla. Una época en la cual el artista prefería parecer *dilettanti* a artesano; pero en la que, sin menoscabo de esto, se dibujaba mucho y hasta, a veces, muy bien.

Como dice José Francés en el catálogo de la Exposición, las mujeres de Pla son los testimonios pictóricos de las heroínas de Picón o de la condesa de Pardo Bazán, de aquellas mujeres encorsetadas, abrumadas bajo inmensos sombreros, que hoy nos cuesta trabajo colocar en una novela de amor.

El otro inspirador de Cecilio Pla es el mar. Y, aquí, el recuerdo de Sorolla se impone —deslumbra— y no deja ver ya nada detrás de él. Entre las obras de este tema hay un pequeño paisaje de las arenas de Valencia —una vista desde dentro del balneario—, que nos parece lo mejor.

En las del otro tipo, aparte varios graciosos dibujos publicados en *Blanco y Negro*, hay un retrato de muchacha, en tonos siena, tocada con un gran sombrero rojo. Y, ya en otro aspecto, el retrato de Roberto Castrovido, obra de verdadera madurez.

El traje, en «Los Amigos del Arte».

Comba ha expuesto, en uno de los salones de «Los Amigos del Arte», una serie de dibujos y de representaciones escenográficas en forma de «panoramas», dedicados a la historia del vestido. Al artista se le han *pasado* algunos anacronismos de cierta cuantía, como un fondo de una escena del XV en el que figura un Alcázar de Segovia —bastante más lejos del Acueducto de lo que supone el autor— con unos chapiteles de pizarra y un aparatoso escudo del tiempo de los Austrias.

La Exposición tiene un mero valor de curiosidad.

Biblioteca Nacional de España

Dos nuevas salas en el Prado.

En el Museo del Prado han sido inauguradas, en los primeros días del año, dos interesantísimas salas: una, dedicada a primitivos españoles, y otra, a escultura clásica. La primera está iluminada —primer caso en nuestro Museo— por luz artificial, de prodigioso efecto sobre los oros de los retablos. La sala de escultura es una rotonda situada exactamente bajo la superior que da entrada a la sala central del Museo; en ella se exhiben magníficos ejemplares de la escultura romana, presididos por el águila de la Apoteosis de Claudio y una estatua de Augusto. Entre los primitivos expuestos en la otra sala destaca el gran retablo de Nicolás Francés —de reciente adquisición por el Estado—, frente al que se colocará el de Hornija, instalado hoy en la galería central.

Revista de Revistas.

La *Gazette de Beaux Arts*, de París, publica en su número de diciembre último un estudio sobre el arte manuelino portugués. Lo firma Joao Barreira, y se titula «L'Art Manuelin, ses élements et sa évolution». Va ilustrado con abundancia de fotografías.

Pantheon (Munich, 1 de enero de 1935) reproduce dos grupos de apóstoles pertenecientes a la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo, y las acompaña de un comentario sobre las obras de arte destruídas durante la revolución de octubre.

The Studio (enero 1935) trae un pequeño artículo ilustrado sobre el Palacio de Oriente, «The artistic treasures of the former Royal Palace at Madrid», y una nota reseñando una Exposición de paisajes españoles celebrada en la Sanders' Gallery.

El *Ilustrated London News* publica un corto artículo sobre Velázquez y Reynolds, ilustrado con fotografías.

Peñalosa y Cáceres

Biblioteca Nacional de España

Conciertos

Dos conciertos de Rubinstein son siempre un acontecimiento. En esta ocasión han sido mucho más. De las muchas —nunca bastantes— veces que hemos escuchado, ninguna como esta. ¡Qué precisión, qué seguridad, qué saltarse —¿a la torera?, él lo hace muy bien— todo compás inútil, qué sinceridad, qué frases pronunciadas en un lenguaje personalísimo! Los cuatro «Scherzos» de Chopín nos cautivaron y nos convencieron de que el gran mecánico es un fortísimo pasional. Esa «Sonata» de Brahms, tan imprecisa, pero con la pasta sólida del maestro, fué llevada acompasadamente, y sobre todo en los «Andantes» y en el «Allegro», nos entusiasmaron. El «Allegro bárbaro», de Bela Bastock (¿cuándo conoceremos a este músico, que hasta sus «danzas rumanas», tan aplaudidas, se han olvidado?) y las «Danzas» de Falla, tuvieron verdadero terror cósmico... En contraste, aquellos «Reflejos en el agua», luces de ocaso llenas de irisaciones, reverberantes, nos obligaron a poner la mano como visera sobre los ojos. Debussy.

Todavía se mantendrá el grupo de irreductibles, que no pasan por las inexactitudes geniales de este ruso universal, primer propagador, y el más comprensivo intérprete extranjero de nuestra música. Bueno... pues mejor para ellos.

Andrés Segovia. No hay que decir más. Bueno... sí hay que decir. Que ha dado dos recitales en Madrid. Que sus programas han recorrido desde Scarlatti hasta Ponce, desde los sencillos vihuelistas a los maestros de complicaciones cortesanas. Que traía muchas novedades: contemporáneos y viejos maestros, por él pacientemente estudiados y adaptados a su instrumento. Que como siempre que actúa, un público ávido y lleno

Biblioteca Nacional de España

de entusiasmo colma el teatro. Y lo que es fundamental: que Segovia, el único, se supera por días y casi por minutos.

Entre las novedades, la «Sonata» de Castelnuovo-Tedesco, un italiano que, recordando a Bocherini, dedica unas páginas de nueva y primorosa factura a Andrés Segovia.

Las piezas de color descriptivo de Torroba, la «Sevillana» de Turina, escarolada, prodigio de gracia, los trozos de los maestros del XVIII..., todo lo que sabemos que él toca y de la manera que él lo toca.

Unica síntesis: un concierto de guitarra dado por Andrés Segovia.

En el Instituto Francés, el musicólogo M. Oulmont ha dado dos conferencias: «Chopín y las mujeres» y «Humor y caricatura en la música francesa moderna». Mucho nos interesó este último tema; más al polarizar su atención en la figura de Erik Satie. Seamos sinceros: pronto nos defraudó. Explicar por unas anécdotas familiares el tremendo «caso» del músico francés, no es desarrollar tema tan sugerente.

Gregor Piatigorsky se anuncia como el «Casals ruso». Así lo consigna en la nota biográfica puesta el frente del programa. Creemos —firmemente— que estas notitas suelen ser, para el interesado, calamitosas. Los redactores —¿quiénes?— desbocan la fantasía a la busca del adjetivo, y cazados algunos, los de más alcurnia son los preferidos. ¡Qué equivocación tan lamentable! Sitúan al público frente al artista en un plan de exigencias, que corrientemente nos conducen a la decepción.

Piatigorsky es un excelente violoncellista, pero nada más. De eso a ser un Casals... Y conste que de haber silenciado en la notita su emulación con el genial catalán, ni por los reflejos de su manera de sentir, ni por su ejecución, hubiésemos caído en tal paralelo.

Preciso, claro, nos agradó plenamente en sus versiones del «Concierto en sol mayor» de Basch, de la «Fantasía Stücke» de Schumann —dicha con todo el sentimiento romántico que a tal

Biblioteca Nacional de España

maestro cabe—, y en la «Suite italiana», ¡tan graciosa!, reducción paracello de trozos del Pulcinella, de Strawinsky.

Nada, en la «Danza del fuego», de Falla.

Maurice Amour, pianista y musicólogo, admirable en su labor de acompañante.

En la segunda reunión de la Cultural actuaron los elementos dirigidos por José María Franco, colaborando el barítono Celestino Sarobe.

De concierto a concierto, la «Orquesta clásica» da un estironcito en cantidad y en calidad. Este nos place sobremanera, no tanto el primero. Madrid está necesitado de una orquesta de cámara que interprete la abundante producción sintética antigua y moderna, sin amplificaciones ni postizos, y este vacío, por ahora, ninguna masa lo puede ocupar mejor que esta orquesta. El programa, un acierto. La «Sinfonía núm. 13», de Haydn, fué preciosamente llevada y ejecutada, demostrándonos la perfecta conjunción de la cuerda con la interpretación de la «Inventionen» de Bach. Música dichosa y dichosos músicos que desde un ayer remoto, enfilan con proa segura a todos los futuros. Terminando el concierto con unas Canciones de Liadow.

Sarobe —recuerdo de noches remotas y promesa de veladas próximas—, cantó un programa variadísimo, del que estuvo ausente el divismo, nota que acredita su talento y buen gusto.

Abierta su actuación con el «Largo» de Haendel, seguido de unos acentos vibrantes de Carissimi, recibió los más fervientes aplausos en la interpretación del Aria del «Elías» de Mendelssohn. Entre otras cosas, la «Canción» de Bacarisse, alegre e intencionada como la letra del Marqués, y la andaluza-scarlattiana canción de Halffter, fueron muy bien recibidas.

Finalizó su actuación con las tres canciones, romantique, epique et a boir, de Ravel, esperadas con gran ansiedad: «Don Quichotte a Dulcinee». Sobre unos versos de Morand van los compases de Ravel. Humor y romanticismo. Nada nos interesa en esos momentos el color más o menos fuerte de españolada. Lo cierto es que apreciamos uno de los trozos más encantado-

Biblioteca Nacional de España

res, más llenos de color del maestro francés, qué despaciosamente va formando una obra frenéticamente española, con temas de España, que tanto le seduce. Desde «La Alborada del Gracioso» al incitante «Bolero», cuantas muestras de españolismo ha pautado en su obra. Cálidos aplausos obligaron a bisar algunos trozos.

No creemos que esté descontento el buen melómano con los comienzos del año musical. Si lo difícil es subir la cuesta de enero, reconozcamos que con más seguridad es difícil escalarla. Enmudecidas las dos grandes orquestas Sinfónica y Filarmónica, en esa tregua estipulada entre el viejo y el nuevo año, descanso en el presente muy bien merecido, las sociedades de conciertos, y algunas celebridades aisladas de estos apoyos, han venido a llenar el vacío; y reconozcamos que con toda brillantez han dado cima en el escalo de la helada cuesta.

José Cádiz

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nova

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

Biblioteca Nacional de España

Epos de los Destinos

por

EUGENIO D'ORS
de la Academia Española

Scribamus Epos

Ya estamos al cabo de la calle, gracias principalmente al profesor Strygowski, acerca de la diferencia esencial que distingue, en la manera de su fábrica, lo clásico de lo gótico. En el primero, la arquitectura se organiza, como en las plantas, encima del elemento sustentador. En el segundo, lejos de él, como en los navíos.

No sacamos ninguna vanagloria de advertir que la epopeya, inconclusa aún, cuyas primeras páginas comienzan un poco más lejos, viene construyéndose a la manera clásica. Más que por una cualquiera ambición, tal carácter le ha venido impuesto por el azar. Cada jornal de esfuerzo descansaba solamente, al principio, la obra del jornal anterior. Sólo a nivel del segundo de los tres órdenes que, superpuestos, le constituyen, ha empezado a ser colegido por el autor la total estructura.

«*El Vivir de Goya*» —vivir. *más que* vida—, *argumento narrativo del primero, empezó y acabó de escribirse en términos de aislada y corriente biografía. Ni siquiera fué del autor el designio inicial. Si hay en ello responsabilidad, cúpole a un ami-*

Biblioteca Nacional de España

go, el gran escritor francés a quien aparece esta parte dedicada: era en 1927, a vísperas del centenario del pintor. Circunstancias más contingentes y extrínsecas todavía rodearon la concepción de la segunda parte: libro de encargo, lo pedía el agente de un editor de Londres, cuya fué la invitación a que se contase una vez más a las gentes de habla inglesa la gloria de Isabel de España. Si lo que Sócrates llamaría «demonio familiar» del invitado intervino aquí, lo hizo tan sólo en el sentido de torcer ligeramente el propósito: fué condición para aceptar que se pudiese hablar al mismo tiempo de Fernando. Que «tanto monta», según el dístico; y quizá, a fuer de varón y a fuer de longevo, un poco más.

Pero ya, desde las horas de arbitrar el primer relato, quien a ello daba sus vigilias hubo de reflexionar largamente sobre las leyes íntimas de la tarea... ¿Qué significa referir la existencia de un personaje? No ligar a su identidad una colección de episodios, sino contrastar los tales episodios con el principio unitario, en que se formula esta identidad. No sumar unos tras otros los acontecimientos, sino seguir el hilo en que estos acontecimientos se engarzan. Descubrir una personalidad, *más que retratar a* un individuo. *No* descubrir, *en realidad, sino* definir. *Habrá que definir a Goya, habrá que definir a los Reyes Católicos; asumiendo respecto de uno como de los otros, la dispersión de una ventura en el problema de un destino.*

No hay palabra más grave que ésta, «destino», en el lenguaje de los hombres. Horas ha conocido la historia religiosa del mismo en que ni siquiera la palabra «Dios» lo ha parecido tanto. ¿No estaban sometidos los mismos dioses al imperativo misterioso de la Moira? *Muy puras creencias han reemplazado posteriormente a los viejos mitos. Todo lo que aquéllas han podido hacer, respecto a este punto, es tomar en vez del Hado general, enorme y exterior, que se dijo regir la carrera de cada ser humano, un hadillo interno, propio y privativo de cada cual, decisivo de buena como de malandanza, de fortunas como de catástrofes. Y echar la culpa principal de lo siniestro a cuenta*

Biblioteca Nacional de España

de un prístino Pecado; con lo cual, si bien se mira, el enigma de la varia suerte de los hombres, resulta crecer aún.

*En otro lugar, una doctrina sobre los Angeles Custodios —doctrina cuyos atisbos amanecieron en la mente del autor precisamente cuando andaba en lo de redactar su «Vivir de Goya»—, explica cómo el hombre cuadragenario viene a ser un nuevo adolescente, criatura de turbaciones, a través de las cuales pululan los más crudos enigmas. En la mirada que se echa atrás no hay menos desojes de interrogación, y hasta de pavor, que en la que se echa hacia adelante. En todo halla la curiosidad alusión a lo propio y, de lo propio, a lo que quema; fenómeno también característico entre adolescentes. Este Goya, tan bien dotado en lo instintivo, que hasta sus peores malicias las absuelve la inconsciencia, ¿no constituirá el tipo genérico de lo que uno hubiera podido ser, de consentir en abandonarse a las corrientes vivas de lo subconsciente, sin los escrúpulos de una lúcida autocrítica? En el extremo opuesto, el ideal del filósofo Sócrates, ¿no da un modelo a que uno hubiera podido acercarse, de tener una sangre menos rica y, del tronco enganchado al carro del alma, según la alegoría de la versión platónica, el caballo blanco, con más fuerzas que el caballo negro? Pero, tampoco en el término medio, ha podido la personal inquietud remitir. Entre lo subconsciente y lo sobreconsciente, se sitúa de preferencia el ámbito de lo social, de lo pragmático y político. Quien no alcanza a Sócrates, puede todavía tener una actitud demasiado socrática para respirar a gusto dentro de este ámbito. Cuatro años después de haberse escrito «Vivir de Goya», se escribía «Fernando e Isabel, Reyes Católicos de España». Al salir, y fué la primera, en 1931, la versión francesa de este libro, la edición se acompañaba de un prólogo. El designio estructural de una Trilogía había madurado y se declaraba en él. No se daba todavía nombre general a lo que más tarde se ha venido a llamar «*Epos de los destinos*»; pero la voluntad épica manifestábase ya franca y sin rebozo y de la sustancial amplitud del asunto el autor tenía estado ya. Confesábase allí, por otra parte, que antes de emprenderse*

Biblioteca Nacional de España

esta segunda jornada de la invención, otro personaje pudo a los Reyes Católicos disputar plaza: era el tal Bernardo Palissy, patrón de artesanía.

* * *

Desde que el descubrimiento de lo «inconsciente» volvió imposible persistir en la identificación cartesiana entre los términos «conciencia» y «espíritu», la zona lúcida de la actividad espiritual venía siendo considerada como su nivel más alto. Nosotros, sin embargo, dándole vueltas a la cuestión de los Angeles, hemos empezado a no ver las cosas así; rebuscas, meditaciones y experiencias, no llegadas a su término todavía, pero cuyos resultados ya se afirman seguros, nos inducen más bien a considerar la conciencia en guisa de región intermedia, *lindante, por abajo, con la inferior región de lo subconsciente; pero también limítrofe, por arriba, con una región superior, cuya existencia y virtudes empezamos a entrever apenas.*

Subconsciencia, conciencia, sobreconsciencia, *constituirían, según éso, tres realidades, a las cuales no es difícil, pasando del lenguaje psicológico a otros lenguajes, asociar símbolos y figuras determinadas. Por de pronto, no hay duda en que, si al término* Satán *corresponde lo que hay en el hombre de inconsciente, de oscuramente sumido en el Cosmos, el término* Angel *puede traducir lo sobreconsciente del hombre, lo que hay en el hombre de luminosamente enraizado en el Empíreo... Porque es de saber que, en dirección hacia arriba, hay también raíces. Hojas y ramaje vienen a ser, en el árbol, una especie de raíces que roban la savia del cielo, como las otras raíces, las de abajo, chupan los jugos de la tierra.*

Al igual que el árbol, el ser humano tiene raíces y tiene una copa, donde se encuentran otra especie de raíces. Su figura individual incluye una zona, una provincia, que merece el epíteto de satánica, y otra que merece el de angélica. Tal es la ley general; lo que varía, empero, según los tipos humanos, es la extensión respectiva de estas zonas, su situación e importancia.

Biblioteca Nacional de España

En ciertos hombres parece que todo sea raíz; *en otros,* todo follaje; *en otros, por último, se desarrolla sobre todo, morfológica, psicológica, socialmente, la región media,* el tronco.

En los primeros, el elemento satánico domina los otros dos, reina sobre los mismos, invade sendos territorios. En los segundos, el factor angélico lleva la ventaja: es él quien señorea y se enseñorea. Quienes, en fin, se caracterizan por una hipertrofia de la región media, diríase que dan poco pasto a Satán y al Angel. Hombres entre los hombres, nútrense de sustancia humana, trabajan con el hombre y para el hombre. Su individual existencia se teje de humanidad. Se impregna del sentimiento de colectividad humana, de soledad, así como los otros se impregnan de rayos de sol y de humores telúricos. El famoso «olor de santidad» y el no menos famoso «olor a azufre» se desvanecen, ante el olor de multitud, *de que habló un día, a propósito de Víctor Hugo por cierto, un malogrado escritor argentino que se dijo discípulo del autor de la obra presente y que éste singularmente prefirió, Benjamín Taborga.*

Conviene advertir aquí, para que nuestra atención no se extravíe en falsa pista, que, la precedente clasificación en nada toca a las particularidades cualitativas en que puedan hallar mérito los individuos pertenecientes a cada uno de los tres tipos considerados. Habrá un error en creer necesariamente vulgar a aquel en cuyo destino se descubre la vocación social y el olor de multitud. *Baste indicar que, en esta categoría, entran y deben entrar los grandes artesanos, excelentes en manipular la materia para satisfacción de nuestras necesidades y acrecentamiento de nuestros placeres. Y los grandes políticos, amén de los monarcas y capitanes que, para servicio de los hombres, manipulan a los hombres mismos; sin contar los grandes médicos, que remedian nuestros padecimientos y los grandes educadores, que siembran a voleo porvenir... La genialidad no está excluída, ciertamente, de ese campo de la biografía, donde cabe admirar la pujanza del hombre, mejor que la del Angel o la de Satán. Genial, puede serlo el hombre social, tanto como el hombre angélico y el hombre satánico; entra en lo posible, por otra parte, que estos*

Biblioteca Nacional de España

últimos, a despecho de su signo, no pasen de la vulgaridad.

Ni siquiera se debe juzgar que esta clasificación prejuzgue nada acerca del valor moral *de aquellos a quienes sus términos se aplican. Un justo puede pertenecer al tipo satánico y, recíprocamente, un ser angélico puede ser un archivo de maldad o de perfidia, según lo fué Lucifer, quien era más todavía que angélico, puesto que era ángel. El hombre social, por su lado, encuentra igualmente abiertos todos los caminos: los de lo justo y de lo injusto se ofrecen a su persona moral; los de la oscuridad y de la gloria, a su genio.*

* * *

El primero de los personajes que han de comparecer en nuestra epopeya, el extraordinario pintor Francisco de Goya, presenta, a nuestros ojos, el tipo acabado de una individualidad satánica, alimentada en el agraz de la tierra, fuertemente enraizada en la región oscura de lo subconsciente. En el polo opuesto, nuestra meditación ha situado, desde hace tiempo, a otra gran figura —infinitamente más grande—, antigua ésta, y no moderna, perfecto ejemplar de hombre votado a la sobreconsciencia y nutrido en los manantiales del cielo. Como debía tratarse de una figura angélica, pero no divina, la biografía del Cristo hallábase vedada: la de Sócrates parecía infinitamente mejor apropiada al designio. Pues, de todos los filósofos, Sócrates parece aquel cuya existencia se enriqueció más de elementos celestes; aquel que, para decirlo como sabemos los españoles, tuvo mejor sombra. *Una biografía de Sócrates el filósofo venía así a parangonarse naturalmente con la de Goya el artista.*

Quedaba, si quería completarse el épico propósito, un tercer término. Faltaba el ejemplo insigne de una vida que no fuera satánica, como la del artista, ni angélica, como la del filósofo; sino social, es decir, consagrada a los hombres, bien por instrumento de las cosas, bien por instrumento de otros hombres: una vida de ilustre artesano o de político poderoso.

Biblioteca Nacional de España

Dicho queda cómo, en candidatura al puesto de Artesano, se presentaba la figura simpática de Bernardo Palissy, maestro en noble oficio. A la vez —favorecida por la circunstancia editorial de que ya queda hecha mención—, concurría una pareja, gran pareja, un monarca, tan cumplido político que parece haber dado a Maquiavelo arquetipo para su «Príncipe», y una reina, forjadores los dos con sus manos de la nación que tras de ellos, y solamente tras de ellos, merece el nombre de España: Fernando e Isabel, nuestros Reyes Católicos, ni antiguos ni modernos, pero situados hacia el fin de la Edad Media y a las albas de los tiempos modernos, en esta hora renaciente, delicia de la civilización.

Los Reyes Católicos fueron preferidos. Por de pronto, eran dos. Y uno, mujer. ¡Qué ocasión, qué riqueza! Evocar la figura de Isabel es suscitar todos los problemas que interesan a la mujer, a su situación en el vivir público, a su papel en la elaboración de la cultura. En relación con ello, el interés biográfico de Bernardo Palissy que fué siempre, anecdóticamente, un solitario, había de juzgarse menor: su vida no ofrece al narrador casi otra cosa que interiores: un hogar, un taller, una prisión; en ciertos episodios, una corte. Al contrario, en torno de Fernando e Isabel, ¡qué magníficas decoraciones, qué desfile de grupos humanos, qué asombrosa galería de retratos posible! El Gran Capitán, el Cardenal Cisneros, Cristóbal Colón. Italia en guerras, la Inquisición, el Océano, el Nuevo Mundo... Aquí, pues, una fortuna, en que se estrujaba un verdadero racimo de fortunas.

* * *

Todo esto, repitámoslo, se pensaba y decía en 1931. Ahora, tres años más transcurridos, la misma «segunda adolescencia» termina ya y las cosas se ven más claras aún, justamente porque se han estabilizado. Lo que, entre el establecimiento del primero y del segundo orden de la epopeya, llegó a verse claro, entre el segundo y el tercero ha podido pasar de lo claro a

Biblioteca Nacional de España

lo seguro. La estructura, establecida clásicamente sobre el mismo terreno de realidad vital que la ha sustentado, dibuja ya en la imaginación la entereza de un exacto perfil. Tenemos un plan, no vacilamos en decirlo. Un plan que alcanza a la terminación de la obra. Un solo punto de inseguridad queda todavía. Ha acontecido, en el intervalo, que el lugar reservado, en nuestra imaginación y en nuestra tarea, para Sócrates, arquetipo del hombre angélico, patrón de archiintelectuales, viniera a ocuparlo un huésped que no podemos calificar de importuno, aunque pudiera parecer extemporáneo, el hechicero español, Licenciado Torralba, de cuyo destino, bajo el rótulo «Eugenio y su Demonio», hemos dado razón. En nuestro actual designio, «Eugenio y su Demonio» constituye algo así como lo que, en el lenguaje de la profesión teatral, se llama «el ensayo general con todo» de la pieza que va a estrenarse. El estreno de «Sócrates y su Demonio» se retrasa inevitablemente un poco, por culpa de esta interposición. Como nadie es señor de su mañana, la fatalidad pudiera impedir que el tal «Sócrates» —del cual, a la hora de escribirse las presentes líneas, tenemos sólo dos capítulos, uno referente a Jantipa y otro donde se aplica el método antifonario a la narración, que es a tres voces, la del narrador, la del protagonista y la de su Angel— llegara a escribirse. En este caso, y a guisa de digno sustituto, el Médico fantástico, podría ocupar la vacante del eximio Comadrón. Expediente que hoy no creo ideal, pero juzgo todavía satisfactorio.

Quizá no falte, inclusive, quien, vista desde fuera la Trilogía, juzgue preferible que, lo empezado y proseguido con héroes españoles, se concluya con héroe español también. Ni serían probablemente los últimos en pensarlo así muchos críticos y editores extranjeros, obstinados en la creencia de que el escritor de España debe hablar siempre de temas de España, encerrado en un compartimiento, dentro del cual, al sentarle en el trono de la maestría, no deja, con todo, de decírsele: «Español, a tus estudios hispánicos», con igual aire al habitual para relegar a sus zapatos al zapatero. Ya sabe quien

Biblioteca Nacional de España

me conoce hasta qué punto esta consideración quedaría sin efecto sobre mí. Español genuino, yo he vindicado siempre el derecho de los míos a manejar, con perfecto señorío, más atentos a lo histórico que a lo geográfico, la ciudadanía romana, la herencia intelectual del genio griego. Cerca de Roma, en los barrocos jardines de Villa d'Este, quise un día que terminase, con sintético y triunfal capítulo, mi exégesis catalana y casera de Teresa la Bien Plantada. ¿Parecerá extraño que hoy prefiera llevar hasta el borde del Partenón, la vena biográfica que empezó en Fuendetodos, llegó a Madrid y, con la categórica significación y la anecdótica ubicuidad de los Reyes Católicos, anegó todas las tierras de ibérica y también, por derrame extravaso, las de América y Africa?... Roma es mia y por más razones que cuando imperaba en Roma un andaluz. Atenas es mía y con más razones que en la hora en que unos catalanes regían allí un Ducado. En los jardines de la una me puedo holgar; entre los sabios de la otra, buscar maestro. No, no valdría ningún motivo territorial para preferir a Sócrates el Licenciado Torralba.

*Quedan los otros posibles. Los de la pura contingencia. Los que, a su vez, merecen el nombre de «destino». ¿Qué mucho que, al escribir el «*EPOS DE LOS DESTINOS*», tenga el poeta al Destino por principal colaborador?*

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

El Vivir de Goya

NOTAS PREVIAS

I. Conviene advertir que, en esta parte del Epos biográfico, experimentó el autor, en propia persona y muy duramente, el cumplimiento de aquella ley, según la cual, toda biografía se torna, inevitablemente, una obra de colaboración, entre el biógrafo y su héroe: entre su Autor y una Sombra.

Por esto, al libro que sigue cabe decirle escrito, página tras página, por Goya mismo y por su evocador.

Sólo que Goya era el más fuerte. Terminado el libro, el autor se dió cuenta de lo muy goyesco que era éste y de lo poco orsiano. Así, en la época en que los dandyes de Madrid, se encargaban trajes a Londres, éstos resultaban tener un corte inexplicablemente madrileño.

Para empezar, en las páginas que siguen, la vida del gran artista barroco será contada en estilo barroco. Con un desorden de sensibilidad que a mí no me agrada; quiere decir que —secretamente— tengo miedo de amar demasiado.

Con desorden, con profusión, con desigualdad. Con humores diversos y graves contradicciones internas. Muy lejos del jardín en que pudo oírse, un día, la lección clásica de Teresa, la Bien Plantada.

Manera, pues, como la de todo lo goyesco, a la vez prolija y negligente. En ella se barajan la disgresión y la prisa; la sentimentalidad y la caricatura; la licencia y el humor; la liviandad y el filosofismo. Opulento como la vida, diverso como la vida, trivial y trascen-

Biblioteca Nacional de España

dente como la vida, la vida aparece casi cruda en las páginas de este libro. Esto es lo que en ellas —como en Goya— me repugna.

Si, a lo menos, ya que tienen de Goya la manera, pudiesen tener las gracias.

II. Lo Barroco —y nosotros sabemos que Goya es, por definición, un artista barroco (puede verse el libro *L'Art de Goya,* trad. Sarrailh, París. *Delagrave, edit.*)— se define siempre por esquema de la elipse, que tiene dos centros; no, según el círculo, que tiene un centro único. La *ironía* aquí, como en cuanto es vivo, se burla de las exclusiones alternativas del principio de contradicción.

NUEVO SONETO A GOYA EL CONTRADICTORIO

Bala perdida, en tiros de la suerte,
Palo de ciego, que el «Weltgeist» soltó;
Tus porqués, los ignoras. Y sé yo
Que descifrarte es desobedecerte.

No importa. Si la gleba te hizo fuerte
Trenzaba luego un siglo recocó
Tus espirales entre el sí y el no
Tu vividora gana de la muerte.

Barroco, ¿quién lo duda? Flor y ave
En el signo campean de tu clave
Falible, empero, clave y no completa.

Pues, ¡cuántas veces, con solaz chancero
No despeinaba un cardo borriquero
Al tierno colibrí de tu paleta!

Biblioteca Nacional de España

Introducción al vivir de Goya

Nacque, dunque, un figliolo, sotto fatale e felice stella...
(VASARI: «Vita de Michelangelo Buonarotti».)

Con la infalibilidad del instinto; en trayectoria, diríase, de proyectil, Goya surge de Fuendetodos y se va, rápido y certero, a clavarse en el corazón mismo de la gloria... ¡Atención! El hecho no se ajusta fácilmente a la cuadrícula de las definiciones usuales. No hay aquí, en pura guisa, pujanza de genio. No hay caso, tampoco, de arribismo vulgar. Vana empresa, medir esta ventura con un moral rasero. Fuera del mal, fuera del bien: tal nos aparece el acontecimiento Goya. No, «*más allá* del mal y del bien», sino *por debajo* del uno y del otro. Ninguno de los dos conceptos muerde aquí... Por debajo del bien, por debajo del mal, como el temperamento está por debajo del espíritu y la geología, por debajo de la historia.

Al visitante que, desde una ciudad, llega a Fuendetodos, y echa una ojeada sobre este grumo de geología, bajo, pobre y amarillento en que se engloban algunos seres humanos, so el deslumbramiento de un cielo desnudo e impasible, inmediatamente se le impone la evidencia de que un genio, si es aquí donde ve luz primera, sólo tiene dos caminos a su disposición. O bien se hundirá en el polvo, o bien de un brinco audaz se plantará decisivamente en las cumbres. O bien someterse a la fatalidad nativa o pisotearla sin misericordia. O bien creerse sin ningún derecho, o bien asumirlos todos en el derecho de la real gana... Un torvo mutismo o un grito que oiga todo el orbe. O agacharse o crecerse y tratar de tú a la corte, y a París, y a Roma y al Verbo. O temerle al sacristán o toserle al Rey. O la yunta con la mula o el lío con la duquesa.

Biblioteca Nacional de España

Goya lanzó el grito, Goya dió el salto. Tranquilamente, con esta fuerza ineluctable, indiscutible, que otorga la ausencia de cualquier duda. Lúcido el espíritu, tenaz la energía, vivo el golpe, claro el mirar. Sin pleitear por ningún fuero, ya que se colocaba en las exenciones de la sinrazón; sin invocar precedente alguno, puesto que no se comparaba a nadie. Este hombre llevaba el genio en sí, como las entrañas viriles llevan la vida o el fuego, la muerte. Porque sí y falto de mérito. Gratis. Sin billete, sin contraseña, sin dinero, se coló su fuerza en el gran teatro del mundo. —«¡Pase!», dijo, como al descuido, entrando allí, sin detenerse.

Entró, se sentó. Iba a decir: *se arrellenó*. La mejor localidad, para él, y a ver quién chista. Nadie chistó. Nadie le discutió nada. En todo el vivir de este hombre, sólo se cuentan dos regateos de la fortuna. Uno, cuando la primera juventnd, al recibir únicamente un segundo premio o accésit en el concurso de Parma. Otro, en la madurez, con lo de la sordera. Mas en estos dos episodios, en estos dos aprietos al racimo de este vivir, ¡cuánto licor de victoria todavía!... Su obra de concurso, hubiéronla de encontrar los jueces, no imperfecta, según suele ser trabajo de aprendiz, sino al contrario, demasiado bien hecha, demasiado acabada y hábil en la perfección, demasiado *académica*, para soltar la palabra. Así el postergado pudo reír bajo capa y sentirse más seguro de sí mismo que nunca. En cuanto a la sordera, lo que achica su entidad es el mal humor. Aquí, el mal genio forma parte del genio. De la invalidez, éste se fabrica un instrumento de tiranía más. Tenía ya todos los derechos: héle aquí ganándose, en plus, el de obligar, al disminuído prójimo, a levantar la voz.

Y eso es todo. Porque ni la vejez ni la muerte toman en una existencia así, un semblante de vencimiento. La vejez respeta largamente todas las petulancias, sin descontar la del amor. La muerte, que yerra con él el golpe, le encuentra ya instalado en pleno disfrute de una inmortalidad soberana. No se produjo, con respecto a Goya, el habitual fenómeno, bien conocido, de aquellas nieblas de silencio, de olvido, de injus-

Biblioteca Nacional de España

ticia, que acompañan a los últimos años, se agravan con la desaparición y persisten a través del período que las sigue, fría antecámara a través de las revisiones de una posteridad justiciera. No. De tiempo llegado a primacía, Goya continuaba en ella a la hora del último suspiro. Esta primacía, una tradición sin hiato la ha hecho llegar a nosotros, intacta... «El pincel de Goya, decían, en antonomásica referencia, los contemporáneos de la muerte del artista. La expresión subsiste. Alcanza la intangibilidad de un proverbio. Se escribe, aun hoy, en todos los libros, como se escribió en las estrellas que, el 30 de marzo de 1746, brillaron en el cielo desnudo de Fuendetodos.

(*Continuará.*)

Biblioteca Nacional de España

Diccionario de Autoridades

Armas y letras

No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra; ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso.

Cervantes

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca

Tengáis pocos libros, y ésos selectos, y que les saquéis las sentencias, sin dejar pasar cosa que leáis notable, sin línea o margen.

Lope de Vega

Comunidades

...la matanza de que fué en Madrid principal teatro San Francisco el Grande, aquel sangriento crimen le valió al Estado todos los bienes que poseían las comunidades religiosas. Las primeras manos se empaparon en sangre; las que iban detrás se llenaron de oro. El orden fué éste: primero, el asesinato; después, el saqueo; saqueo y asesinato que aún continúan.

Selgas

Biblioteca Nacional de España

Democracia

¡*Oh!, que no sea estéril la admiración por* esta gran carta de la verdadera democracia cristiana; *que no sea únicamente una adhesión teórica, sino también una adhesión práctica a las enseñanzas de la Encíclica pontificia acerca de la condición de los obreros, y los hijos del trabajo verán así satisfechas sus legítimas aspiraciones.*

De una parte, los criados, los artesanos y los obreros comprobarán que al cumplimiento de sus deberes corresponde el disfrute y uso de innegables derechos; de otra parte, los patronos y los capitalistas aprenderán que no deben gozar de sus derechos sin observar sus deberes imprescriptibles para con las clases humildes.

Benedicto XV

Ejemplaridad

De ordinario los vasallos
Imitar a su Rey suelen
En las costumbres y modos;
Si en los libros se entretiene,
Todos al instante juntan
Librerías diferentes;
Si gusta de los caballos,
Todos caballos pretenden;
Si de perros, todos andan
Anhelando por lebreles;
Si de bailes, todos bailan.
Dicen que en Indias hay gente
Que porque a un cacique vieron
Sin un diente, incontinenti
Todos desde entonces dieron
Luego en sacarse otro diente.

Matos Fragoso

Biblioteca Nacional de España

Fortaleza

Los dioses tienen por gustoso espectáculo ver a los fuertes varones luchando con los contratiempos; cosa digna de que Dios la vea es el hombre esforzado que está cuerpo a cuerpo peleando con la adversidad. Digo y sostengo que yo no veo nada que en la tierra pueda agradar a Júpiter, sino el espectáculo de Catón, después de repetidos desastres de los suyos, firme y derecho entre las públicas ruinas.

L. A. Séneca

Guerra

Para que haya guerra basta con quererla; para tener paz hace falta el consentimiento de todos. En este punto, tal vez, es en donde el progreso científico pueda influir. Todo lo que contribuya a la elevación de los espíritus, a una mejor comprensión del interés general, debe contribuir al desarrollo de esta idea: que la guerra es un mal negocio; que si se tiene el derecho y el deber de defenderse, es inmoral y torpe atacar.

Charles Fabry

Hogar

Quien no sabe del bien del casamiento,
no diga que en la tierra hay gloria alguna;
que la mujer más necia y importuna
la vence el buen estilo y tratamiento.

Trasladar a los brazos soñolientos
un hijo en bendición desde la cuna
es la más rica y próspera fortuna
que puede descansar el pensamiento.

Biblioteca Nacional de España

Necedad es sembrar tierras ajenas;
conoce el pajarillo el huevo extraño,
y el amante engañado el hijo apenas.

Oigame aquel que se llamare a engaño.
Los hombres hacen las mujeres buenas,
y sólo por su culpa viene el daño.

LOPE

INTEGRIDAD HISPÁNICA

...cuando la paz serene las almas y despunte la aurora de una Edad nueva, que vuelvan a congregarse en libre federación, sobre la integridad del suelo nacional, los pueblos peninsulares, y que los hijos emancipados de España la vean, desde el Nuevo Mundo, sin sombras ni crespones que nublen su faz siempre hermosa, y que tiendan hacia ella los brazos de la gratitud y del amor para fortalecerla y fortalecerse.

VÁZQUEZ DE MELLA

JESUÍTAS

Siempre escogen lo que menos conviene, y así nos sucede todo. Bien haya la Compañía de Jesús, *que a cada uno le da lo que es más de su genio, no sacando jamás el pez del agua.*

JERÓNIMO DE BARRIONUEVO

LIBERTAD

La libertad *histriónica, declamatoria, clerófoba y sesquipedal se alimenta de sueños y utopías.*

MENÉNDEZ PELAYO

Biblioteca Nacional de España

Llanto

Del agua del llanto es
El corazón arca débil
de tres llaves, y desta arca
Son los dos ojos dos fuentes.
Una llave tiene amor,
Y otra llave el dolor tiene,
Y como es tesoro real
El llanto, para que quede
Con seguridad, se da
Otra a la crueldad más fuerte.
La llave de la crueldad
Tenéis vos, y cuando quiere
Abrir el dolor, procura
Abrirla, pero no puede.
No puede tampoco amor
Abrir, aunque abrir pretende;
Pues dolor y amor, ¿qué importa
Que una y otra llave prueben,
Si no quiere la crueldad,
Siempre obstinada y rebelde,
Ni que mi dolor se alivie
Ni que mi amor se consuele?

Francisco de Rojas

Matrimonio

En el estado del matrimonio da Dios amor tan abundante que hace de dos coraçones una voluntad, y como haya unidad entre ellos cesa todo género de discordia.

«Tragedia Policiana»

Biblioteca Nacional de España

Nobleza

La nobleza junta es peligrosísima, porque ni sabe mandar ni obedecer.

QUEVEDO

Ojos

El que no sabe letras, teniendo ojos no ve.

CÉSPEDES Y MENESES

Progreso

Cada día se van adelantando las materias y sutilizando las formas. Mucho más personas son los de hoy que los de ayer y lo serán mañana.

¿Cómo puedes decir eso, cuando todos convienen en que ya todo ha llegado a lo sumo y que está en su mayor pujanza, tan adelantadas todas las cosas de naturaleza y arte, que no se pueden mejorar?

Engáñase de medio a medio quien tal dice, cuando todo lo que discurrieron los antiguos es niñería, respecto de lo que se piensa hoy, y mucho más será mañana. Nada es cuanto se ha dicho con lo que queda por decir. Y creedme que todo cuanto hay escrito en todas las artes y ciencias no ha sido más que sacar una gota de agua del océano del saber. ¡Bueno estuviera el mundo si ya los ingenios hubieran agotado la industria, la invención y la sabiduría! No sólo no han llegado las cosas al colmo de su perfección; pero ni aun a la mitad de lo que pueden subir.

GRACIÁN

Biblioteca Nacional de España

Quinas de portugal

Al indio más apartado
Vuestras quinas lleve el Cielo.

Tirso de Molina

Riqueza

¡La pobreza no es vileza!

Maldiga Dios el primero que tal refrán inventó, y el primero que le tuvo por verdadero, que no es posible que no fuese el más tosco entendimiento del mundo, y tan groseros y ciegos los que le creen.

Cristóbal de Villalón

Sabiduría

La verdadera sabiduría es juzgar bien de las cosas, con juicio entero y no estragado, de tal manera que estimemos cada cosa en aquello que es.

Luis Vives

Tartufe

Je pense que, pour beaucoup de raisons, Moliere n'a pas songé a peindre les jesuites dans son Tartufe... *Mais, qu'il ait sogé aux jansenistes en faisant sa comedie, c'est que je suis bien tenté de croire et chaque jour davantage.*

Anatole France

Biblioteca Nacional de España

Unidad nacional

Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Carecíamos de unidad. Diversa era la geografía, diversas las creencias, diversos los sentimientos... y así perecimos ante Roma. Aunque fué después quien nos dió el primer elemento en la unidad, en la lengua, en el arte, en el derecho... Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad en la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella arraigan las instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar..., ¿qué pueblo habrá grande y fuerte?, ¿qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Menéndez Pelayo

Vulgo

¿Qué es el vulgo, sino una grande bola hecha de aros, sin constancia, sin consejo, que dondequiera que la echáredes por allí rueda y no vuelve tan fácilmente?

Alonso de Cabrera

Biblioteca Nacional de España

El Jardín de las Hespérides

Biblioteca Nacional de España

SANTANDER

Centro de Estudios Montañeses

BILBAO

Schola Cantorum "Santa Cecilia"

Biblioteca Nacional de España

Centro de Estudios Montañeses

La iniciativa de un pequeño grupo de santanderinos, entusiastamente acogida por una gran masa de conterráneos, hizo posible la creación del Centro de Estudios Montañeses, cuya finalidad, definida en el reglamento, es la de «impulsar el estudio de las actividades culturales de la Montaña en su aspecto histórico, como contribución al progreso de la provincia, y difundir su conocimiento».

En enero del pasado año quedó constituída la nueva entidad cultural montañesa.

Para regir el funcionamiento de este Centro se nombró un patronato presidido por el ilustre director de la Biblioteca Nacional, D. Miguel Artigas, y del cual forman parte: D. Gonzalo García de los Ríos (vicepresidente), D. Valentín Ruiz Senén, D. Juan José Quijano, D. Bernardino Cordero, D. Julio Arce, D. José del Río Sáinz, D. Francisco Pérez Venero, D. Luis Alaejos, como director del Instituto Oceanográfico de Santander, y D. Luis de Escalante, en representación de la Sociedad de Menéndez Pelayo, de la que es presidente.

Se halla dividido el C. E. M. en diez secciones que comprenden las materias expresadas a continuación, y han sido puestas bajo la dirección de los señores que se indican:

Sección 1.ª *Ciencias Naturales.*—Director, D. Juan Cuesta.

Biblioteca Nacional de España

Sección 2.ª *Arqueología y Bellas Artes.*—Director, D. Elías Ortiz de la Torre.

Sección 3.ª *Historia antigua y media.*—Director, D. Fernando G. Camino.

Sección 4.ª *Historia mercantil.* — Director, D. Fernando Barreda.

Sección 5.ª *Historia moderna.*—Director, D. Francisco G. Camino.

Sección 6.ª *Genealogía y heráldica.*—Director, D. Marcial Solana.

Sección 7.ª *Etnografía y folklore.* — Director, D. Tomás Maza.

Sección 8.ª *Lingüística.* — Director, D. Enrique Sánchez Reyes.

Sección 9.ª *Historia literaria.* — Director, D. José María de Cossío.

La dirección del C. E. M. la ejerce persona de tan altos prestigios literarios y científicos como D. Fermín de Sojo y Lomba, cuyos trabajos ilustrativos de la historia de Trasmiera son bien conocidos de todos.

El director y los nueve jefes de sección integran la Junta de Trabajo de la institución.

Desde un principio, dicha Junta comprendió que si el C. E. M. había de hacer una labor seria y eficaz, sólidamente cimentada, tendría que pasar por un período de preparación, durante el cual su actividad se desarrollaría internamente, y en el que debía resistir a la atractiva fascinación de la publicidad. En efecto, a poco que se medite sobre el trabajo que incumbe a esta institución, pronto se advierte que en la Montaña, casi todo está aún por hacer. Hay en el campo de la investigación montañesa frondas magníficas, pero aisladas y sin el menor enlace entre sí. Se han hecho esfuerzos individuales muy meritorios, pero falta la unidad de acción, falta la perspectiva de conjunto, y falta, sobre todo, el acopio de las adecuadas herramientas de trabajo.

Biblioteca Nacional de España

Quiere esto decir que la labor más importante del Centro se había de concretar, por lo pronto, a la recogida de datos, a su ordenación y catalogación para formar los ficheros. Y para esta rebusca de materiales útiles, para este montaje de la maquinaria, se requiere la cooperación de muchas actividades que con generoso espíritu han de actuar oscuramente, sumidas en el anónimo, sin más satisfacción que la de saber que sirven a la cultura en la medida de sus posibilidades.

El esfuerzo colectivo y la metodización del trabajo son hoy en día dos postulados de ineludible aceptación para toda obra que aspire a la eficacia. Ellos, por sí solos, justifican la existencia de este Centro de Estudios Montañeses que pretende obtener el máximo rendimiento del trabajo, aunando los esfuerzos y aprovechando hasta las más modestas aportaciones.

Claro está que al decir que durante algún tiempo la vida del C. E. M. había de ser oscura y recogida, no olvida la necesidad de mantenerse en constante comunicación con los socios por medio de publicaciones (principal medio de expansión del Centro) y de conferencias.

Entre las primeras, la que mantiene más continuamente el contacto con los socios es una cuatrimestral con el nombre de *Altamira*, que tiene para los montañeses doble significación: una histórica, que les recuerda los primeros y magníficos brotes de la civilización cantábrica, y otra alegórica, que les hace pensar en la elevación de sus propósitos. *Altamira* no es una revista ni un boletín, con su obligada significación científica, literaria o artística, sino una publicación con la máxima elasticidad en cuanto a su extensión y en cuanto a su contenido. Servirá para recoger los trabajos breves de las secciones; para instruir a los socios sobre la manera de cooperar a los fines del Centro; para dar cuenta de la vida del mismo, y para registrar la aparición de libros y artículos en que se traten, directa o indirectamente, asuntos relacionados con la Montaña. No tendrá un número fijo de páginas, y su extensión dependerá de la mayor o menor cantidad de materias y noticias que haya que comunicar a los socios dentro del período cuatrimestral.

Biblioteca Nacional de España

Los trabajos monográficos que, por su extensión, no tengan cabida en las páginas de *Altamira*, se publicarán en los cuadernos de trabajo, cuando no pasen de la extensión prefijada para esta clase de publicaciones, o en libros, en el caso contrario. No tardará muchos meses en aparecer el libro que prepara la sección de Historia Antigua y Media, formado por el *Cartulario de Santa María de Piasca*, que, por la riqueza, antigüedad e interés de los documentos que contiene, constituirá una importantísima contribución para el estudio de la vida monástica y de la arqueología montañesa en la Edad Media. Otro género de publicaciones, en que las secciones han empezado ya a trabajar, es el de los *Manuales*, libros en octavo, de 250 a 350 páginas, encuadernados en tela, de los que se repartirá uno o dos al año a todos los socios, y en los cuales se expondrá, de una manera clara y sencilla, alguna materia que por su índole sea de interés general y no requiera preparación especial para ser comprendida. La sección de Arqueología y Bellas Artes fué encargada de redactar el primer Manual, que ya ha salido a luz, sobre *La Escultura funeraria en la provincia de Santander*, y del cual daremos cuenta en nuestra sección de libros de arte. Asimismo se ha puesto la quilla a las siguientes obras que saldrán este año 1935: *Memorial de Juan de Castañeda*, ed. de los hermanos Caramazoff; *La prensa periódica santanderina*, estudio bibliográfico y crítico, de Tomás Maza Solana; *La vida marina en aguas de Cantabria*, por Juan Cuesta Urcelay.

Tan meritoria actuación, ha logrado que la Diputación provincial nombre al C. E. M. su cronista y le acoja como dependencia suya, respetando su libertad intelectual, y dándole los recursos económicos adecuados.

Tal es la naciente obra de cultura, que honra, como otras bien sonadas, la ciudad de Pereda y de Menéndez Pelayo.

Biblioteca Nacional de España

La Schola Cantorum "Santa Cecilia"

Bajo la admirable batuta del maestro Zubizarreta, y por las singulares dotes organizadoras del ejemplar bilbaíno don Antonio González, se ha creado en la ciudad del Nervión una obra cultural de primera categoría: la Schola Cantorum «Santa Cecilia».

La Schola Cantorum «Santa Cecilia» se fundó en Bilbao, el año 1926, para prestar una activa cooperación a la restauración musical litúrgica. Tiene, por consiguiente, un doble carácter religioso y artístico.

Procura esta institución la mayor difusión de la música sagrada, antigua y moderna, que reuna *espíritu religioso y arte verdadero*, volviendo a la vida las obras olvidadas de los grandes polifonistas de los siglos XVI y XVII y dando a conocer las obras modernas que reunan los requisitos propios del arte musical sagrado. Sus actuaciones tienen lugar en cultos y solemnidades religiosas y en conciertos dedicados, en su mayor parte, a los socios protectores. Cultiva también la música coral profana cuyo carácter no esté en contradicción con el fin propio de la asociación.

Ante todo débese notar el doble carácter con que desde el primer momento se presenta esta entidad; el religioso y el artístico, en perfecta conformidad con el fin que persigue, que es, como acabamos de indicar, ayudar y fomentar activamente la verdadera restauración litúrgico-musical.

Fiel a este fin, la Schola Cantorum bilbaína ha desarrollado su programa y desplegado una actividad verdaderamente incansable por encima de todas las dificultades que le han salido al paso y que, como a toda obra grande, no podían faltarle. Pero siempre y en todas partes ha aparecido identificada con la Iglesia, regulada y orientada totalmente por las disposiciones de los Congresos de Música Sagrada, el último de los cua-

Biblioteca Nacional de España

les vino, por decirlo así, a aprobar y confirmar plenamente en sus conclusiones, las normas que sirven de fundamento a esta institución.

Esta identificación con el espíritu de la Iglesia, que es su más legítima aspiración, constituye la mejor prueba del acierto con que viene cumpliendo su fin.

Junto con este carácter religioso se advierte en la orientación de la Schola un juicio recto y un sentido artístico inconfundible. Muestra de ello han sido los programas de sus actuaciones, en los que se ha dado cabida a todas las grandes obras del género litúrgico antiguo y moderno. Los grandes polifonistas clásicos, Palestrina, Victoria, Viadana y otros muchos, aparecen entreverados con los nombres de los más notables compositores modernos.

Su masa coral está integrada por unas 160 voces —niños y hombres—, cuya educación e instrucción musical se verifica por separado. En el coro de hombres tienen cabida todas las clases sociales, exigiéndose únicamente que los cantores no sean profesionales, reunan condiciones morales y aptitud para el canto.

La formación de los niños es una nota muy simpática en el funcionamiento de la Schola, y merece especial atención por las dificultades que siempre presenta esta labor.

La componen dos academias que funcionan regularmente; una de solfeo, que cuenta actualmente con un centenar de alumnos matriculados, y otra de canto, formada por los alumnos instruídos en la de solfeo, siendo ambas gratuitas.

Una y otra se rigen por un reglamento especial, y se aspira a que este trabajo educativo musical se complete con la fundación de una escuela, donde los niños puedan recibir una instrucción completa.

La instrucción litúrgico-musical de los hombres se realiza por medio de conferencias, y existe el proyecto de fundar una biblioteca adecuada y de organizar círculos de estudios en orden a conseguir más perfectamente el fin artístico-religioso de la Schola.

Los resultados obtenidos por esta entidad se han hecho pú-

Biblioteca Nacional de España

blicos en sus brillantes actuaciones, tanto en cultos y solemnidades religiosas como en los conciertos que periódicamente ha dedicado a sus socios protectores.

Las actuaciones públicas de la Schola Cantorum «Santa Cecilia», sometidas a una esmerada preparación, han merecido el elogio unánime de la crítica y las alabanzas del público, constituyendo señalados éxitos artísticos. Coincide la crítica en apreciar, por un lado, la perfección artística a que ha llegado y, por otro, la extraordinaria actividad que viene desarrollando.

Interminables nos haríamos si quisiéramos hacer siquiera una breve reseña de todas ellas; baste citar tan solo algunas de las más salientes. Tales son: las que ya se consideran como tradicionales de la Semana Santa en la Parroquia de los Santos Juanes de Bilbao; la función anual de Santa Cecilia y el «Te Deum» de fin de año en la misma Parroquia; la de la solemne inauguración del monumento al Sagrado Corazón de Jesús en Bilbao, a cuyo esplendor contribuyó la Schola con un coro popular de cuatrocientas voces; la excursión artístico-religiosa a Lourdes y a algunas ciudades del mediodía de Francia, organizada en el verano de 1929; y su participación en la sesión de clausura del último Congreso de Música Sagrada celebrado en Vitoria.

Pero la actuación que ha tenido más resonancia por su carácter e importancia fué, sin duda, su intervención activa y práctica en el primer Congreso de Acción Católica, celebrado en Madrid, el año 1929, en la que la Schola Cantorum dió a conocer brillante y elocuentemente a cuantos allí se congregaron el valor y mérito de su ardua labor; al mismo tiempo que manifestó públicamente que el espíritu y vida que anima y sostiene a la Schola Cantorum bilbaína es espíritu y vida de Acción Católica.

Para conmemorar el XXX aniversario de la posesión del cargo de Maestro de Capilla de la Catedral de Valladolid, del insigne maestro Goicoechea, organizó la Schola Cantorum «Santa Cecilia», el año 1930, un magno festival en el que se dieron a conocer las más grandes obras del venerado maestro, tan ignorado aún.

Biblioteca Nacional de España

Atenta siempre al mayor esplendor del culto, la Schola se ha ofrecido desinteresadamente para cooperar a las solemnidades del culto en diversas parroquias de Bilbao y en la Basílica de Begoña, donde ha tenido ocasión de actuar en fechas señaladísimas para la historia religiosa del pueblo bilbaíno.

Ya en plena madurez hubo un momento histórico para salir del ambiente bilbaíno y dar a conocer a España entera el valor artístico de la institución, y el fruto de tanto esfuerzo llevado a cabo en el silencio modesto de la patria chica. Fué el año 1933, cuando con motivo de la conmemoración centenaria de la muerte del Divino Redentor, Jesús, juzgaron los elementos dirigentes del Schola Cantorum que era el momento oportuno para hacer una «tournée» artística por España, pero la música seria, grave, respetuosa, selecta de la Schola Cantorum no podía tener por escenario el salón de espectáculos profanos, ni los auditorios frívolos que suelen llenarse de ordinario.

Buscaron un ambiente adecuado a su actuación. Burgos, Salamanca, Toledo, Madrid, ofrendaron a las huestes de Zubizarreta sus más inspirados emplazamientos para oír música sagrada.

No puede darse mayor conjunto de circunstancias para obtener un triunfo rotundo: El Año Jubilar de la Redención, el ambiente histórico de las ciudades escogidas; y, en efecto, el éxito fué de fama perdurable.

Digamos, para terminar, que la vida económica de esta Asociación depende exclusivamente del favor que le dispensan sus socios protectores, quienes, compenetrados con el ideal que la anima, han hecho posible su realización práctica.

Entre los protectores de la Schola aparecen personas de todas las clases sociales. Precisamente, para que esta asistencia social tuviera este carácter eminentemente popular, se fijó en su reglamento la cuota mínima de *una peseta mensual*, al alcance de todas las fortunas.

Y, en efecto, el pueblo bilbaíno ha sabido dispensar a la obra el apoyo económico que su desenvolvimiento requiere.

Biblioteca Nacional de España

De Orbe Hispánico

Biblioteca Nacional de España

Centenario de Lima

Crucero de la Universidad de Barcelona

Congreso Internacional de América

Libros y Conferencias

Biblioteca Nacional de España

El año 1934

Reduciéndonos estrictamente a lo que en cultura hispanoamericana el año 1934 ha sido, hemos de ver que paulatinamente ésta se va consolidando, haciéndose más fuerte y teniendo más personalidad. El movimiento cultural que a nosotros más puede interesarnos no es sólo el meramente productor de libros, conferencias, etc., en cualquiera de los dos hemisferios del mundo hispano, sino aquel que significa mutua comprensión y que nos enseña esta integración de uno en otro. Con esto queremos decir que lo que más puede llenar nuestros deseos ahora es todo aquello que de un modo efectivo labora por esta penetración, sin dejar por ello de anotar lo que América va produciendo, pues su reseña aquí será un sillar más dentro de la agricultura del edificio de la cultura hispanoamericana.

La presente crónica debería, ciertamente, empezar por la magnífica iniciativa de D. Rodolfo Levillier en la Sociedad de Naciones, en orden a los estudios hispano-americanos. Pero, dado que el mismo Levillier expone en estas páginas toda la amplitud de su proyecto, pasamos a reseñar otras actividades.

La actividad científica en España, en lo que se refiere al mejor conocimiento de América en todas sus facetas de cultura, ha sido cada vez más intensa y efectiva en este año, desprovista ya de hueras palabras que tan sólo sonaban a cántaro vacío de ideas y realidades. Va a nacer *Tierra Firme*, revista de base cultural para reforzar el conocimiento de España en América. El Centro de Estudios Históricos intensifica su labor en el sentido americanista y, por último, la Universidad inaugura a partir de 1934 briosamente sus estudios en el campo americanístico con los cursos del profesor Tinshoru, llamado

Biblioteca Nacional de España

por la Academia de la Historia, y la formación de los ficheros documentales que elabora el «Seminario» de la cátedra de Historia de América, bajo la dirección del profesor D. Antonio Ballesteros-Beretta.

La obra de España en los mares, la gloria de los navegantes españoles y de sus gestas, tan poco cuidada, tan olvidada para dejar el puesto de primera nación en el mar a Inglaterra, ha sido reivindicada ahora por la voluntad organizativa del Patronato del Museo Naval, del Ministerio de Marina, que en 24 de enero dió comienzo a sus cursos sobre «Descubrimiento de América» (Prof. Ballesteros), «Historia de la Cartografía» (D. Abelardo Merino) y «Arqueología naval» (D. Julio Guillén), englobando en ellos, en un todo, aspectos que pasan al olvido y que son lógico orgullo del pueblo que rompió los miedos del Medio Evo para lanzarse a las aguas del Atlántico, con desprecio de las consejas de San Balandrán. El mar de los Sargazos, la mano del Demonio y los cuentos terroríficos de monstruos y endriagos que salían de las olas para sepultar en ellas a los atrevidos que herían la sensibilidad del líquido con arrogancia descubridora.

IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LIMA (18 ENERO 1535-18 ENERO 1935)

Las entidades de cultura hispanoamericanas (Unión Iberoamericana, Hogar Americano y Sociedad de Amigos del País) han conmemorado el día en que Pizarro, raza encarnada en hombre, clavó su espada en tierra y decidió fundar la ciudad de los Reyes, quizá porque en ese día pensó ya cuál había de ser el lugar en que la trama de la administración española había de extenderse sobre la sencilla organización que los Incas habían elaborado silenciosamente con la energía de su conquista.

A reserva de más extensas notas en venideros días, queremos ahora rendir el homenaje de recuerdo al extremeño ilustre

Biblioteca Nacional de España

tre que, sin saber firmar pero sabiendo hacer España, fundó una de las ciudades más españolas que en el Continente han sido, y son.

Copiando a Quintana, en su *Vidas de Españoles ilustres*, diremos que por los comienzos del año 1535 ...«Pizarro se ocupaba en reconocer los diferentes puntos de aquella comarca, propios para asentar una ciudad que fuese la capital del nuevo imperio. El valle de Linac o de Rimar (que estos dos nombres le dan los escritores). le ofrecía todas las comodidades que podía desear para este fin: posición central en las provincias, proximidad a la mar, suavidad de clima, fertilidad y amenidad de terreno, comodidad de su buen puerto. Resolvió, pues, fijar allí el grande establecimiento que proyectaba, y eligió un sitio a dos leguas cortas del mar y cuatro de Pachacamar, junto a un río, no grande, pero fresco y delicioso. Hizo venir allí a los pobladores de Jauja, repartió los solares, y celebró la solemnidad de la fundación con todas las ceremonias acostumbradas, en 18 de enero de 1535...»

Lima fué, pues, personalísima obra de Pizarro, que buscó con fino instinto un asiento digno del centro del gran Virreynato del Perú, no por ser una capital minera, según idea del Sr. Moro, pues en el proceso descubridor del Nuevo Mundo no llevaron los españoles el cálculo frío de un programa, prefiriendo unos sitios a otros, sino que, despedidos como una flecha por el arco en tensión que era la vitalidad española del siglo XVI, se clavaron certeros en el corazón de América para luego extenderse, como la sangre de una herida por el Norte y el Sur de los fabulosos terrenos de El Dorado.

Lima no es sólo la idea creativa de Pizarro, sino su obra efectiva y real, como nos cuenta el inmortal Palma en sus *Tradiciones*, en las que vemos redivivo al conquistador desenvainar la daga, hincar la rodilla en tierra y con la punta del acero trazar las primeras líneas de las futuras encrucijadas por do discurrirían pocos años más tarde los «caballeros de la capa», almagristas y pizarristas o dueñas enfundadas en típicas mantillas,

Biblioteca Nacional de España

acompañadas de su cohorte de escuderos y criados con antorchas y farolillos.

Dejemos, pues, plantado el compromiso de una intromisión mayor en esa Lima, que cerca de las costas del mar Océano tan vivamente llegó a ser modelo de la vida colonial, segundo capítulo, o copia fiel de la vida española de los siglos de nuestra grandeza.

«Causas de la independencia de América». Conferencia del Prof. Dr. Luis de Sosa, en la Unión Iberoamericana de Madrid.

Ya es de todos conocida la competencia del joven profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en los asuntos americanos, más ahora, en que destaca como colaborador de la gran *Historia de América* que prepara la casa Salvat, de Barcelona.

Don Luis de Sosa enfoca los problemas de la Revolución americana desde nuevos puntos de vista, con nuevas concepciones de las causas que hicieron separarse a dos ramas raciales de la misma cultura, religión y habla. Busca la opinión del pueblo americano, de indios y criollos, en el momento en que se plantea la insurrección, no la de los próceres y dirigentes del movimiento. Quiere penetrarse de la emoción separatista de la masa popular americana, y encuentra en ella un españolismo acentuadísimo, que no hace sino lo que es prurito de nuestra raza: el motín político.

El profesor Sosa analiza seguidamente las pretendidas influencias que otras revoluciones tuvieron en la americana, y tras geniales pinceladas vemos esfumarse rápidamente en las nieblas del fondo a ingleses, americanos y a franceses de la Gran Revolución, para ver avanzar a primer término a la influencia decisiva que en la busca de las libertades americanas

Biblioteca Nacional de España

tienen las Juntas provinciales, las Cortes de Cádiz y lo que después es el liberalismo español.

Nos hace, pues, resaltar el profesor Sosa la Revolución americana como una más de las convulsiones de nuestro espíritu inquieto, y en definitiva como una obra españolísima, y como tal no producto de pretendidos odios y rencores, sino del hervor de una sangre heroica.

Crucero de la Universidad de Barcelona a América. (Verano 1934.)

Las juventudes son en todo país lo más sano, vital y espontáneo de él, lo que más indica sin embozos las claras aficiones de una raza. Así es augurio del mejor hispanoamericanismo, del constructivo, el Crucero que la Universidad de Barcelona llevó a cabo por las costas de América, en un nuevo viaje descubridor, pero descubridor esta vez del españolismo firme que subsiste por sobre toda nueva capa en las tierras que fueron miembros de España durante los mejores siglos de nuestra historia.

El Crucero no tuvo solamente el valor de mostrar a los jóvenes estudiantes españoles lo que nuestra obra fué allí, ni el de enseñar a los estudiantes americanos lo que nosotros aún somos, sino que fué precisando y afirmando nuestros perfiles por medio de los cursos de conferencias que desempeñaron dos profesores de prestigio, Guillermo Díaz Plaja y Jaime Vicéns. Ambos fueron, con su palabra, haciendo vibrar de nuevo dormidas cuerdas del sentimiento español en América, que estalla en explosiones del más vivo entusiasmo en el españolísimo trozo de territorio hoy norteamericano, Puerto Rico.

Celebremos el hecho, meditemos sobre él y pensemos en los frutos, de todo género, que un intercambio «esencialmente efectivo» tendría para la comprensión mutua de dos mitades de un todo.

Biblioteca Nacional de España

El Congreso Internacional de Americanistas

España toma cada vez más en su mano las guías del movimiento cultural hacia América, e igualmente hacia España se vuelve la esperanza de mayores frutos en el campo americanista.

Por decisión del último Congreso, celebrado en La Plata, correspondía a España en 1934 la celebración de la inmediata sesión, pero ello, por mil causas no puede efectuarse y se coloca la fecha definitivamente en el mes de octubre de 1935, día 12, Fiesta de la Raza.

España llega a este Congreso pletórica de posibilidades, y a ella llegan asimismo llenos de fe los otros países. España ha sido una incógnita hasta ahora, sus tesoros se conocían de nombre, pero ahora se van a conocer de hecho, los miles de manuscritos van a salir a luz y la experiencia centenaria de una nación creadora aparecerá esplendente y nueva ante quienes tan sólo noticia de ella tienen.

Sevilla, la ciudad que con su «Casa de Contratación» era el pulso del movimiento entre España y sus colonias, entre la España peninsular y la España transoceánica, va a reunir a los sabios del mundo americanista y colaborar con ellos en la resolución de los temas que han sido propuestos por el Congreso. «La influencia del Folk-lore español en las costumbres de los indios americanos», tratado ya por D. Aurelio Espinosa (padre), será uno de los más atrayentes; el buscar cómo las creencias y costumbres del pueblo español pasan a América, no a los criollos, sino a los indígenas mismos, es subyugante ocasión de exhumar papeles y manuscritos inapreciables.

Biblioteca Nacional de España

Dos libros

Una monografía y una obra divulgadora nos salen al encuentro en el campo del americanismo erudito y estudioso.

Ots Capdequi (José María): *Instituciones sociales de la América española en el período colonial*. Biblioteca Humanidades. Tomo XV. La Plata, 1934. 270 págs., 4.°

Obra capital es la del competentísimo director del Instituto de Estudios de Historia de América de Sevilla. Ningún estudio constructivo podrá iniciarse desde ahora sobre legislación, instituciones, etc., coloniales en América, sin consultar previamente esta obra. El Sr. Ots va desmenuzando en pequeños títulos toda la maraña social española en América y hace pasar ante nosotros una visión nueva del estado de la mujer en Indias, de los negros, gitanos y judíos, de la condición del indio, y nos estudia a fondo el origen y significación de la Encomienda.

La obra del profesor Ots es jalón marcado en el hispanoamericanismo de realidades existentes y efectivas.

Thompson (J. Eric): *La civilization actéque*. Bibliothéque Historique. Payot. París. 230 págs., 4.°

Es este libro, lo contrario del anterior, no estudio profundo, sino resumen utilísimo, no investigación, sino divulgación. Tras de los libros ya casi clásicos de Benchat y de Joyce, se notaba el vacío de manuales de altura, que sin descender de tono resumieran en pocas páginas los grandes rasgos de una cultura.

Thompson guarda siempre el preciso justo medio de la amenidad, pero sus citas son de clara fuente y referidas siempre a cronistas de primer orden o excavaciones sistemáticas de prestigio.

La vida íntegra de los aztecas, su grado de cultura, su reli-

Biblioteca Nacional de España

gión, ritos y creencias, sus amores y educación, su civilización, en una palabra, desfilan con agilidad ante nosotros, y nos hacen llegar al final del libro con una plena sensación de justeza, que no ansía más, pero tampoco siente haya sido nada innecesario en el libro.

Biblioteca Nacional de España